

NUESTRO
EXTRAORDINARIO
DIOS

Exclusivo para:

www.tronodegracia.com

www.dcristo.net

www.dcristo.org

John MacArthur



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas en su vida espiritual y servicio cristiano.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
1 NUESTRO TRINO DIOS	11
2 NUESTRO FIEL E INMUTABLE DIOS	25
3 NUESTRO SANTO DIOS	41
4 NUESTRO OMNISCIENTE DIOS	55
5 NUESTRO OMNIPRESENTE DIOS	69
6 NUESTRO OMNIPOTENTE DIOS	83
7 LA IRA DE NUESTRO DIOS	97
8 LA BONDAD DE NUESTRO DIOS	111
9 NUESTRO SOBERANO DIOS	123
10 NUESTRO PADRE DIOS	135
11 LA GLORIA DE NUESTRO DIOS	149
12 LA ADORACIÓN DE NUESTRO DIOS	161
GUÍA DE ESTUDIO	175

Título del original: *Our Awesome God*, © 2001 por John MacArthur y publicado por Crossway Books (primera impresión), una división de Good News Publishers, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187.

Edición en castellano: *Nuestro extraordinario Dios*, © 2005 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: Evis Carballosa

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-8254-1508-1

2 3 4 5 edición / año 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Exclusivo para:
www.tronodegracia.com
www.dcristo.net
www.dcristo.org

INTRODUCCIÓN

Hay una antigua fábula referente a seis ciegos de nacimiento que vivían en la India. Un día decidieron visitar un palacio cercano. Al llegar, había un elefante en el patio. El primer ciego tocó un costado del elefante y dijo: “Un elefante es como una pared”. El segundo tocó la trompa y comentó: “Un elefante es como una culebra”. El tercero tocó un colmillo y acotó: “Un elefante es como una lanza”. El cuarto tocó una pata y dedujo: “Un elefante es como un árbol”. El quinto tocó una oreja y arguyó: “Un elefante es como un abanico”. Y el sexto tocó la cola y exclamó: “Un elefante es como una cuerda”. Debido a que cada ciego solo tocó una parte del elefante, ninguno de ellos pudo saber con precisión lo que en realidad es un elefante.

Al llevar esta analogía al ámbito de lo espiritual, nos damos cuenta de que muchas personas tienen conceptos erróneos acerca de a qué realmente es Dios semejante. Creer cosas erróneas en lo atinente a Dios es un asunto muy serio porque es idolatría. ¿Le sorprende eso? Contrariamente a la creencia popular, la idolatría es más que postrarse delante de una pequeña figura o adorar en un templo pagano. Según la Biblia, es pensar cualquier cosa acerca de Dios que no es verdad o intentar transformarlo en algo que Él no es.

Dios mismo señaló el error de la idolatría cuando dijo del hombre: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal.

50:21). Debemos cuidarnos de pensar de Dios como nos parece o albergar pensamientos inicuos acerca de Él. Es sumamente fácil hacer cualquier de las dos cosas.

Voltaire, el agnóstico francés, una vez dijo en tono de broma que Dios creó al hombre a su propia imagen, y que el hombre le devolvió el favor. “No es eso solo verdad de los hombres inicuos —ha escrito un autor—, sino que los cristianos con frecuencia son culpables también de ese error. Porque somos seres finitos, nos inclinamos a percibir lo infinito a la luz de nuestras propias limitaciones”.

Aun las Escrituras mismas presentan la verdad en la clase de lenguaje y pensamientos que se acomodan a nuestro entendimiento humano. Pero aunque la Biblia desciende a nuestro nivel, también nos exhorta a ir más allá de nuestras limitaciones y a alcanzar pensamientos elevados respecto de Dios. Es esencial que nuestras ideas de Dios se correspondan tanto como sea posible con lo que Él realmente es. En cambio, con frecuencia ponemos a Dios en una caja. ¡y nuestra caja es increíblemente pequeña! Solemos permitir que nuestra cultura determine nuestros valores en lugar de nuestro Creador. Esos valores influyen en nuestros pensamientos relativos a Dios y moldean la manera en que nos relacionamos con Él en nuestra experiencia diaria (Gregg Cantelmo, “Criminal Concepts of God” [“Conceptos criminales de Dios”], revista *Masterpiece* [Obra maestra], septiembre/octubre, 1989, p. 5).

La única manera de saber cómo es Dios es descubrir lo que Él ha revelado de sí mismo en las Escrituras. La revelación de la naturaleza de Dios cae dentro de diferentes categorías de atributos, los que en su totalidad definen su carácter.

¿Qué dice la Biblia sobre Dios? Para comenzar, en un sentido pleno, Él es incomprensible. Zofar entendió bien ese concepto en su mal encaminada reprensión en contra de Job: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué

medirás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, y más ancha que el mar. Si él pasa, y aprisiona, y llama a juicio, ¿quién podrá contrarrestarle?” (Job 11:7–10). David lo dijo de esta manera: “Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable” (Sal. 145:3). Dios es infinito, es decir, no tiene fin.

Para definir al Dios infinito de manera que podamos entenderlo, frecuentemente tenemos que comenzar con lo que Él no es como base de comparación. Por ejemplo, cuando decimos que Dios es santo, queremos decir que no tiene pecado. No podemos concebir la absoluta santidad puesto que estamos muy familiarizados con el pecado. Al estudiar acerca de Dios en los capítulos siguientes, con frecuencia tomaremos ese acercamiento comparativo para poder obtener una comprensión más completa de sus atributos principales.

Saber cómo es Dios es fundamental para conocer al mismo Dios. El apóstol Juan escribió: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). Cuando la mayoría de las personas oye la expresión *vida eterna*, piensa en una vida que continúa para siempre. Pero las Escrituras afirman que, más que eso, la vida eterna es una calidad de vida para la persona que conoce a Dios.

Desdichadamente, muchos cristianos hoy día han puesto su corazón en las cosas temporales de este mundo, intercambiando el gran privilegio de conocer mejor a Dios por aquello que es mundano. El mismo Dios reprende esa clase de forma de pensar, puesto que declara: “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jer. 9:23–24).

¿En qué se deleita el Señor? No en nuestra vanagloria de la sabiduría mundana ni en nuestras proezas humanas ni en nuestras ganancias materiales. Se deleita en que lo conozcamos. En su libro *A Heart for God* [Un corazón para Dios], Sinclair Ferguson profundiza aún más:

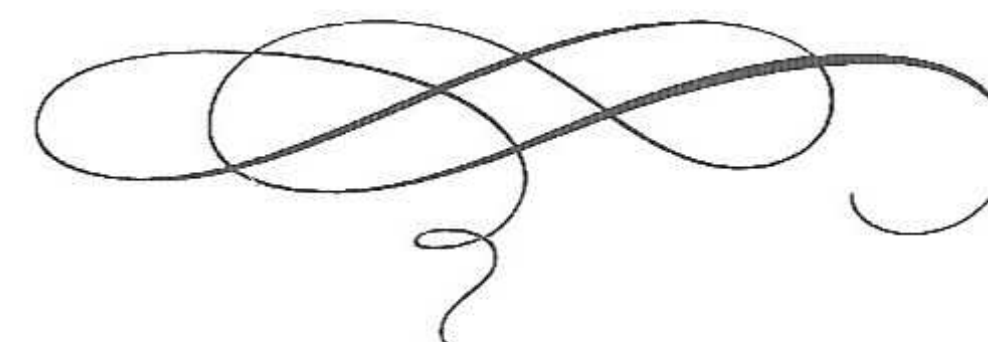
¿De qué nos gloriamos tú y yo? ¿Qué tema de conversación nos entusiasma más y llena nuestro corazón? ¿Consideramos conocer a Dios como el tesoro más grande del mundo, y con creces nuestro más grande privilegio? Si no es así, no somos más que pigmeos en el mundo de los espíritus. Hemos vendido nuestra primogenitura cristiana por un plato de lentejas, y nuestra verdadera experiencia cristiana será superficial, inadecuada y trágicamente se desenfocará. (Carlisle, Penn, *The Banner of Truth* [El estandarte de la verdad], 1987, p. 4)

En lugar de vender nuestra primogenitura espiritual, necesitamos aprender a decir con David: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (Sal. 63:1-2).

Aunque este libro no es un estudio exhaustivo del carácter de Dios, confío en que lo ayudará a conocer cómo es Él y servirá como incentivo para conocerlo mejor. Lea las siguientes páginas en oración. La Biblia promete que encontrará a Dios “Si le buscares de todo corazón y de toda tu alma” (Dt. 4:29). Aprenda a decir con el apóstol Pablo: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10).

1

NUESTRO TRINO DIOS



¿Quién es Dios? En su libro *The Future of an Illusion* [El futuro de una ilusión], Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, dice que Dios es un incentivo del hombre (Nueva York: W. W. Norton, 1961). Según escribió, necesitamos desesperadamente seguridad, porque tenemos temores de vivir arraigados en un mundo profundamente amenazador, en el cual tenemos muy poco control sobre nuestras circunstancias. Freud afirmó que inventamos a Dios como un padre protector, y sugirió tres razones para hacer cosa semejante.

La primera razón que esgrime es que tememos a la naturaleza. Tememos su carácter imprevisible, su impersonalidad y su rudeza. Porque todos vemos la terrible realidad de la enfermedad, el hambre y la angustia contra las que solo tenemos una defensa nominal, Freud asumió que conjeturamos que hay un ser sobrenatural que puede librarnos.

Para ilustrar esto, imagínese a un aborigen que vive en una isla volcánica. De pronto escucha estruendos y el suelo comienza a temblar. Sale de su cabaña y ve la lava que brota del pico del volcán. Se da cuenta de que apuntalar su cabaña y

consolar a su esposa e hijos no servirá de nada. Y puesto que parece que no hay salida, apela a encontrar un ser sobrenatural que lo salve del terror de la naturaleza.

Otra razón para inventar a Dios, afirma Freud, es nuestro temor de las relaciones. Debido a que con frecuencia las personas sienten que otras las usan, Freud asumió que era natural apelar a un árbitro divino, un Dios cósmico con un poderoso silbato que a la postre detiene la jugada y castiga a los hombres por lo que han hecho. Hizo tal observación basado en el sentido común de que todos queremos a alguien que sea capaz de enderezar los errores de injusticia.

Freud también atribuyó esa asumida invención de Dios al miedo a la muerte. Afirmó que queremos un Padre celestial que nos lleve a un hogar feliz, que llamamos cielo. Es duro enfrentarnos a la realidad de que un día dejaremos de existir para siempre.

¿Qué podemos decir de las afirmaciones de Freud? ¿Qué debemos pensar de ellas? Para comenzar, su concepto de la religión es más bien simplista. Es parte de la naturaleza humana preferir que Dios *no* exista. Lo primero que Adán y Eva hicieron después de pecar fue esconderse de Dios (Gn. 3:8). Liberarse del Dios que llama a los pecadores a rendirle cuentas ha sido una meta constante de la humanidad a través de la historia.

El apóstol Pablo declara que todos saben de la existencia de Dios “porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro. 1:19–20). Ese conocimiento de Dios está implantado dentro de toda persona, y el hecho de la existencia de Dios se respalda abundantemente en la Creación.

Sin embargo, aunque todo hombre y toda mujer en la

Tierra saben de la existencia de Dios, estos “no aprobaron tener en cuenta a Dios” (v. 28). Rechazan la autorrevelación de Dios y rehúsan reconocer sus gloriosos atributos. Freud se equivocó: Las personas no desean inventar al verdadero Dios. Más bien desean negar su existencia.

Además, un examen cuidadoso de las religiones del mundo demuestra que los dioses que han engendrado raras veces son de los que liberan, sino que generalmente tienen una naturaleza opresora que necesita que continuamente la apacigüen. Las mujeres de la India que ahogan a sus bebés en el río Ganges no consideran a su dios como un salvador, sino como a un ogro temible a quien es necesario apaciguar. Los dioses de las falsas religiones no son dioses protectores. Son dioses a los que hay que temer. Si las personas inventan dioses, ¡ciertamente inventan los dioses erróneos! De hecho, el salmo 106 deja claro que tales “dioses” son en realidad “demonios” (vv. 36–37; vea Sal. 96:5).

EL ÚNICO DIOS VERDADERO

En contraste con Sigmund Freud están los creyentes que aceptan la existencia de Dios por la fe. El principio de fe es este: “El que se acerca a Dios crea que la hay” (He. 11:6). Eso implica más que simplemente creer que hay un Dios. Significa creer en el único Dios verdadero que se revela en las Escrituras.

En el Antiguo Testamento el Señor enseñó a Job una lección relativa a la fe al decir:

“¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házme lo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?”

JOB 38:4–7

El Señor estaba diciendo: “Job, no sabes nada excepto lo

que sabes por la fe. No estabas presente. No tienes ninguna respuesta excepto las que yo te doy, y tú las crees o las crees". Tener fe es creer que lo que Dios dice es la verdad. El contenido de la fe cristiana es la Palabra de Dios.

Hay quienes pretenden probar la existencia de Dios a través de la ciencia. Pero por valiosa que sea la ciencia, tiene sus límites. Paul Little, un dirigente de los Grupos de Estudiantes Universitarios y posteriormente profesor asociado de Evangelismo en la *Trinity Evangelical Divinity School*, señaló:

Puede decirse con el mismo énfasis que no es posible "probar" la existencia de Napoleón mediante el método científico. La razón yace en la naturaleza misma de la historia y en las limitaciones del método científico. Para que algo pueda "probarse" por el método científico, tiene que repetirse. Uno no puede anunciar un descubrimiento nuevo al mundo sobre la base de un solo experimento.

Pero la historia por lo que es en sí no es repetible. Nadie puede "repetir" el principio del universo o devolver a la vida a Napoleón o repetir el asesinato de Lincoln o la crucifixión de Jesucristo. Pero el hecho de que esos sucesos no pueden "probarse" mediante la repetición, no refuta su realidad como acontecimientos. (*Know Why you Believe* [Conoce por qué crees], Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1968, p. 8)

No es posible aplicar el método científico a todas las cosas. Simplemente eso no funciona. No puede poner el amor, la justicia o la ira en un tubo de ensayo, pero, sin embargo, todos ellos son reales. Aunque no pueda probar la existencia de Dios mediante la ciencia, hay abundantes evidencias científicas y racionales que hacen razonable creer en Dios y en su Palabra. No obstante, cuando se va a la raíz de la cuestión, la vida cristiana se reduce a la fe. La persona finalmente tiene que llegar a decir "creo".

Como creyentes, reconocemos que Dios existe. ¿Pero

conocemos al Dios que existe? ¿Sabemos cómo es Él? Si hemos de aprender de Él, necesitamos acudir a las Escrituras, porque ahí es donde se ha revelado a nosotros.

DIOS ES UN SER PERSONAL

Alberto Einstein admitió la existencia de una fuerza cósmica en el universo pero concluyó que es incognoscible (*Cosmic Religion* [Religión cósmica] Nueva York: Covici, Friede, 1931, pp. 47-48). Estaba tristemente equivocado. Dios es concebible, pues dijo: "Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:13). El apóstol Pedro dijo a los creyentes: "Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén" (2 P. 3:18). No hubiese dicho semejante cosa si no fuese posible hacerlo.

Dios es conocible porque es un ser personal. La Biblia usa títulos personales para describirlo, tales como *Padre, Pastor, Amigo y Consejero*. La Biblia también usa pronombres personales para referirse a Dios. Tanto el texto hebreo como el griego se refieren a Dios como "Él", nunca como el neutro "lo". También sabemos que Dios es un ser personal porque piensa, actúa, siente y habla. Dios se comunica.

DIOS ES UN SER ESPIRITUAL

La naturaleza esencial de Dios es espiritual, tal como lo señala la afirmación: "Dios no es hombre" (Nm. 23:19). Jesús declaró: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Jn. 4:24). ¿Qué significa ser "espíritu"? El teólogo Carlos Hodge lo explica así:

Es imposible... sobrestimar la importancia de la verdad contenida en la simple proposición Dios es Espíritu. Esa proposición implica que Dios es inmaterial. Ninguna de las

propiedades de la materia se puede aseverar de Él. No es prolongado ni divisible ni compuesto ni visible ni tangible. No posee ni volumen ni forma... Al revelar, por lo tanto, que Dios es Espíritu, la Biblia nos revela que ningún atributo de la materia forma parte de la esencia divina. (*Systematic Theology* [Teología sistemática] Grand Rapids, Mich.: Baker, 1988, pp. 138–139)

Aunque Dios no es material, la Biblia lo describe de manera material:

“Los ojos de Jehová... recorren toda la tierra”.

ZACARÍAS 4:10

“¿Acaso se ha acortado mi mano para no redimir?”

ISAÍAS 50:2

“Tuyo es el brazo potente; fuerte es tu mano, exaltada tu diestra”.

SALMO 89:13

Llamamos a esas descripciones *antropomorfismos*. Ese vocablo se deriva de dos términos griegos: *anthropos* (hombre) y *morphe* (forma). Dios se refiere a sí mismo en forma humana no porque Él sea material, sino para acomodar entendimiento finito.

Que Dios es un ser espiritual significa que su esencia es invisible. El apóstol Pablo escribió: “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1 Ti. 1:17). En el Antiguo Testamento Dios se presentaba a sí mismo a través de la *shekinah*, es decir de la luz divina, el fuego y la nube. En el Nuevo Testamento lo hacía en la forma humana de Jesucristo, quien era plenamente Dios y plenamente hombre (Jn. 1:14, 18). Pero esas revelaciones visibles no descubrían la totalidad o la plenitud de la naturaleza esencial de Dios.

DIOS ES UNO

En el Antiguo Testamento encontramos la sorprendente declaración: “Yo dije: Vosotros sois dioses, Y todos vosotros hijos del Altísimo” (Sal. 82:6). ¿Significa eso que realmente hay muchos dioses? No. Dios hablaba de jueces humanos de la nación de Israel. Como representantes de Dios, se les dio el alto honor de juzgar al pueblo en lugar de Dios. La referencia es a sus puestos no a su esencia. Eso es obvio por lo que indica el versículo 7, que dice que ellos como hombres estaban sujetos a la muerte.

Hay un solo Dios verdadero, no muchos. Moisés dejó eso bien claro cuando dijo: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Dt. 6:4). Esa era una verdad central en la religión de Israel. Debido a que vivían en medio de pueblos politeístas, era vital que diesen su alianza al único verdadero Dios. Dios dijo: “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Is. 44:6). El Señor es un Dios celoso (Éx. 20:5), lo que significa que solo a Él debe adorársele.

En el Nuevo Testamento Cristo correctamente se identificó como Dios. Sin embargo, no estaba afirmando ser otro dios, porque Él repitió la enseñanza de Moisés:

“Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento”.

MARCOS 12:29–30

Cristo dijo que debemos amar a Dios con un compromiso íntegro, mientras que al mismo tiempo afirmaba ser ese mismo Dios. Si Cristo hubiese afirmado ser otro Dios, nunca hubiese hecho esa declaración. Hubiese tenido que decir:

“Divide tu alianza entre nosotros dos”. Puedes amar a Dios con todo lo que tienes porque no hay otro dios con quien compartir tu amor.

La unicidad de Dios es una doctrina importante que Pablo enfatizó con frecuencia. En su primera carta a los corintios escribió:

“Que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores)... para nosotros, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él”.

8:4-6

¿Qué quiso decir Pablo? Que recibimos todas las cosas tanto del Padre como de Cristo. ¿Cómo puede eso ser así? Porque en esencia ambos son uno y el mismo. Dios es uno.

La universalidad del Evangelio está intrínsecamente atada a la unicidad del Dios. Pablo escribió:

“Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión”.

ROMANOS 3:29-30

Hay un solo Dios verdadero, y puesto que es así, todos tienen que acudir a Él para la salvación. Pablo dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5). La Biblia deja bien claro que solo hay un Salvador, es decir, Dios. Solo Él es la fuente de salvación para todas las personas. La epístola a Tito se refiere a Dios como Salvador tres veces, el mismo número de veces que se refiere a Cristo como Salvador.

DIOS ES TRES

Dios es uno, sin embargo existe no como dos sino como tres personas distintas. Hay quienes intentan explicarlo usando ilustraciones terrenales. Señalan que un huevo es uno, pero que está formado por tres partes: la cáscara, la clara y la yema. También apuntan a que el agua es una sustancia, pero puede existir en tres estados: sólido, líquido y gaseoso. Esas comparaciones ayudan en algo, pero ninguna ilustración le hace justicia a la Trinidad. ¡Nuestro majestuoso Trino Dios está suavemente alejado de simples huevos o del agua! Su grandeza es infinita, y jamás podremos comprenderla en su plenitud. Simplemente tenemos que aceptar la clara enseñanza de las Escrituras. ¿Qué enseña la Biblia concretamente acerca de la Trinidad?

La enseñanza del Antiguo Testamento sobre la Trinidad

El Antiguo Testamento expresa la pluralidad de la deidad en sus palabras iniciales: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1).

El vocablo hebreo que se traduce como Dios es *Elohim*. El sufijo plural, *im*, presenta a un Dios singular al que se lo expresa como una pluralidad.

La pluralidad de la deidad también se evidencia en la creación, ya que Dios dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (Gn. 1:26). Cuando Dios preparaba la destrucción de la torre de Babel, dijo: “Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero” (Gn. 11:7).

Las diferencias entre los miembros de la Trinidad son evi-

dentes en varios pasajes del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en Génesis 19 leemos: “Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos” (v. 24). Además, Carlos Hodge señala este intrigante y con frecuencia olvidado detalle:

Encontramos a través del Antiguo Testamento menciones constantes hechas de una persona a quien, aunque diferente de Jehová como persona, los títulos, atributos y obras de Jehová le son, no obstante, adscritos. A esa persona se la llama el ángel de Dios, el ángel de Jehová, Adonai, Jehová y Elohim. Afirma tener autoridad divina, ejercer prerrogativas divinas y recibe adoración divina...

Además de esto tenemos el testimonio expreso de los escritos inspirados del Nuevo Testamento de que el ángel de Jehová, el Jehová revelado que guió a los israelitas a través del desierto y que habitó en el templo era Cristo. Es decir, el ángel era el Verbo... quien se hizo carne y cumplió la obra que, según la profecía, el Mesías debía cumplir. (*Systematic Theology* [Teología sistemática], p. 177)

Teniendo eso en mente, está claro que hay varios pasajes del Antiguo Testamento donde Cristo habla, y en algunos de ellos menciona otras dos personas divinas. Por ejemplo, en el libro de Isaías dice:

“Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu”.

48:16

La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Trinidad

El Evangelio de Lucas revela que todos los miembros de la Trinidad estuvieron implicados en la encarnación de Cristo,

porque un ángel se le apareció a María y le dijo:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”.

1:35

La Trinidad también estaba presente en el bautismo de Cristo, porque el Espíritu Santo descendió sobre Él como una paloma, y el Padre dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17). Vemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en la misma escena.

La Trinidad también estuvo implicada en la resurrección de Cristo. Por el poder del Padre (Ro. 6:4; Gá. 1:1; 1 P. 1:3), el mismo poder del Hijo (Jn. 10:18) y el poder del Espíritu Santo (Ro. 8:11) resucitó.

Es evidente, además, que la Trinidad en su plenitud estuvo presente en la obra expiatoria de Cristo, puesto que el autor de la carta a los Hebreos dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14). Cristo se ofreció a sí mismo al Padre como un sacrificio perfecto, y el Espíritu Santo le dio el poder para hacerlo. El apóstol Pedro proclama esa verdad cuando dice que los creyentes fueron: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas” (1 P. 1:2).

Todos los miembros de la Trinidad están implicados en la consecución de nuestra salvación. Dios el Padre nos confirma en Cristo (2 Co. 1:21–22). Cristo asegura que nos hallarán irrepreensibles (1 Co. 1:7–8). El Espíritu Santo nos sella con su promesa de nuestra herencia celestial (Ef. 1:13).

Otra evidencia de la Trinidad se encuentra en la Gran

Comisión, porque Cristo dijo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt. 28:19). El bautismo demuestra la unión del creyente no solo con Cristo, sino también con la totalidad de la deidad. Observe que el versículo no dice: “Bautizándolos en el nombre del Padre, y en el nombre del Hijo, y en el nombre del Espíritu Santo”. Tampoco dice: “En los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. El misterio de la Trinidad es que hay un nombre y tres Personas. Puesto que “nombre” se refiere a todo lo que una persona es y hace, aquí sugiere todo lo que Dios es y hace como la Trinidad.

Con frecuencia Pablo alude a la Trinidad en sus cartas en el Nuevo Testamento. A los Romanos escribió que el Espíritu Santo es tanto “el Espíritu de Dios” como “el Espíritu de Cristo” (8:9). El Espíritu Santo tiene la misma relación con el Padre que la que tiene con el Hijo.

En su primera carta a los Corintios, Pablo menciona a los miembros de la Trinidad uno al lado del otro: “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Co. 12:4–6). Más adelante, en su segunda carta los menciona juntos otra vez: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Co. 13:14).

También escribió a los tesalonicenses: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13).

Muchas veces el entramado de la Trinidad está más allá de nuestra comprensión. Por ejemplo, Cristo dijo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con voso-

tros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Jn. 14:16–17). Ese texto indica que el Padre envió al Espíritu. Más adelante Cristo dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Jn. 15:26). Ese versículo indica que el Hijo envió al Espíritu. Podemos concluir que tanto el Padre como el Hijo fueron responsables de enviar al Espíritu Santo. Pero la naturaleza exacta de la relación entre los miembros de la Trinidad permanece siendo un misterio.

¿Quién puede comprender la Trinidad? Dios es tres en uno y uno en tres. Ese es un misterio eterno. El teólogo Jaime I. Packer escribió:

Aquí nos enfrentamos a la más inimaginable e insondable de todas las verdades, la verdad de la Trinidad... ¿Qué debemos deducir de esta? En sí misma, la divina Trinidad es un misterio, un hecho trascendente que sobrepasa nuestra comprensión...

Cómo es que el único eterno Dios es eternamente tanto singular como plural, cómo es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero esencialmente uno... es más de lo que podemos saber, y cualquier intento por “explicarlo”, disipar el misterio mediante el razonamiento como algo separado de confesarlo mediante las Escrituras, está destinado a falsificarlo. Aquí, como en otro lugar, nuestro Dios es demasiado grande para la mente pequeña de sus criaturas. (*I Want to be a Christian* [Quiero ser cristiano], Wheaton, Ill.: Tyndale, 1977, pp. 29–30)

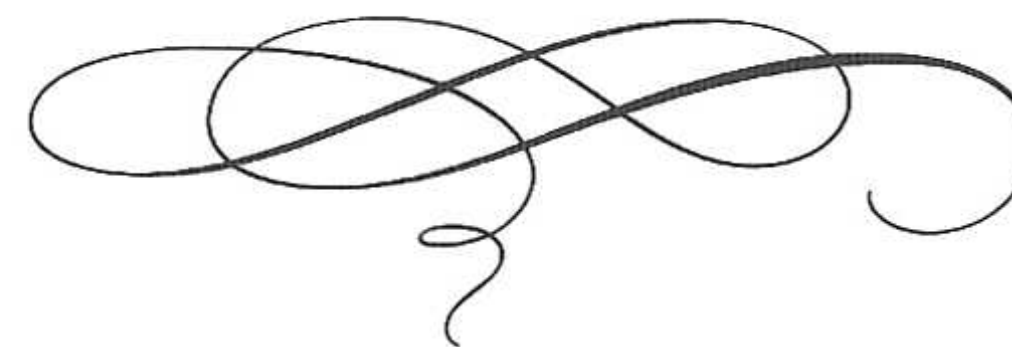
No podemos comprender al Dios Trino, pero sabemos que Él es un Padre que nos ama, un Hijo que murió por nosotros y un Espíritu que nos consuela. En los capítulos siguientes estudiaremos otras características de Dios. Pero necesitába-

mos comenzar aquí, porque la Trinidad es la verdad más insondable de las Escrituras. Nos hace humillarnos en preparación para lo que está por delante.

¡Ruegue que este majestuoso Dios se revele a sí mismo más plenamente en su vida a través de las Escrituras, y desee ardientemente conocerlo con todo su corazón!

Visite:
www.dcristo.org
(Música, Películas, Audiolibros on line)

NUESTRO FIEL E INMUTABLE DIOS



El siguiente artículo apareció en la primera plana del diario *Los Angeles Times* hace unos años:

En una reciente cena de etiqueta en Washington, el embajador ruso, Vladimir Lukin, se encontró sentado justo en frente del director de la CIA, Roberto M. Gates. El embajador del antiguo "imperio del mal" se dirigió amigablemente a su compañero de mesa y comentó: "¿Cuándo vamos a reunirnos para establecer algunas nuevas normas para espiarnos el uno al otro...?"

Gates escuchó y expresó un interés cauteloso respecto de la idea. Entonces animó a Lukin a considerarla con Yevgeny Primakov, a la cabeza del servicio de inteligencia soviético, principal responsable de espionaje del ahora difunto KGB (Comité de Seguridad del Estado).

Pero no debe esperarse que los Estados Unidos y la Unión Soviética se asusten hasta el punto de unirse y ponerse de acuerdo en breve sobre la clase de espionaje que harán o no harán en el país del otro. La sospecha está muy arraigada...

Incluso entre los servicios de inteligencia más amigos, todavía hay montones y montones de secretos. Todos los entendimientos son tácitos, y el comportamiento es moderado más por la amenaza de que los sorprendan que por cualquier firma de acuerdos. (Juan M. Broder, "Spies Who Won't Come in from the Cold War" ["Los espías que no entrarán en la Guerra Fría"], mayo 17, 1992, pp. A1, A2)

Tal como existe desconfianza entre las naciones, así también hay desconfianza entre los individuos. Hoy día estamos acostumbrados a no confiar en nadie. Las personas están aprendiendo a no confiar sino en sí mismas, comprendiendo por experiencia propia que la confianza es una virtud escurridiza. Con frecuencia las promesas significan muy poco o casi nada, y la mentira se ha convertido en una práctica común en nuestra sociedad.

En medio de la confusión que siempre genera la mentira y la desconfianza, la gente busca algo o alguien en quien depositar su confianza. Algunos se vuelcan a los dioses de las religiones que el hombre creó. Otros ponen su confianza en los autoproclamados sanadores. Escuché de una madre que llevó a su hijo a un supuesto sanador con la esperanza de ver que sus incapacitadas piernas volviesen a funcionar correctamente. Este le indicó que quitase los aparatos ortopédicos de las piernas de su hijo y que no se los volviese a poner. Semanas más tarde, después de mucho dolor, hubo que practicarle cirugía de emergencia al muchacho para evitar la amputación de sus extremidades.

Los falsos maestros siempre han hecho acto de presencia para robar el corazón, la confianza y el dinero de las personas. No hace muchos años un pastor de Los Ángeles condujo una campaña por televisión pretendiendo recolectar dinero para la obra misionera. Después de recoger una suma considerable, se fue de la ciudad y desapareció de la escena.

Los falsos maestros, que son tanto engañadores como engañados, existen en abundancia. Hay maestros de prestigiosos seminarios con una vasta erudición que predicán filosofías y teología herejes. Además, muchas personas concurren a Iglesias que afirman enseñar todo lo concerniente a Cristo pero que en realidad niegan la verdad. Como resultado, el pueblo no aprende nada relativo al Cristo de las Escrituras. Con mentiras y fraude a nuestro alrededor, ¿en quién podemos confiar?

El Único en quien podemos confiar sin reserva alguna es Dios. Porque debido a Su carácter, Él "no puede mentir" (Tit. 1:2). Todo lo que dice o hace es absoluta verdad. Él no se contradice. Cuando hace una promesa, no puede evitar cumplirla. Nunca se desvía de su voluntad ni de su Palabra.

Debido a que Dios es confiable, podemos estar seguros de que Él es siempre fiel hacia sus propios hijos. Es por eso que puede confiar en Él no importa lo que suceda. Aunque esté pasando por circunstancias adversas, tiene la seguridad de que Él es fiable.

¿Conoce a Dios de esa manera? ¿Ha reconocido su fidelidad a su favor?

EL CARÁCTER CONFIABLE DE DIOS

Vemos la fidelidad de Dios claramente en la vida de Abraham. Abraham, cuyo nombre original era Abram, creció en un ambiente pagano, en Ur, una antigua ciudad caldea de la Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates. Era una tierra fértil, donde probablemente estuvo situado el huerto del edén y donde a la postre edificaron la gran ciudad de Babilonia. Era descendiente de Sem, uno de los tres hijos de Noé, pero durante muchas generaciones su familia adoró a dioses falsos (Jos. 24:2).

El viaje de Abraham

Un día Dios habló a Abraham y lo mandó a Canaán. El autor de la Epístola a los Hebreos dice: “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (11:8). El vocablo griego que se traduce como “saber” significa “fijar la atención en algo” o “poner el pensamiento en algo”. Salió para una tierra extranjera, sin siquiera poner sus pensamientos hacia donde iba.

Además, no tenía ninguna garantía, aparte de la Palabra de Dios, de que llegaría allí. Su peregrinaje de fe lo llevó a dejar el lugar de su nacimiento, su hogar y su propiedad. Rompió sus lazos familiares, dejó sus seres queridos y abandonó la seguridad presente por la incertidumbre futura. ¿Por qué obedeció y salió? Porque sabía que Dios es confiable.

El sacrificio de Abraham

El brillante teólogo Jonatán Edwards conmovedoramente escribió:

He estado delante de Dios, y me he dado a mí mismo, todo lo que soy y tengo, a Dios. De modo que, en ningún respecto, me pertenezco a mí mismo. No puedo reclamar ningún derecho en esa comprensión, esa voluntad, esos afectos que están en mí. Tampoco tengo ningún derecho sobre este cuerpo o cualquiera de sus miembros: Ningún derecho a esta lengua, a estas manos, a este olfato o a este gusto. Me he rendido a mí mismo completamente y no he retenido nada como mío propio. (*The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonatán Edwards], Vol. 1, Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust, 1990, reimpresión, p. XXV)

Edwards se ofreció completamente a Dios, decidido a obedecerlo sin reservas. Vemos la misma actitud en Abraham, tal como se revela en esta dramática escena:

“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham.

Y él respondió: Heme aquí.

Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo.

Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros.

Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos.

Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío.

Y él respondió: Heme aquí, mi hijo.

Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.

E iban juntos. Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.

Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham.

Y él respondió: Heme aquí.

Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.

Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo”.

GÉNESIS 22:1-13

¡Qué acto de confianza tan estupendo! Dios ya había prometido que la posteridad de Abraham crecería hasta convertirse en una nación y en un pueblo especial (12:2; 15:2-5), que la tierra a la que Dios había llevado a Abraham sería la patria de ese pueblo (13:14-17), y que su posteridad sería una bendición al mundo (12:2-3; 18:18).

Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (15:6). Es decir, Abraham creyó que Dios cumpliría las promesas de su pacto y que haría lo que dijo. Sabía, como deberíamos saber nosotros, que el Señor es confiable y fiel a su Palabra.

Pero ¿cómo podría Abraham esperar que las promesas se cumpliesen si debía ofrecer a Isaac como sacrificio? Abraham lo hizo “pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir” (He. 11:19). Sabía que de alguna manera Dios cumpliría su promesa, mediante un milagro si fuera necesario. La fe de Abraham no era ciega, porque había visto el carácter fiable de Dios y el despliegue de su integridad una y otra vez. Su fe estaba bien establecida.

LA FIDELIDAD DE DIOS POR SU PACTO

No mucho después de haber creado a Adán y a Eva, ellos decidieron desobedecer a Dios. Comieron el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal y cayeron, tal como ocurrió con el resto de la creación. Como resultado de ello toda la Tierra quedó maldita. Los padres de la raza humana perdieron su comunión con Dios y se los expulsó del edén.

Poco después ocurrió el primer asesinato, y a partir de ahí las cosas se deterioraron rápidamente. La corrupción, la violencia, la poligamia, la idolatría, el incesto, la mentira, el robo, el adulterio y todo otro tipo de pecado se convirtió en algo común, y muchísimo peor... La humanidad se volvió tan corrompida que Dios destruyó a todo ser viviente sobre la faz de la Tierra, con la excepción de los ocho que componían la familia de Noé. En las generaciones posteriores al diluvio, sin embargo, las personas continuaron su alejamiento de Dios.

No obstante Dios no abandonó a la humanidad. Era su plan eterno que algunos lo adorasen y lo sirviesen. Abraham formaba parte de ese plan. Él sería el progenitor de la nación de Israel, que traería salvación al mundo a través del Mesías.

Abraham, sin embargo, era solo un objeto del plan divino, es decir, Dios no lo escogió para que fuese parte de su plan divino debido a algún mérito particular, cualidad o virtud que pudiese haber en él. Dios hizo su elección según su soberano beneplácito y voluntad. Abraham llegaría a ser el padre de una nación poderosa, y en él todas las naciones de la Tierra serían benditas porque el Señor dijo: “Lo he escogido” [heb. “lo he conocido”] (Gn. 18:19).

El Señor certificó su promesa a Abraham mediante un pacto. A la manera como se ratificaban los pactos en aquel tiempo en Oriente Medio, Dios le dijo a Abraham que cortara ciertos animales por la mitad y que pusiese las mitades en lados opuestos. Después el Señor hizo que un sueño profun-

do sobrecogiese a Abraham. El Señor le habló acerca de su promesa y luego Él solo pasó entre los animales divididos.

Normalmente, los dos contrayentes debían caminar entre los animales divididos para simbolizar su responsabilidad mutua en el cumplimiento de las condiciones del acuerdo, como si dijese: “Que nos corten en dos si no llegásemos a cumplir nuestra parte del acuerdo”. Pero Abraham no participó en la determinación de las condiciones del pacto ni en la ceremonia que lo selló. El hecho de que solo Dios caminó entre los animales divididos significa que la responsabilidad total era suya. Abraham no fue parte del pacto, sino recipiente del mismo y el instrumento a través del cual se efectuaría su cumplimiento. Las condiciones y las obligaciones eran solo de Dios.

Abraham estaba seguro en el plan eterno de Dios. ¿Por qué? Porque Dios es leal a su Palabra y fiel para cumplir las promesas que había pactado. En todo el universo, solo Él puede decir: “Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado” (Is. 14:24).

EL PLAN INALTERABLE DE DIOS RELATIVO A LA REDENCIÓN

La elección soberana de Dios es el tema de Romanos 9. Como ilustración, Pablo escribió respecto de Jacob y Esaú: “(Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor” (vv. 11–12).

Como en el caso de Abraham, es solo Dios y nada más que una persona haga lo que trae salvación. Dios se ha propuesto amar a los suyos, y nada puede violar ese plan. Cuando Él diseña su propósito soberano, lo ejecuta. Sus planes nunca fracasan, porque es fiel a su Palabra.

Isaac y Jacob no eran los únicos beneficiarios del plan de Dios. Pablo escribió:

“No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes”.

vv. 6–8

Su argumento es que Abraham es el padre espiritual de todos los que creen (vea Ro. 4:11–12). Se refería a la fe de las personas, no a su procedencia racial. En su carta a los Gálatas, lo expresa así: “Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham” (3:7). Los que creemos en Cristo como Salvador y Señor estamos tan seguros como Abraham porque ejercemos la misma fe que él.

Como verdaderos hijos de Abraham, estamos seguros del plan de redención del Señor. Después de todo, dice el apóstol: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó” (Ro. 8:29–30).

El creyente no contribuye en nada para asegurar su salvación. Según el propósito de Dios, Él la asegura para nosotros. El creyente no puede ni asegurarla ni mantenerla. Pero en fidelidad, Dios hace ambas cosas (he examinado esa cuestión con más detalles en mi libro *Saved without a Doubt* [Salvo sin ninguna duda], Wheaton, Ill.: Victor, 1992).

¿Por qué nos escogió Dios para salvación y para conformarnos en la semejanza de su hijo? Porque eso forma parte de su plan soberano y sabio. Podemos estar seguros de que Él

nunca alterará ni anulará su plan eterno, porque es siempre fiel en el cumplimiento de sus promesas.

EL JURAMENTO INDEFECTIBLE DE DIOS

En tiempos del Antiguo Testamento, era común que una persona hiciese un juramento mediante la invocación del poder de algo o alguien mayor que él mismo. Para el pueblo judío, el poder más alto era el de Dios (vea Gn. 14:22; 21:23-24; 24:3). Si alguien hacía semejante juramento, él o ella era responsable de cumplirlo.

Dios, sin embargo, no necesita hacer tal juramento. Él es la misma Verdad, y no hay poder más alto. Debemos aceptar su Palabra sin ponerla en duda. No obstante, Dios garantizó su promesa a Abraham mediante un juramento:

“Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación.

Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”.

HEBREOS 6:13-18

El juramento de Dios, por supuesto, no se nos dio para hacer que su promesa fuese más segura, sino para acomodar la débil fe del pueblo. Dios descendió a nuestro nivel para proveernos de una mayor seguridad.

El escritor de Hebreos dice: “Para que por dos cosas inmu-

tables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (v. 18). El vocablo griego que se traduce como “inmutable” se usaba en relación con los testamentos. Una vez debidamente hecho, un testamento era inalterable por cualquiera que no fuese su testador. ¿Qué dos cosas son inmutables? La promesa de Dios y su juramento. Dios declaró que ambos son inmutables aún hasta el punto de poner en juego su propia reputación respecto de dicha cuestión. Su voluntad no puede cambiarse ni trasponerse ni alterarse. ¿Podemos estar seguros? Sí, porque Él no puede mentir. El Señor hizo ese compromiso para proporcionar un fuerte estímulo y confianza para todos los que acuden a Él como su Refugio y Salvador.

Dios añade otra razón de por qué los creyentes deben confiar en Él. En Hebreos 6, el escritor concluye:

“La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”.

vv. 19-20

Como nuestro Sumo Sacerdote, Cristo actúa como ancla de nuestra alma, Aquel que para siempre nos guardará de alejarnos de Dios.

El comentarista Homer Kent escribió:

Esa ancla es segura porque no se dobllega. Es segura para sostener porque sus uñas son fuertes y no pueden ni doblarse ni romperse. Asimismo Cristo en su propia persona es totalmente fiable y plenamente digno de nuestra confianza. (*The Epistle to the Hebrews* [La Epístola a los Hebreos], Grand Rapids, Mich.: Baker, 1972, p. 122)

Podemos confiar en Dios no solo porque Cristo es el ancla de nuestra alma, sino también porque ha llegado hasta dentro del velo. La frase “hasta dentro del velo” era una referencia al lugar más sagrado del templo, el lugar santísimo. Dentro del lugar santísimo estaba el arca del pacto, que representaba la gloria de Dios. Una vez al año, el día de la expiación, el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo para hacer expiación por los pecados del pueblo de Dios.

Bajo el Nuevo Pacto, sin embargo, la expiación se realizó una vez por todas con el sacrificio de Cristo en la cruz (He. 9:12). Como nuestro precursor, Cristo entró en el cielo, la parte interior del velo. En la mente de Dios, nuestra alma está segura en el cielo con Cristo. La absoluta seguridad que Dios provee dentro del impregnable e inviolable santuario celestial, pero Cristo, además, hace de centinela sobre ellos. ¡Sin duda alguna, podemos confiar nuestras almas a nuestro grandioso fiel Dios!

EL CARÁCTER INMUTABLE DE DIOS

La fidelidad de Dios está entrelazada con su carácter inmutable. En el libro de Malaquías, Dios dice de sí mismo: “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Mal. 3:6). En Él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17).

Los cambios son para mejorar o para empeorar. Pero ambos son inconcebibles en Dios. En su libro *Los atributos de Dios*, el escritor y maestro Arturo W. Pink escribió:

[Dios] no puede cambiar para mejorar, porque él ya es perfecto. Y al ser perfecto, no puede cambiar para lo peor. Totalmente incapaz de que algo fuera de sí mismo lo afecte, es imposible que experimente mejoría o deterioro. Él es perpetuamente el mismo. (Grand Rapids, Mich.: Baker, p. 37)

No obstante, algunas personas se confunden al leer algunos pasajes bíblicos que sugieren que Dios cambia. Por ejemplo: “Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho” (Gn. 6:6-7). Pero piense en esto: ¿Quién cambió el carácter? No fue Dios. Él creó a personas para hacer lo bueno, pero no cambió, ellos cambiaron e hicieron lo malo.

En el libro de Jonás vemos un pasaje que con frecuencia se lo entiende mal. Cuando Dios vio que los habitantes de Nínive se habían convertido de su mal camino, dice el profeta: “Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo” (Jon. 3:10). Una vez más, ¿quién cambió? Seguro que no fue Dios. Él mostró su misericordia hacia nosotros no porque se haya arrepentido, sino porque los ninivitas lo hicieron.

Luis Berkhof explica este tema así:

Hay cambio alrededor de Él [Dios], cambió las relaciones de los hombres con Él, pero no hay cambio en su Ser, sus atributos, sus propósitos, sus motivos de acción o sus promesas... Si las Escrituras hablan de su arrepentimiento, de cambiar sus intenciones y de alterar su relación con los pecadores cuando se arrepienten, debemos recordar que esa es solo una manera de hablar antropomórfica. En realidad el cambio no está en Dios sino en el hombre y en las relaciones del hombre con Dios. (*Systematic Theology* [Teología sistemática], Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1941, p. 59)

La manera en que una persona comparece delante de Dios establece lo que ocurre con él o ella. Usted no puede culpar al Sol por derretir la cera y endurecer el barro. La diferencia está

en la sustancia de esos objetos, no en el Sol. Dios nunca cambia. Él continuará premiando el bien y castigando el mal. Moisés escribió sobre el carácter inmutable de Dios de esta manera:

“Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”

NÚMEROS 23:19

El carácter inmutable de Dios lo separa de todas las demás cosas. Los cielos, por ejemplo, están sujetos a cambios. Se mueven, siguen su curso. El libro de Apocalipsis nos proporciona un cuadro drástico de los cambios extremos que los cielos experimentarán hasta que a la postre el fuego los disuelva. Las estrellas caerán, el Sol se oscurecerá, la Luna se volverá como de sangre y los cielos se enrollarán como un pergamino.

La Tierra también está sujeta a cambios. Las personas han estado modificando la superficie de la Tierra con sus tractores y también la atmósfera con la contaminación ambiental. El libro de Apocalipsis dice que al final de los tiempos tanto las personas como la vegetación morirán, y los océanos se contaminarán. La Tierra ya se modificó mediante el diluvio. Y volverá a modificarse cuando el intenso calor la consuma (2 P. 3:6-7).

Los inicuos están sujetos a cambios. Los incrédulos piensan que ahora tienen una vida feliz o al menos aceptable. Pero algún día se darán cuenta de que una eternidad sin Dios es una existencia trágica. Los ángeles también están sujetos a cambio porque: “A los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Jud. 6). Esos seres son demonios.

Incluso los creyentes cambian. Hay tiempos en los que

nuestro amor por Cristo arde y lo obedecemos, pero también existen otros en los que se consume y desobedecemos. Por un lado, David confió en el Señor como su Roca y Refugio (2 S. 22:3). Por otro lado, temió por su vida: “Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando más por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano” (1 S. 27:1). ¡Todo el mundo y todas las cosas en el universo cambian, excepto Dios!

¿Qué significa para nosotros los cristianos el carácter inmutable de Dios? Significa consuelo. Como dice Arturo W. Pink:

¡La naturaleza humana no es confiable, pero Dios sí! No importa qué tan inestable sea yo ni cuán volubles sean mis amigos, Dios no cambia. Si Él variase como nosotros, si quisiese una casa hoy y otra mañana, si sus caprichos lo controlaran, ¿quién podría confiar en Él? Pero alabado sea su glorioso nombre, Él es siempre el mismo. Su propósito es fijo, su voluntad es estable, su Palabra es segura. He aquí, por lo tanto, una roca donde podemos afirmar nuestros pies, mientras que el poderoso torrente lo arrastra todo a nuestro alrededor. La permanencia del carácter de Dios garantiza el cumplimiento de sus promesas. (The Attributes of God [Los atributos de Dios], p. 39)

Las promesas de Dios incluyen una salvación para los creyentes que es eterna. ¡Eso significa que Él fielmente manifestará su amor, su perdón, su misericordia y su gracia sobre nosotros por siempre! Él nos asegura: “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10).

Este es el Dios fiel e inmutable en quien puede confiar

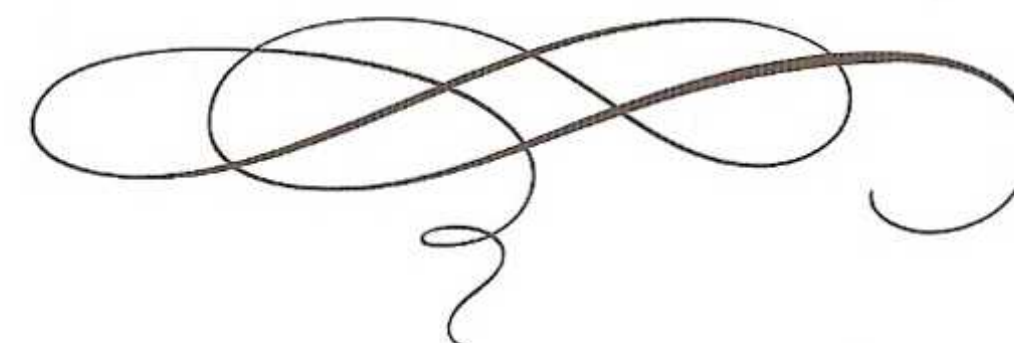
completamente. Él siempre será leal a su Palabra y cumplirá todas sus promesas. No es de sorprenderse que Cristo dijo: “Tened fe en Dios” (Mr. 11:22). Quiso decir “puedes confiar en Dios. Puedes poner tu vida en sus manos” ¡Quiera Dios ayudarlo a que lo haga!

Visite:

www.parameditar.com
(Ilustraciones & Reflexiones)

3

NUESTRO SANTO DIOS



Roberto Murray McCheyne fue un hombre con una gran pasión por Dios. Poco después de su conversión hizo las siguientes anotaciones en su diario:

30 de junio, 1832

Mucho descuido, pecado y tristeza. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Entra tú, alma mía, en la Roca, y escóndete en el polvo por temor del Señor y por la gloria de su majestad.

3 de julio, 1832

Esta última amarga raíz de mundanalidad que con tanta frecuencia me ha traicionado lo ha hecho esta noche tan miserablemente que no puedo sino considerarla como la manera que Dios ha escogido para hacerme aborrecerla y abandonarla para siempre. Hago un voto, pero es mucho más que el orar de un débil gusano. ¡Siéntate en polvo, oh alma mía!

22 de julio, 1832

Tuve esta noche un entendimiento más completo de ese

autovaciamiento y humillación que son necesarios para venir a Cristo, una negación del yo, colocándolo debajo de los pies, un reconocimiento de la completa justicia y rectitud de Dios, que no podía hacer otra cosa sino condenarnos completamente y lanzarnos a lo más bajo del infierno, un sentimiento que, aún en el infierno, deberíamos regocijarnos en su soberanía, y decir que todo fue hecho correctamente. (Andrew A. Bonar, *Memoir and Remains de Robert Murray McChesney* [Memorias y fragmentos de Roberto Murray McChesney], Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust, 1973, pp. 18-19)

McChesney tenía un sentido profundo de su propio pecado y un elevado concepto de la santidad de Dios. Lo que hace que las anotaciones en su diario sean más sobresalientes es que solo tenía diecinueve años cuando las escribió. Más adelante llegó a ser pastor de la iglesia de San Pedro en Dundee, Escocia. Tuvo un breve ministerio de siete años y medio y murió a los veintinueve años. Solo dejó unas pocas notas de sus sermones, pero los frutos de su breve vida permanecen hasta hoy. Su biografía ha experimentado más de cien ediciones con más de medio millón de copias en circulación alrededor del mundo. ¿Por qué? Una razón es que aquel joven pastor escocés vio a Dios como verdaderamente es.

En absoluto contraste, muchos de los que invocan a Cristo hoy solo tienen una percepción débil, vacía y superficial de Dios. Están atrapados en una especie de autoindulgencia y egocentrismo que completa a Dios solo en función de lo que Él puede hacer por ellos. Han moldeado a Dios en la forma de un duende utilitario.

Pero si vamos a ver a Dios como de verdad es, si vamos a verlo tal como se ha revelado en su Palabra, entonces es preciso comprender y conocer esta verdad fundamental: Nuestro Dios es santo.

SANTO, SANTO, SANTO

La santidad probablemente es el más importante de todos los atributos de Dios. Cuando los ángeles adoran en el cielo, no dicen “eterno, eterno, eterno”, ni “sabio, sabio, sabio”. Tampoco “fiel, fiel, fiel”, ni “poderoso, poderoso, poderoso”, pero sí dicen: Santo, santo, santo, es el Señor Dios, el Todopoderoso (Ap. 4:8; vea Is. 6:3).

En su obra clásica *La existencia y los atributos de Dios*, Stephen Charnock observa que la santidad de Dios “es la corona de todos sus atributos, la vida de todos sus decretos, el fulgor de todas sus acciones. Nada Él decreta, nada Él realiza, sino lo que es merecedor de dignidad, y lo que es propio del honor, de ese atributo” (Minneapolis: Klock & Klock, 1977, reimpresión, p. 452). La santidad de Dios es impresionante, temible y majestuosa. David escribió: “Redención ha enviado a su pueblo; para siempre ha ordenado su pacto; Santo y temible es su nombre” (Sal. 111:9). Ana oró en su canto de acción de gracias, diciendo: “No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y no hay refugio como el Dios nuestro” (1 S. 2:2). Moisés y los hijos de Israel dijeron de Dios: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx. 15:11).

¿Qué significa ser santo? Carlos Hodge lo explica así:

Es un término general para denotar la excelencia moral de Dios... La santidad, por una parte, implica una total ausencia de mal moral y, por la otra, de absoluta perfección moral. La idea primaria es ausencia de impureza. Santificar es limpiar; ser santo es ser limpio. La infinita pureza, aún más que el conocimiento infinito o que el poder infinito, es el objeto de reverencia. (*Systematic Theology* [Teología sistemática], Grand Rapids; Mich.: Baker, 1988, pp. 150-151)

Sencillamente expresado, Dios es sin pecado. Él no se

adapta a un modelo de santidad, Él es ese modelo. Nunca hace nada equivocado. No hay grados de su santidad, porque Él es perfectamente santo.

Entre Dios y nosotros existe una sima que separa la santidad de la impiedad. Él es santo. Nosotros impíos. Como resultado de ello, nos conmovemos de pies a cabeza cuando nos comparamos con su santidad. Ese es un pensamiento aterrador, ya que la santidad es el criterio para existir en su presencia. Ese es el porqué de que Pedro diga: "Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio" (2 P. 2:4). De igual manera esa es la razón de por qué el Rey dice: "Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mt. 25:41).

¿Cómo podemos ser santos? Mediante el ejercicio de la fe en el Señor Jesucristo. A través de la obra expiatoria de Cristo en la cruz, Dios atribuye justicia a aquellos que creen en Él. Pablo dice a los corintios: "Y esto crais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co. 6:11).

EL ODIIO DE DIOS AL PECADO

Una buena manera de entender la santidad de Dios es verla en contraste con su odio al pecado. Podemos identificarnos más fácilmente con eso ya que estamos muy familiarizados con el pecado.

En el libro de Amós, Dios dice a su pueblo: "Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instru-

mentos" (5:21-23). Dios ha establecido ordenanzas ceremoniales y expiatorias para que el pueblo las observe, pero las realizaban con corazones impuros. Dios odia eso. David escribió: "Porque Jehová es justo, y ama la justicia, el hombre recto mirará su rostro" (Sal. 11:7). El pecado es el objeto de su disgusto, pero Él ama la santidad. Él ni siquiera quiere que la gente haga cosas buenas con actitudes erróneas.

Aunque Dios es santo y odia el pecado, todavía nos redime. Él conoce y repudia nuestros pecados. Aun así, nos ama. La santidad de Dios, su omnisciencia y su amor actúan en armonía. Para comprender mejor esa clase de amor, considere lo que sería estar enfermo de cáncer. Si su cuerpo estuviese infectado con un cáncer amaría su cuerpo pero odiaría su cáncer. Haría todo lo posible para conservar su cuerpo sano, para mantenerlo fuerte y protegerlo. Y obviamente haría todo lo posible para destruir el cáncer. De la misma manera Dios ama al creyente pero odia el pecado. Él nunca desea que nadie peque ni tienta a nadie a hacerlo (Stg. 1:13-14). El Señor nos da libertad para escoger, pero con frecuencia escogemos pecar.

LA EXPRESIÓN MÁS GRANDE DE SANTIDAD

Vemos cómo la santidad de Dios se expresa a través de la Biblia. Estaba presente en el mismo comienzo de la Creación, porque Salomón dijo: "Dios hizo el hombre recto" (Ec. 7:29). Él nos creó para que fuéramos santos. La santidad de Dios se evidencia también en su ley moral. El apóstol Pablo escribió: "De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:12). La Biblia revela que su autor, Dios, es igualmente santo, justo y bueno.

Además, la ley de los sacrificios revela la santidad de Dios. Cuando Dios instruyó a los israelitas a ofrecer sacrificios de animales por el pecado, estaba demostrando que la muerte es el resultado del pecado. Eso pone de manifiesto que Dios es

tan santo que nadie puede acercarse a Él sin traer sacrificio sustitutorio por el pecado (vea He. 9:22).

La santidad de Dios se expresa también en su juicio del pecado. Pablo escribió acerca de la segunda venida de Cristo: “Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:7–8). Judas dice que el Señor vendrá: “Para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (v. 15). El juicio de Dios contra el pecado es una expresión de su santidad porque Él, por su propia naturaleza, *tiene* que castigar el pecado.

La más grande expresión de la santidad de Dios fue el envío de su propio Hijo para morir en la cruz y así hacer posible la salvación. Él pagó el precio más elevado que uno podría imaginar para satisfacer su absoluta santidad. El autor de la Epístola a los Hebreos dice de Cristo: “De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9:26). Para satisfacer la santidad de Dios, Cristo voluntariamente llevó los pecados de la humanidad y murió una muerte expiatoria.

UN LLAMADO A LA SANTIDAD

El profeta Isaías conocía bien la impresionante y majestuosa santidad del Señor. Él habló por Dios tanto a la gente común como a los reyes. Profetizó durante el reinado de cuatro monarcas durante un periodo de sesenta años. Su ministerio tuvo lugar en tiempos de gran crisis, caos y decadencia moral,

tiempos en los que el pueblo de Dios había vuelto las espaldas a su Señor.

Uno de los reyes que gobernó durante el ministerio de Isaías fue Uzías. Reinó por un largo período y fue un rey exitoso. Convirtió a Jerusalén en una fortaleza, de manera que estaba bien preparada para hacer frente a los enemigos. Desarrolló el comercio y la agricultura, hasta que la nación llegó a ser sumamente próspera. Como resultado de su liderazgo, el pueblo disfrutó de gran paz y seguridad.

Cuando Uzías contempló todos sus logros, sin embargo, su corazón se llenó de orgullo, y el Señor lo hirió con lepra mortal (2 Cr. 26:16–21). Sin dudas, una sensación de pánico se apoderó de los habitantes de Judá. Cuando el rey murió, probablemente dijeron: “Uzías nos proporcionó un alivio de todo el caos que nos rodea. ¿Qué pasará ahora?” Estaban temerosos.

Lo que hizo que se atemorizaran fue que Tiglat-Pileser III, el ambicioso y guerrero rey asirio, apareciera de pronto en el horizonte de oriente. Su plan consistía en conquistar todos los reinos existentes entre los ríos Éufrates y Nilo, y establecer así un imperio.

Isaías llamó al pueblo a volverse a Dios, pero en cambio quedaron atrapados en un frenesí de autoindulgencia, disipación y decadencia moral. El Señor los llamó a “llorar y a endechar y a raparse el cabello y a vestir cilicio”, pero en cambio hubo en ellos “gozo y alegría, matanza de vacas y de ovejas, comer carne y beber vino” (Is. 22:12–13). El Señor los llamaba a arrepentirse de sus pecados, pero ellos optaron por la actitud de “comamos y bebamos, que mañana moriremos”.

CONTEMPLAR LA SANTA PRESENCIA DE DIOS

Algunas personas, sin embargo, temían a Dios y mantuvieron una verdadera devoción hacia Él. Isaías era uno de ellos. En el año que murió el rey Uzías, algo ocurrió que cambió a Isaías para siempre.

El profeta dice: “En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” (Is. 6:1). El apóstol Juan sugiere que la visión de Isaías era una aparición del Cristo preencarnado (Jn. 12:41). Es un cuadro de la magnitud, la santidad, la gloria y el poder del Señor.

El vocablo hebreo que se traduce como “Señor” en Isaías 6:1 (*Adonai*) es enfático y se refiere a la soberanía de Dios. Isaías decía al pueblo: “En el año que perdimos a nuestro rey humano, vi al verdadero rey”. Isaías sabía que no había razón para tener pánico porque Dios estaba en su trono. Su realeza es infinitamente superior a la de Uzías o a la de cualquier otro. En medio de una crisis nacional, Dios dejó saber a Isaías que no todo estaba perdido.

¿Qué más vio Isaías en su visión? Encima del Señor había ángeles llamados “serafines” que tenían la capacidad de volar alrededor del trono de Dios, porque tenían seis alas. Con dos alas cubrían sus pies. Algunos dicen que lo hacían como señal de humildad, pero quizás aquí sucede mucho más.

Cuando Moisés vio la zarza que ardía, el Señor lo llamó de en medio de ella: “Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éx. 3:5). El lugar no era santo debido a alguna virtud intrínseca, sino debido a la presencia de Dios allí. Su dominante presencia santificaba la tierra debajo de sus pies. Todas las veces que aparece la presencia divina, todo inmediatamente lo santifica. Asimismo, los serafines de Isaías 6 pudieron haberse cubierto los pies porque el lugar donde estaban era tierra santa.

Los serafines también cubrían sus rostros con dos alas. ¿Por qué? Puesto que volaban sobre el trono de Dios, estaban expuestos a la plenitud de su gloria. Ninguna criatura puede soportar esa brillante presencia (Éx. 33:20).

Dios es inaccesible en el sentido de que nadie jamás ha

visto ni verá su plena gloria. Incluso los creyentes no pueden verlo en su plenitud y vivir. No es para sorprenderse entonces que después de recibir la visita del ángel del Señor, Manoa, el padre de Sansón, le dijo a su esposa: “Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto” (Jue. 13:22).

El Señor permite proximidad, pero nunca plena revelación. Incluso en el cielo veremos solo una porción de su gloria. Ciertamente será una porción mayor que cualquiera jamás haya visto en este mundo, pero no veremos la incomprendible e inconcebible gloria de Dios en su totalidad. Los serafines no pudieron tolerarla, por eso cubrieron sus rostros.

La cosa más increíble en relación con los serafines, sin embargo, no es su apariencia, sino lo que dijeron: “Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). ¿Por qué los ángeles repitieron el vocablo santo tres veces? Hay quienes afirman que es una referencia tácita a la Trinidad, pero creo que hay una mejor explicación. El pueblo judío generalmente usaba la repetición como un instrumento literario para dar énfasis. Por ejemplo, Cristo dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). Mediante la repetición enfatizó la importancia de su declaración. Asimismo, los serafines exclamaron: “Santo, santo, santo” para enfatizar la suprema santidad del Señor.

Entretanto, los serafines proclamaban la santidad de Dios unos a otros: “Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo” (Is. 6:4). La escena era verdaderamente dramática. Debió parecerse a la erupción de un volcán. La visión de Isaías trae a la mente la aparición del Señor en el monte Sinaí:

“Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y

sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento. Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera”.

ÉXODO 19:16-18

En el caso de Isaías, el humo que llenaba el templo fue una emanación del altar o una manifestación de la ardiente presencia de Dios. Su significado es que Dios es fuego consumidor y no puede jugar con Él porque se consumirá. Su santidad es asombrosa, majestuosa y temible.

LA REACCIÓN DEL PROFETA DE DIOS

Cuando Isaías vio a Dios por lo que Él realmente es, su inmediata respuesta fue: ¡Ay de mí! (6:5). Esa fue más que una señal de desesperación. Cuando los profetas del Antiguo Testamento hacían pronunciamientos o profetizaban, esas proclamaciones con frecuencia las precedía la afirmación: “Así dice el Señor”. El pronunciamiento que sigue podría ser positivo o negativo. Si era positivo, con frecuencia decían “bienaventurado”. Si era negativo, decían “Ay”.

En sus profecías, Isaías repetidas veces usaba el vocablo “ay” para referirse al juicio de Dios sobre otros. Cristo lo usó al dar su encendida reprimenda a los dirigentes religiosos de su día: “Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que están entrando” (Mt. 23:13). Es como una maldición.

¡En Isaías 6, en realidad vemos a un profeta de Dios pronunciando una maldición sobre sí mismo! Muy probablemente Isaías era el mejor hombre en la tierra en aquel momento,

un verdadero siervo de Dios. Pero cuando vio la santidad de Dios, solo podía ver su pecado.

Entonces dijo: “Soy muerto” (v. 5). El vocablo hebreo sugiere estar perdido, aniquilado o destruido. Isaías estaba diciendo: “Estoy devastado por la santidad de Dios”. Y confesó: “Soy hombre inmundo de labios, y habito en medio de pueblo que tiene labios inmundos”. Nadie puede resistir la presencia de Dios sin llegar a ser profunda y devastadoramente consciente de su propia calamidad. Sinclair Ferguson ha dicho:

Isaías estaba en lo correcto: Todos somos trastos morales, y solo por la gracia de Dios estamos diariamente protegidos de total autodestrucción. Cuando... la santidad de Dios irrumpe en nuestros espíritus nos libra de todo pensamiento superficial e inadecuado relativo a nuestra santificación. También nos preserva de cualquier enseñanza barata que nos estimula a pensar que hay atajos mediante los cuales podemos con mayor fidelidad obtener la santidad. La santidad no es una experiencia. Es la reintegración de nuestro carácter, la reconstrucción de una ruina. Es una obra bien realizada, un proyecto de larga duración que demanda todo lo que Dios nos ha dado para la vida y la piedad. (*A Heart for God* [Un corazón para Dios], Carlisle, Penn.: The Banner & Truth, 1987, p. 91)

Si no entendemos la santidad de Dios, tampoco entenderemos nuestra propia pecaminosidad. Y si no entendemos cuán terrible es nuestro pecado, no entenderemos sus consecuencias. La salvación será para nosotros un concepto carente de significado. Poder ver aun el más leve destello de la santidad de Dios es sentirse devastado. Isaías jamás volvió a ser el mismo. Jamás.

Aunque la santidad de Dios devastó a Isaías, el Señor no lo dejó de esa manera. Isaías escribió:

“Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (vv. 6–7).

Isaías respondió a la santidad de Dios con un corazón quebrantado y contrito. Abandonó el pecado, abrazó al Dios santo y, como resultado, recibió el perdón divino.

“SED TAMBIÉN VOSOTROS SANTOS”

Pedro escribió: “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:15–16; vea Lv. 11:44). Puesto que Dios mismo es santo, Él quiere que su pueblo sea santo. Vivir una vida santa nos diferencia del mundo. Si bien somos santos en Cristo, Dios quiere que nuestra vida sea congruente con nuestra posición. De esa manera al mundo que nos contempla verá la diferencia que existe en la vida de la persona que conoce a Cristo. Pablo escribió: “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Ti. 2:19). Si dices que eres seguidor de Cristo, vive una vida que demuestre que lo eres.

Vivir una vida santa te dará libertad delante de Dios. Eso implica confesar regularmente los pecados y abandonarlos. Aunque el siguiente consejo de Elifaz a Job estaba desprovisto de sensibilidad, el contenido de lo que dijo, no obstante, es verdad:

“Si te volvieres al Omnipotente, serás edificado; alejarás de tu tienda la aflicción; tendrás más oro que tierra, y como piedras de arroyos oro de Ofir; el Todopoderoso será tu defen-

sa, y tendrás plata en abundancia. Porque entonces te deleitarás en el Omnipotente, y alzarás a Dios tu rostro”.

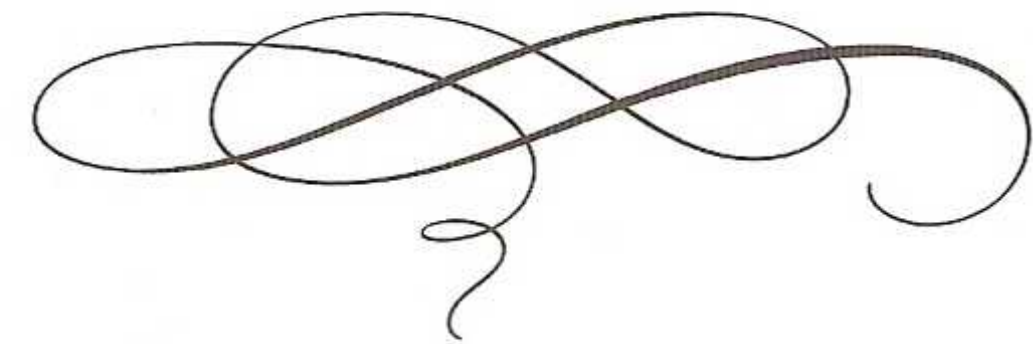
JOB 22:23–26

No puede enfrentarse a Dios y deleitarse en Él cuando hay pecado en su vida. Siempre que haya pecado sin confesar, le será difícil orar. Dios no quiere que eso le ocurra. Quiere que sea santo, incluso aunque Él tenga que disciplinarlo para que eso ocurra (He. 12:4–11).

¿Qué debes hacer para llegar a ser santo? Haz lo que hizo David, ora por “un corazón limpio” (Sal. 51:9–10). Luego, haz lo que el hijo de David sugirió: “El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado” (Pr. 13:20). Habitúese a rodearse de aquellos que van a influir para alcanzar la santidad.

¿Le ha enseñado el Señor la extensión de la influencia del pecado en su propia vida? ¿Alguna vez se ha identificado con el grito de Pablo, como lo hizo Roberto Murray McCheyne: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24)? Si no reconoce la profundidad de su propia pecaminosidad, tendrá entonces una pobre apreciación de la maravilla de la gracia y de la santidad de Dios.

NUESTRO OMNISCIENTE DIOS



En un artículo que se publicó en una revista y que se tituló “Was that Xanax or Zantac?” [“¿Era eso Xanax o Zantac?”], decía:

Crecen los informes de daños y muertes debido a una confusión de recetas de medicamentos con nombres muy similares. La revista *American Pharmacy* de mayo publicó un informe de 60 medicamentos con nombres similares, desde acetazolamida y acetohexamida (para el glaucoma y la diabetes, respectivamente) hasta Xanax y Zantac (para la ansiedad y las úlceras).

La confusión que causan los nombres de los medicamentos que se escapan de la vigilancia de los fabricantes se complica con los médicos que escriben recetas ilegibles o incompletas y el descuido de los farmacéuticos. Una edición reciente del *New England Journal of Medicine* [Boletín de Medicina de Nueva Inglaterra] relata el caso de dos farmacéuticos que despacharon el calmante Norfex en lugar del

Visite:
www.frasescristianas.org
(Pensamientos y Frases)

nuevo antibiótico Norfloxacin. Uno de los pacientes experimentó mareos. El otro sufrió alucinaciones.

Los pacientes se pueden proteger solicitando que el médico escriba la razón del uso de un medicamento en sus recetas... Después le corresponde a usted mismo comprobar la etiqueta antes de abandonar el mostrador de la farmacia. (Marc Silver, Doug Podolsky y Ana Kates Smith, *U.S. News World Report*, mayo 18, 1992, p. 76)

¿Lo asusta esto? Piénselo: ¿Cuántas veces ha dejado de comprobar rigurosamente sus recetas? ¿Cuántos otros aspectos de su vida cotidiana pueden fácilmente salir mal como resultado de un simple error o descuido?

La vida puede ser muy aterradora hasta que usted toma conciencia de que Dios no es como su bienintencionado farmacéutico. Con Él nunca hay confusiones. Dios nunca se equivoca. Eso se debe a que Él es omnisciente. Él conoce todas las cosas. Isaías escribió: “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” (Is. 40:13-14). La respuesta obvia es nadie.

Porque su conocimiento es perfecto e infinito, Dios nunca necesita aprender nada. Su conocimiento es vasto, mucho más allá del nuestro. Es por eso que cuando ora, no le está diciendo a Dios algo que Él no sabe. La oración lo ayuda a armonizar sus deseos con la voluntad de Dios y eso complace al Señor porque es un acto de obediencia a su Palabra, pero no proporciona a Dios información adicional.

En *The Knowledge of the Holy* [El conocimiento de lo santo], Aiden Wilson Tozer escribió sobre Dios:

Sabe todo lo que se puede saber. Y eso lo sabe instantáneamente y con una plenitud de perfección que incluye todo posible tema de conocimiento relativo a todo lo que existe o

que pudo haber existido en cualquier sitio del universo en cualquier tiempo pasado o que pudiese existir en los siglos o las edades por venir.

Dios sabe... todas las causas, todos los pensamientos, todos los misterios, todos los enigmas, todos los sentimientos, todos los deseos, todas las personalidades, todas las cosas visibles e invisibles en el cielo y en la Tierra...

Porque Dios sabe todas las cosas perfectamente, Él no conoce una cosa mejor que otra, sino que conoce todas las cosas con la misma perfección. Nunca descubre nada. Nunca nada lo sorprende, nunca nada lo maravilla. Nunca tiene curiosidad por saber algo ni (excepto cuando atrae a los hombres para el propio bien de ellos) procura información ni hace preguntas. Dios tiene existencia propia y se contiene a sí mismo y conoce lo que ninguna criatura jamás ha conocido. Se conoce a sí mismo perfectamente... Solo el Infinito puede conocer lo infinito. (Nueva York: Harper & Row, 1961, pp. 62-63)

NO HAY LUGAR PARA ESCONDERSE

Dios conoce todos los detalles de nuestra vida. No hay nada que se escape de su atención: “Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Lc. 12:7). No es necesario que Él cuente los cabellos de tu cabeza porque ya conoce cuántos hay. ¡Ni siquiera un gorrión se escapa de su conocimiento! (v. 6).

Nada puede oscurecer lo que nuestro omnisciente Dios ve. David escribió: “Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Sal. 139:12). La oscuridad de la noche no es un asteroide que oscurece la visión de Dios ni un manto para que una persona esconda su pecado. La tendencia natural de la humanidad es amar las tinieblas en lugar de la luz porque sus

obras son malas (Jn. 3:19). Pero todas las veces que las personas tratan de esconder su pecado, la brillante luz de la omnisciencia de Dios lo pone de manifiesto.

Quizás esa es la más asombrosa verdad respecto de la omnisciencia de Dios: Él conoce cada detalle acerca de nosotros, y aún así todavía nos ama. En el Antiguo Testamento Dios lo sabía todo sobre el pecado de Israel, e incluso así respondió con estas palabras de amor y misericordia:

“Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová”.

OSEAS 2:19-20

De igual manera: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Él lo sabe todo respecto de nuestros pecados, y aun así gustosamente dio a su Hijo para morir por nosotros en la cruz.

Nuestro Señor Jesucristo, Dios encarnado, “escudriña la mente y el corazón” de aquellos que profesan fe en su nombre (Ap. 2:23). Ninguno de nuestros pensamientos está fuera de su conocimiento. Las Escrituras dicen que Él “conocía a todos” y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, porque Él sabía lo que había en el hombre (Jn. 2:24-25).

David dijo: “Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda” (Sal. 139:4). Dios conoce nuestros pensamientos antes de que los expresemos. Incluso cuando secreteamos, Dios oye las palabras como si se proclamasen en alta voz.

LA INUTILIDAD DE LA HIPOCRESÍA

No hay ningún lugar secreto donde puedas esconderte de

Dios. Debes saber que Dios ve a través de cualquier falsedad. Cristo desenmascaró la hipocresía de los dirigentes religiosos judíos de su día, diciendo que eran “como sepulcros blanqueados” (Mt. 23:27). Las tumbas se blanqueaban para impedir que un viajero, rumbo a Jerusalén para asistir a una fiesta religiosa, inadvertidamente tocara una tumba y se contaminara. Cuando una persona se encontraba en esa condición, tenía que pasar por la ceremonia de purificación y se la excluía de participar en algunas actividades religiosas.

Aunque los viajeros que acudían a Jerusalén vieran tumbas limpias, blancas y brillantes por el sol, eso no cambiaba el hecho de lo que las tumbas eran en realidad: Sepulcros de personas muertas. Los dirigentes religiosos eran semejantes a esos sepulcros porque tenían una apariencia religiosa externa, pero en su interior estaban “llenos de hipocresía e iniquidad” (v. 28). Eran culpables de engaño, y contaminaban a todo el mundo con sus enseñanzas. Cristo conoce cada corazón, y nada podrá engañarlo, ni aun un despliegue externo de religión.

Algunas veces parece como si los pecados de los inicuos pasaran desapercibidos delante de Dios, especialmente si estos son prósperos y triunfan en las cosas del mundo. Pero David tenía la percepción correcta cuando dijo:

“Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos. Pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz”.

SALMO 37:7-11

La prosperidad del malvado no durará para siempre.

Llegará el día en que al pecado que ahora está escondido se lo desenmascarará y castigará.

En sus adentros, los malvados esperan que Dios los juzgue por algo diferente de la verdad. Pueden intentar esconderse detrás de su identidad nacional, su aflicción religiosa, el bautismo, su adhesión a ciertas normas o a la moral. Pero muchas de las personas que asisten a la iglesia en realidad no conocen al Señor. Dan la apariencia de ser piadosas, pero sus corazones son como sepulcros blanqueados. Cristo advirtió que muchos profesarán seguirlo sin verdaderamente conocerlo (Mt. 7:22-23). El perdido, ya sea o no religioso, necesita convertirse de su pecado y confiar en el Dios omnisciente como su Salvador.

Nadie debería pensar que es capaz de jugar con el Dios omnisciente: “Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Ec. 12:14). Dios conoce todos los detalles. Su juicio será justo y certero porque será según verdad. Su percepción nunca es distorsionada, porque Él dijo:

“Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de su obra”.

JEREMÍAS 17:10

Con frecuencia nos engañamos en lo atinente a nuestros pecados, pero Dios no. Él sabe de quién es el pecador que permanece sin confesarse. Él sabe quién ha presentado una fachada. Su juicio nunca se ejecuta sobre la base de la apariencia externa o mera profesión, sino siempre sobre la base de la verdad. Dios actúa así: “Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero

Jehová mira el corazón” (1 S. 16:7). ¿Es ese el Dios omnisciente que conoce?

ENCONTRAR LA SABIDURÍA DE DIOS

La sabiduría de Dios podría definirse como la acción omnisciente con una santa voluntad. Aiden Wilson Tozer lo explica de esta forma:

La sabiduría, entre otras cosas, es la habilidad de diseñar fines perfectos y de conseguir esos fines mediante los medios más perfectos. Contempla el final desde el principio, de modo que no exista necesidad de adivinar o conjeturar. La sabiduría ve todas las cosas en poco, cada cosa en su relación correcta con las demás cosas, y de ese modo es capaz de obrar hacia metas predeterminadas con impecable precisión.

Todos los actos Dios los realiza en perfecta sabiduría, primero para su gloria, y luego para el mayor beneficio del mayor número de personas por el tiempo más largo. Y todos sus actos son tan puros como sabios, y tan buenos como sabios y puros. No solo sus actos no pueden mejorarse, sino que no podría imaginarse una mejor manera de hacerlos. (*The Knowledge of the Holy* [El conocimiento de lo santo], p. 66)

Dios conoce el principio, el fin y cada paso intermedio. Su perfecto conocimiento resulta en perfecta sabiduría, porque Él es “el único y sabio Dios” (Ro. 16:27).

El hombre inconverso, sin embargo, considera la sabiduría de Dios como locura. Pablo escribió:

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y echaré el entendimiento de los entendidos.

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la

sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”.

1 CORINTIOS 1:18-21, 23-25, 30

El problema con la sabiduría humana es que la razón humana por sí sola no puede producir respuestas espirituales. La sabiduría humana es defectuosa porque la pecaminosidad del hombre la ha manchado y porque es incapaz de percibir las cosas de Dios aparte de la revelación divina (1 Co. 2:8-14).

Dios es el único y verdadero diagnosticador de nuestra condición. Es por eso que David dijo a Salomón: “Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejaras, él te desechará para siempre” (1 Cr. 28:9). Dios sabe todo lo que hacemos y por qué lo hacemos. Puesto que Él conoce todas las cosas relativas al corazón humano y es capaz de diagnosticar su verdadera condición pecaminosa, la salvación para esa condición está también ligada con su sabiduría.

Antes de que el mundo fuese, Dios en su infinita sabiduría diseñó el plan de redención para que pecadores indignos pudieran gozar de gloria eterna. Pablo se refiere a la sabiduría divina diciendo: “Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria” (1 Co. 2:7). Es el evangelio de

Cristo, “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). Solo quienes confían en Cristo como Salvador y Señor poseen la sabiduría de Dios.

Pablo también dijo que su ministerio era: “Aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef. 3:9-10). El vocablo griego que se traduce como “multiforme” solo aparece aquí en el Nuevo Testamento y significa “de colores múltiples”. Sinclair Ferguson escribió: “La sabiduría de Dios es como un arco iris, es simetría, belleza y variedad. Él no pinta escenas simplemente en blanco y negro, sino que usa un derroche de colores de la gama celestial para mostrar la maravilla de su sabio trato con su pueblo” (*A Heart for God* [Un corazón para Dios], Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust, 1987, p. 72).

La sabiduría multicolor de Dios se exhibe delante de los ángeles “por medio de la iglesia” (Ef. 3:10). Los ángeles pueden ver el poder de Dios en la Creación, el poder de Dios en el monte Sinaí y el amor de Dios en el Calvario, pero ven la sabiduría de Dios en la Iglesia.

Fue el plan sabio y eterno de Dios tomar al judío y al gentil, al varón y a la mujer, al esclavo y al libre y hacerlos uno con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. A la luz de esa verdad, Pablo exclama: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

CONFIANZA EN MEDIO DE LAS DIFICULTADES

Cuando era niño, la doctrina de la omnisciencia no era sino una fuente de confianza para mí. Mis padres se apresuraban a recordarme que Dios sabía todo lo que ya sabía. Pero mien-

tras crecía, comencé a darme cuenta de que la omnisciencia de Dios es en realidad un beneficio para el cristiano.

La omnisciencia de Dios ciertamente demostró que fue beneficiosa para Pedro, como se revela en la conversación que tuvo con Cristo:

“Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?”

Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo.

Él le dijo: Apacienta mis corderos.

Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo.

Le dijo: Pastorea mis ovejas.

Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.

Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.

Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme”.

JUAN 21:15-19

Después de intentar convencer a Jesús dos veces de que lo amaba, Pedro entonces apeló a la omnisciencia de Cristo. Pedro habría negado a Cristo tres veces anteriormente, pero

no obstante él tenía confianza de que el Dios omnisciente supiese lo que realmente había en su corazón. Porque Cristo en verdad sabía del amor de Pedro, y dijo que ministrase a los creyentes.

Cristo no solo conocía lo que había en el corazón de Pedro, sino también cómo Pedro moriría. Por lo que vemos en el resto del Nuevo Testamento, esa perspectiva de persecución y muerte no lo hizo desviarse ni un centímetro. En el libro de los Hechos vemos su valor y confianza al proclamar el mensaje del Evangelio. Después de salir de la prisión y de recibir la orden de no evangelizar, Pedro valientemente declaró: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch. 5:29).

¿De dónde sacó esa confianza? El Espíritu Santo, sin duda, le había otorgado ese poder. Pero ciertamente había otra razón fundamental: Pedro estaba convencido de que Dios sabía qué era lo mejor para su vida. Él estaba dispuesto a poner su confianza en Dios, cuya sabiduría es perfecta y cuyo conocimiento es infinito.

¿Y usted? ¿Es así como conoce a Dios? ¿Está dispuesto a confiar en Él sin reservas?

CONSUELO PARA CADA SITUACIÓN

¿Alguna vez ha deseado saber si Dios se ha olvidado de usted? Así se sintió un pequeño grupo de personas piadosas en tiempos de Malaquías. Vivían en medio de una sociedad malvada y corrupta, y se volvieron temerosos, esencialmente con un interrogante: “Cuando Dios juzgue al malvado, ¿se olvidará de que le pertenecemos y nos juzgará junto con ellos?” En Malaquías 3:16-17 leemos:

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro-

ro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve”.

Dios conoce de su devoción hacia Él. Incluso la escribió en un libro, no porque se olvide sino porque quiere proporcionar consuelo y seguridad a esos preciosos creyentes. Dios conoce a todos los que le pertenecen, porque Él inscribió sus nombres en el Libro de la Vida antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4).

Como los creyentes en tiempos de Malaquías, David también encontró consuelo en el Dios omnisciente. Era consciente de que Dios estaba íntimamente compenetrado de todos sus caminos, porque dice: “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?” (Sal. 56:8). Era una práctica común en oriente utilizar endechadores para los funerales. Esos endechadores recogían sus lágrimas en frascos. Quizás era esa la manera de demostrar que habían ganado su sueldo. La declaración de David de que Dios recoge nuestras lágrimas sugiere que Él conoce por qué las tenemos. Su conocimiento de nosotros es íntimo, porque conoce cada prueba por la que pasamos.

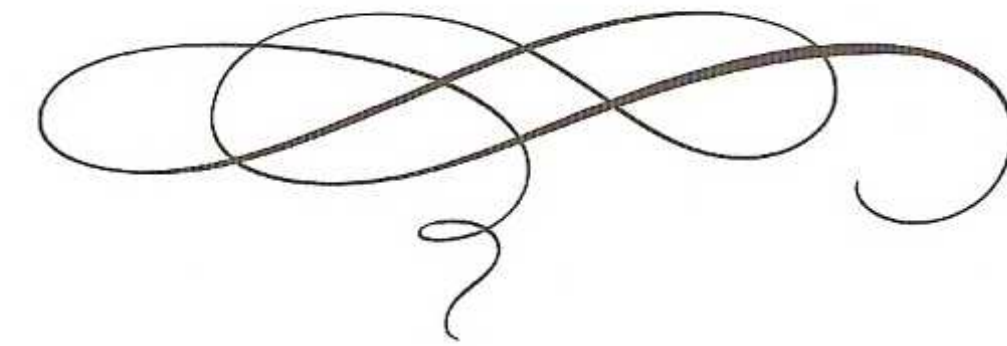
Esa gran realidad confrontó a un pastor que vivió durante los tiempos más turbulentos de la historia de Inglaterra. Su nombre fue Ricardo Baxter, y fue un consejero del señor Protector Oliverio Cromwell durante la guerra civil inglesa (en el siglo XVII). Debido a sus creencias puritanas, a Baxter posteriormente lo persiguieron, encarcelaron y le prohibieron predicar.

A los setenta años y enfermo de tuberculosis lo condenaron a dieciocho meses de cárcel. Aunque las condiciones en esas circunstancias eran deplorables, Baxter escribió este poema que refleja su inmovible fe en nuestro omnisciente Dios y Salvador:

*Señor, no me corresponde saber
si he de vivir o morir,
mi porción es amar y servir
a quien su gracia me da sin yo merecer.
Si la vida es larga, feliz seré,
a través de los años te obedeceré;
si es breve ¿por qué he de entristecer
si el día eterno aguardo por fe?
Cristo me guía no por sendas más oscuras
que las que él mismo recorrió,
quien ha de entrar en el reino de Dios
lo hace por el camino que Él trazó.
Ven, Señor, cuando tu gracia me haya preparado
para contemplar tu bendito rostro
si ha sido dulce tu obra en la vida terrenal,
¿no será más dulce la vida celestial?
Poco conozco de esa vida,
débil es la vista de la fe,
basta saber que Él lo sabe todo y es fiel,
y que para siempre estaré con Él.*

Ricardo Baxter se aferró al Señor omnisciente. Y usted puede hacer lo mismo.

NUESTRO OMNIPRESENTE DIOS



*D*urante la Segunda Guerra Mundial mi amigo Herb Clingen, su esposa, que estaba embarazada, y su joven hijo pasaron tres años en un campo de prisioneros que soldados japoneses controlaban en Los Baños, Filipinas, donde habían servido como misioneros. Años después escribieron:

No sabíamos nada, pero nuestros captores esperaban que soldados estadounidenses intentaran rescatarnos en cualquier momento. Los guardianes del campamento estaban preparados para una masacre total. Habían colocado bidones de gasolina a través de las barracas. Si los soldados americanos intentaban rescatarnos, la gasolina hubiese ardido, y los prisioneros, al correr para intentar escapar fuera, en medio de las llamas y la confusión, caerían por el fuego de las ametralladoras...

Peor aún, en el campamento de prisioneros de guerra de Palawan, soldados japoneses, creyendo erróneamente que los atacarían, obligaron a 140 prisioneros a entrar en refugios subterráneos, los rociaron con gasolina y les prendieron

Exclusivo para:

www.tronodegracia.com

www.dcristo.net

www.dcristo.org

fuego. Los Baños estaba preparado para una matanza similar, pero esta vez con civiles, incluyendo a cientos de mujeres y niños. (Herb y Ruh Clingen, "Songs of Deliverance" ["Cantos de liberación"] revista *Masterpiece* [Obra maestra], primavera de 1989, p. 10)

Herb llevaba un diario mientras estuvo prisionero. En cierta ocasión escribió esto:

La situación actual: Una muerte por día durante los últimos seis o siete días. La causa es malnutrición, que resulta en beriberi. Nuestra única esperanza es Dios. Nunca antes me he refugiado de esta manera en el Señor. No tardará mucho ahora... La oración de mi corazón es que no le falle a Él. "Por nada estéis afanosos" (Fil. 4:6). "Aunque me matare, en Él esperaré". (*Ibíd.*, p. 12)

Sin embargo, el mismo día en que los japoneses iban a exterminarlos, el general Douglas MacArthur y sus fuerzas de liberación los rescataron del cautiverio. Aunque estaban en grave peligro, Herb y Ruth encontraron gran consuelo en la perdurable presencia de Dios.

Es tranquilizador saber que Dios está con sus hijos amados dondequiera que estén, ¡especialmente si se enfrentan a la muerte en un campo de concentración a miles de kilómetros de sus hogares! Pero qué tristeza es ver que a través de la historia algunas personas han intentado limitar a Dios al templo en Jerusalén. Muchos pensaban que Él habitaba en aquel edificio. A Dios, sin embargo, no se lo puede limitar a una estructura que manos humanas construyeron.

La *shekinah* habitaba entre las alas de los querubines encima del propietario. Pero eso era solo un símbolo de la presencia de Dios, no la completa esencia de ella. Salomón entendió esa verdad, porque cuando dedicó el templo al Señor, oró así: "Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí

que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?" (1 R. 8:27). Dios estaba presente en el templo, pero también estaba presente en todas partes. Un judío de entendimiento sabía que el templo era un recordatorio de la omnipresencia de Dios.

En el Antiguo Testamento, el tabernáculo y el templo eran sitios concretos donde Dios simbólicamente estableció el trono de su majestad. Hoy la Iglesia, que la componen los creyentes, representa el trono de Dios. En el reino milenario, Cristo, gobernando desde el trono de David en Jerusalén, representará la presencia de Dios. En el cielo, el trono (Ap. 4-5) lo representará a Él. Pero ningún símbolo de su presencia jamás es la prisión de su esencia.

Como ya se ha observado, los israelitas no fueron los únicos que intentaron limitar la presencia de Dios. Los sirios, que adoraban al dios de los valles, asumieron que el Dios de Israel era el dios de las montañas (1 R. 20:23). Claramente el monte Sinaí, el monte Gerizim, el altiplano de Jerusalén y otros montes semejantes jugaron un papel importante en la adoración de Israel. Sabemos que con frecuencia los profetas fueron a las montañas a orar, al igual que Cristo. Pero el Creador de todo el mundo no puede limitarse a una montaña.

Aún hoy, muchos de los que se dicen cristianos tratan de limitar a Dios. Lo ven como una figura limitada al cielo, sentado en un trono brillante, lejos, en algún palacio celestial. No piensan de Él como alguien que está en todas partes.

Dios jamás puede limitarse a un solo lugar porque es omnipresente. Su ser llena plenamente lo infinito. Dios mismo declara: "¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?" (Jer. 23:24). Él no tiene fin. Está en todas partes. Stephen Charnock escribió:

Como [Dios] no puede medirse por el tiempo, así tampoco no se limita por espacio... Dios, porque es infinito, lo llena todo, pero nada lo limita, como el vino y el agua en una vasija. Él está desde lo más alto en el cielo hasta el fondo de lo más profundo, en cada punto del universo y en todo su círculo, pero este no lo limita, sino que está más allá. (*The Existence and Attributes of God* [La esencia y los atributos de Dios], Minneápolis: Klock & Klock, 1977, p. 148)

Su ser no conoce límites. Samuel Storms, en *The Grandeur of God* [La grandeza de Dios], dice:

Dios es omnipresente según su operación. Él no está presente en el universo como un rey en su dominio o un capitán en su barco. Él no actúa en el mundo a la distancia, sino con todo su ser está poderosamente presente aquí y en todo lugar con rotación a su esencia y poder.

Aunque Dios está siempre presente a través de todas las cosas, es al mismo tiempo diferente de todas ellas. El universo es la creación de Dios y, por lo tanto, respecto de su esencia, no es parte de Él. Así que aunque Dios impregna y sostiene todas las cosas (Col. 1:16-17; Hch. 17:28), Dios no es todas las cosas.

Al ser totalmente espíritu, a Dios no se lo puede dividir o separar, de modo que una parte de su ser esté en un sitio y otra parte en otro sitio. La totalidad de su ser siempre está en todas partes. (Extracto de la revista *Masterpiece* [Obra maestra], septiembre/octubre, 1989, pp. 8-9)

Ahora bien, para que no comience a sospechar que la omnipresencia de Dios es una cuestión que solo le interesa a los teólogos de siglos pasados, hay por lo menos un funcionario que estaría en desacuerdo con usted. Al escribir en la sección Opinión de Los Angeles Times sobre un tema de gran interés para los cristianos en los años 90, concluyó:

Los estadounidenses pueden razonadamente diferir en si la oración confeccionada por el Estado debería autorizarse en las escuelas públicas, pero es una insegura, por no decir manipulada, postura de la fe cristiana sugerir que un organismo del Estado puede bloquear la presencia de Dios. A Dios no se lo excluye de ningún lugar. Un Tribunal Supremo de los Estados Unidos no puede desalojar a un Dios omnipresente de nuestras escuelas, como tampoco necesita al Congreso para hacerlo regresar. (Jaime A. Leach, "Personal Perspective" ["Perspectiva personal"], septiembre 6, 1992, M-6)

SI DIOS ES OMNIPRESENTE, ENTONCES...

Algunos piensan que si Dios está en todas partes debe ser impuro, porque las cosas impuras que lo tocan lo contaminarían. Pero eso no es así.

Como un Dios santo, Él entra en el corazón de los pecadores para inspeccionarlos y convencerlos de pecado. Pero su esencia nunca se mezcla con ninguna impureza. Él es como los rayos del Sol: puede caer en un montón de basura, pero la basura no contamina al rayo de Sol. Del mismo modo, nada puede contaminar a Dios. Por ejemplo, nuestro Señor Jesucristo vino al mundo y vivió entre los pecadores. Aun así, el apóstol Juan dijo: "En Él no hay pecado" (1 Jn. 3:5). Él se relacionó con personas pecadoras a través de su vida en la Tierra pero permaneció totalmente libre de la contaminación de ellas.

Otra objeción en contra de la doctrina de la omnipresencia de Dios reza así: ¿No dice la Biblia que Dios está cerca de algunas personas y lejos de otras? ¿Cómo puede estar cerca y lejos al mismo tiempo cuando está en todas partes todo el tiempo?

Isaías exhortó al pueblo a llamar al Señor "en tanto que está cercano" (55:6). En otro sitio dice que la rebelión de

Israel ha hecho que Dios esté lejos de ellos (29:13; vea Pr. 15:29). Lo importante es tener en mente la diferencia entre la *esencia* de Dios y su *relación* con el pueblo. Él está en todas partes en esencia, pero solo en ciertos lugares en forma de relación.

En el sentido de relación, tanto el Espíritu Santo como el Señor Jesucristo residen en todo verdadero creyente (Ro. 8:9; Ef. 3:17; Col. 3:11). Pablo escribió: “A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Pero antes de que Él habite en nosotros en la relación como creyentes, su esencia estaba presente para convencernos de nuestros pecados y salvarnos.

UNA COMUNIÓN INQUEBRANTABLE CON DIOS

Como se ha señalado en capítulos anteriores, Dios es Espíritu, es decir, es inmaterial e invisible. Por lo tanto, no se lo puede reducir a una imagen o limitar a un lugar.

Incluso en tiempos del Antiguo Testamento, la adoración y la comunión con Dios estaban limitadas a un tiempo y un lugar específico. El pueblo judío tenía el templo como un lugar específico de adoración, pero la presencia simbólica de Dios tenía por objeto promover la adoración como un medio de vida. Dios deseaba profundamente que su adoración fuese mucho más allá del sábado y de los días de fiesta.

Pablo, hablando a los filósofos de Atenas, dijo: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hch. 17:24–25, 27). Al Dios que se extiende a través de todos los tiempos y espacio,

que es infinito y eterno, no se lo puede confinar ni limitar. Por lo tanto, podemos tener comunión con Él en todo tiempo y en todo lugar.

Jesús hizo esta importantísima declaración: “Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre” (Jn. 4:21). ¿Qué estaba realmente diciendo?

En sentido individual podría haber querido decir: “Están a punto de entrar en una relación con Dios a través de mí, que los capacitará para adorar a Dios en sus corazones, no solo en un lugar geográfico”. En un sentido histórico pudo haber estado diciendo: “El tiempo viene cuando destruyan Jerusalén”. En una interpretación más amplia, pudo haber querido decir: “Voy a hacer posible la Redención a través de la cruz del Calvario”.

Cristo añadió: “Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (v. 23). Eso se refiere a algo futuro, pero también al presente. Básicamente estaba diciendo: “Estoy situado en una transición. La hora ya está aquí (porque estoy aquí), cuando el Antiguo Testamento haya pasado y el Nuevo Testamento esté aquí. En el Nuevo Pacto no habrá un lugar específico, ni aún Jerusalén, en el cual adorar”.

Jesús estaba predicando el fin del sistema ceremonial judío de adoración. Su final llegó con su muerte en la cruz. El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, exponiendo el lugar santísimo (Mt. 27:51). El Espíritu de Dios, el iniciador de la verdadera adoración, tomó su residencia en el nuevo templo: El cuerpo del creyente (1 Co. 6:19).

¿Cómo se aplica eso a su vida? Debe saber que puede tener comunión con Dios dondequiera que vaya. Puede tener comunión con Él en la playa, en la montaña, en el campo o en la sala de tu casa. Puede tener comunión con Él mientras viaja en su coche, sentado debajo de un árbol, caminando por

el bosque, sentado en el balcón, contemplando las estrellas o mientras huele las flores frescas por la mañana. Un creyente puede tener comunión con Dios en cualquier lugar porque él o ella es un templo viviente donde Dios habita. ¡El círculo de nuestra comunión con Él es ilimitado porque Dios está en todas partes al mismo tiempo!

¿Y usted? ¿Está su comunión con Dios limitada a cierto lugar y a cierto tiempo? ¿O disfruta su comunión con Él como un modo de vida?

Juan Owen, en su libro *Communion with God* [Comunión con Dios], escribió:

Es un honor estar delante de una princesa, aunque sea como un esclavo. ¡Qué honor, entonces, tienen todos los santos, estar delante del Padre con libertad y allí disfrutar de su amor! ¡Qué bendición pronunció la reina de Saba sobre los siervos de Salomón que estaban delante de él y escuchaban su sabiduría! ¡Pero cuánto más benditos son aquellos que están continuamente delante del Dios de Salomón, escuchando su sabiduría y disfrutando de su amor! (Editado por R. J. K. Law, Carlisle, Penn.: The Banner of Truth, 1991, pp. 34-37)

LA PRESENCIA PERMANENTE DE DIOS

Es especialmente consolador saber que no importa qué pruebas tenga que sufrir, Dios está siempre presente. No siempre uno siente como si Él estuviese, pero en realidad siempre está ahí. La promesa de Dios a sus hijos es: “No te desampararé ni te dejaré” (He. 13:5; vea Dt. 31:6). David comprendió esa verdad, puesto que escribió:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba.

*Y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano,
Y me asirá tu diestra”.*

SALMO 139:7-10

Nadie puede separar a alguien de la presencia de Dios, y a un creyente no se lo puede separar de una relación con Dios.

La indestructible presencia de Dios trajo gran consuelo a Moisés. Aunque Dios lo había llamado a proclamar su mensaje y a sacar a Israel de la esclavitud, Moisés protestó, diciendo que no era capaz de hablar al pueblo. Dios le respondió: “Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éx. 4:12). Ese es un aspecto práctico de la presencia de Dios. Él está presente en apoyo de nuestro servicio.

Esa clase de apoyo es evidente en la Gran Comisión, porque Jesús dijo a sus apóstoles: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mt. 28:19-20). El vocablo griego que se traduce como “he aquí” es una exclamación para llamar la atención, y el pronombre “yo” es enfático. El sentido del versículo es este: “Yo, yo mismo, el Hijo de Dios resucitado, estoy con vosotros siempre”. Consuélense sabiendo que siempre están en la presencia de Cristo.

La presencia inquebrantable de Cristo es lo que hace posible la tarea de alcanzar al mundo. Él proporciona no solo la instrucción correcta sino también el poder de su propia presencia. Con frecuencia los creyentes dudan de tener el poder de testificar de Cristo. En cambio, quieren que su pastor dé testimonio por ellos. Pero el pueblo tiene los mismos recursos que el pastor. El poder de Dios está presente para *todo* el pueblo de Dios.

EN BUSCA DE LA PIEDAD

Dios nos da esta promesa de seguridad: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Co. 10:13). Cuando viene la tentación, debe saber que tiene la fortaleza dada por Dios para resistir. Aunque todos nosotros como creyentes estamos en diferentes niveles de madurez, Dios se encuentra con cada individuo en su nivel para defenderlo y fortalecerlo contra la tentación.

Saber que Dios está siempre presente es una poderosa motivación para resistir la tentación. Nos hace comprender que todo lo que hacemos, lo hacemos en su presencia. Cuando pecamos, ya sea un pecado de pensamiento, de palabra o de acción, lo hacemos en la presencia de Dios. Obviamente esa era la actitud que tenía José. Al rehusar ceder a la tentación, dijo: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9).

Por lo general, las personas prefieren pecar cuando nadie está mirando. Podría ser que no fuésemos tan cuidadosos en presencia de nuestra familia o de amigos cercanos porque ellos ya saben nuestros problemas. Aparte de ellos, sin embargo, rápidamente nos avergonzamos cuando nos sorprenden. Pero observe esto: Cuando peca, es como si hubiese ascendido a la sala del trono de Dios, como si caminase hasta el estrado de su trono y pecase ahí mismo. Absolutamente todo lo que hace tiene lugar en la presencia de Dios. Ahora bien, ese es un pensamiento que hace reflexionar.

Job dijo de Dios: “¿No ve él mis caminos, y cuenta todos mis pasos?” (Job 31:4). Esa era la base de su integridad (vv. 1-3). Salomón dijo: “Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Pr. 3:6). En cada cosa que hace, comprenda que Dios está siempre presente. Esa clase de res-

ponsabilidad lo ayudará a conducirse y a mantenerse en el camino correcto.

Tomar conciencia de la presencia de Dios no solo lo ayudará a huir del pecado, sino también a soportar el sufrimiento. Pedro dijo a los creyentes que pasaban por una severa persecución: “Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente” (1 P. 2:19). Al decir “conciencia delante de Dios” se refiere a una conciencia general de la presencia de Dios, lo cual es un incentivo para la conducta piadosa. Debemos mantener un buen testimonio delante de los perdidos mediante el sufrimiento del maltrato, confiados de que Dios está vigilando sobre nosotros y soberanamente controla cada situación. La vida piadosa es una cuestión de vivir a la luz de la presencia de Dios.

Samuel Storms escribió: “La omnipresencia de Dios debe consolar al justo. No importa cuál sea la prueba, no importa el lugar donde ocurra, no importa la rapidez de sus asaltos, no importa la profundidad de su poder. *¡Dios siempre está con nosotros!* ‘Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, *porque tú estarás conmigo*’” (Sal. 23:4, subrayado añadido; revista *Masterpiece* [Obra maestra], septiembre/octubre, 1989, p. 9).

EL SEÑOR ESTÁ CERCA

Pablo escribió: “El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos” (Fil. 4:5-6). Esas palabras no se refieren a la segunda venida del Señor, sino a su ministerio presente de consuelo para nosotros. Él está siempre presente. El salmista repite esa verdad cuando dice: “Cercano estás tú, oh Jehová, Y todos tus mandamientos son verdad” (Sal. 119:151).

El Señor nos rodea con su presencia. Cuando usted tiene un pensamiento, el Señor está cerca para leerlo. Cuando ora,

está cerca para oírlo. Cuando necesita su fortaleza y poder, Él está cerca para proveerlos.

Tomar conciencia de eso lo ayudará a mantenerse libre de ansiedad. Esa es una lección que el profeta Habacuc aprendió. En su tiempo la injusticia y la discordia llenaban la Tierra. Puesto que deseaba saber por qué Dios no estaba haciendo nada acerca de esa situación, dijo:

“¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?”

HABACUC 1:2

Dios respondió:

“Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas”.

vv. 5-6

Dios había planeado usar a una nación pagana para castigar al pueblo de Habacuc. Esa no era la clase de respuesta que el profeta esperaba oír. Recibió una respuesta visceral de la noticia: “Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí; si bien estaré quieto en el día de la angustia, cuando suba al pueblo el que lo invadirá con sus tropas” (3:16).

Pero luego Habacuc comenzó a recordar lo que sabía acerca del Señor, y dijo: “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar” (1:12). Habacuc se recordó a sí mismo que el Dios eterno estaba cerca. Porque es eterno, Dios está delante, detrás, encima e

independientemente de la historia, reinando en absoluta eternidad. Esa verdad ayudó a Habacuc a comprender que todo forma parte del plan eterno de Dios, incluyendo conflictos e injusticias terrenales. La invasión por fuerzas enemigas no escaparía de la atención de Dios. No era un accidente. Dios estaba cerca y controlaba soberanamente cada circunstancia.

Habacuc recordó que el Santo estaba cerca, que Dios es perfecto y que tiene que hacerle frente al pecado; entonces reconoció: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él” (v. 13). Estaba diciendo: “Sé que Dios no puede actuar aparte de su santidad. Puesto que nos está castigando a causa de nuestro pecado, sé que castigará a los caldeos también debido a sus pecados”. Dios no estaba en un lugar remoto. Sus santos ojos estaban presentes para ejecutar juicio.

Habacuc también recuerda otra verdad relativa a Dios: Él es fiel. “No moriremos” (v. 12) es una afirmación del pacto de Dios con su pueblo. Él es fiel a su Palabra. Su fidelidad es inseparable de su amor pactado, el cual es un amor eterno. Dios no está lejos de los suyos. Su fidelidad y su amor son entrañables.

Quizás Habacuc pensaba: “Señor, todo lo que sé de ti me dice que deje de preocuparme respecto de este problema. No lo entiendo, pero no necesito entenderlo. De hecho, mi mente es muy pequeña para entenderlo y fue el orgullo lo que me llevó a pensar que podría”. Habacuc, al mediar sobre la base del carácter del Señor, aprendió este valioso principio: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4; vea Ro. 1:17; He. 10:38). La fe firme de Habacuc en el Señor es evidente en la conclusión de sus palabras:

*“Aunque la higuera no florezca,
ni en las vides haya frutos,
aunque falte el producto del olivo,
y los labrados no den mantenimiento,
y las ovejas sean quitadas de la majada,
y no haya vacas en los corrales;
con todo, yo me alegraré en Jehová,
y me gozaré en el Dios de mi salvación.
Jehová el Señor es mi fortaleza,
el cual hace mis pies como de ciervas,
y en mis alturas me hace andar”.*

HABACUC 3:17-19

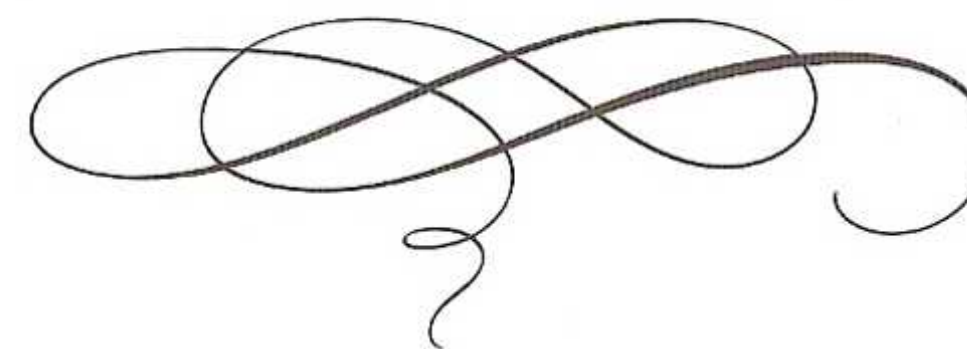
Estaba diciendo: “Si todas las cosas normales de la vida de las que dependo de pronto se colapsan, aun así pondré mi esperanza en Dios. Me dará la habilidad y la confianza para caminar a lo largo de los precipicios de la vida”. También usted puede tener esa clase de confianza, sabiendo que el Señor está cerca y que lo ayudará a “no estar afanoso por nada” (Fil. 4:6). El Señor, quien está en todo lugar, verdaderamente puede manejar cualquier cosa que venga a su vida.

Visite:

www.artecristiano.org
(imágenes y Gráficos)

6

NUESTRO OMNIPOTENTE DIOS



En su artículo “Historic Grab in Space” [“Agarrada histórica en el espacio”], Marcia Dunn escribió:

Tres astronautas caminantes del espacio alzaron sus brazos con sus manos enguantadas y cogieron un satélite de 4 toneladas y media que giraba despacio en un arriesgado último intento por salvar la nave.

—Houston, creo que tenemos el satélite—, dijo el comandante del transbordador, Daniel Brandenstein, desde dentro del Endeavor, después que los tres astronautas, de pie en un círculo fuera de la nave, pusieron sus manos en el fondo del satélite y lo mantuvieron estable.

El *Endeavor* acababa de pasar por el Suroeste de Hawai, a 28.000 kilómetros por hora... Los tres astronautas rodearon al satélite como las tres patas de un trípode. La operación requería una delicadeza extraordinaria. Cualquier movimiento brusco podía hacer que el combustible dentro del satélite lo hiciese balancear.

El transbordador estaba en una posición con la cola

hacia la Tierra y las manchas azules del globo giraban despacio detrás de los astronautas, mientras ellos capturaban el satélite. (*San Francisco Chronicles* [Crónicas de San Francisco], mayo 14, 1992, pp. 1, 5)

Por cierto, esa fue una hazaña histórica en el espacio. La habilidad de lanzar al cosmos y tomar con las manos un satélite más pesado que un elefante debería maravillarnos a todos. Pero algo tan sorprendente como esto es insignificante cuando se lo compara con la habilidad de Dios.

Dios es omnipotente. Él tiene la habilidad y el poder de hacer cualquier cosa. Incluso uno de los nombres hebreos de Dios, *El Shaddai*, habla de su poder. *El* habla de Dios, y *Shaddai* significa “todopoderoso”. Ese nombre se refiere a su extraordinaria fortaleza y poder. Job dijo: “Si habláramos de su potencia, por cierto es fuerte; Si de juicio, ¿quién me emplazará?” (Job 9:19). Era consciente de que la absoluta fortaleza y el poder pertenecen solo a Dios. El apóstol Juan exclamó: “Y oí cómo la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” (Ap. 19:6).

Isaías dijo del sorprendente poder de Dios: “He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (40:15–17).

Cuando Dios ejerce su poder, lo hace sin esfuerzo alguno. No es más difícil para Él crear el universo que hacer una mariposa. Aiden Wilson Tozer escribió:

Puesto que Él tiene a su disposición todo el poder del universo, el Señor Dios omnipotente puede hacer cualquier cosa con mucha facilidad. Todos sus actos los realiza sin esfuerzo. Él no consume ninguna energía como para tener que reabastecerse. Su autosuficiencia hace innecesario que tenga que apelar a alguien fuera de sí mismo para renovar sus fuerzas. Todo el poder que se necesita para hacer todo lo que Él quiere hacer yace intacto en la plenitud de su propio ser infinito. (*The Knowledge of the Holy* [El conocimiento de lo santo], Nueva York: Harper & Row, 1961, p. 73)

Stephen Charnock amplía nuestro pensamiento sobre este tema:

La omnipotencia de Dios es su habilidad y fuerza para hacer que ocurra todo lo que Él quiere.

Nuestros deseos pueden ser, y lo son, más extensos que nuestro poder, pero con Dios no: ‘Que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero’ (Is. 46:10). En su concepto del poder divino, tiene que agrandarlo más allá de pensar que Dios solo puede hacer lo que se propone hacer. En verdad Él posee una capacidad de poder tan infinita para actuar como tiene una capacidad infinita de decisión para resolver. Su poder es de tal magnitud que puede hacer todo lo que es su beneplácito sin dificultad o resistencia. A Dios no es posible vigilarlo, limitarlo ni frustrarlo.

Cuán inservibles serían sus eternos consejos si su poder no fuese capaz de ejecutarlos. Su misericordia sería una débil lástima si Él estuviese destituido de poder para aliviar, su justicia sería un absoluto espantapájaros sin poder para castigar, y sus promesas un sonido vacío sin la fuerza para ejecutarlos. (Citado en la revista *Martirpiece* [Obra maestra], septiembre/octubre 1989, p. 10)

Debido a que el poder de Dios es infinito, Él “no desfallece ni se fatiga con cansancio” (Is. 40:28).

Las personas con frecuencia cuestionan lo que Dios hace, pero no entienden que Él puede hacer todo lo que quiere. El salmista dijo: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3). Pablo ilustra la soberanía de Dios cuando muestra misericordia a unos (Isaac y Jacob), mientras que endurece a otros (Esaú y Faraón). Al que discute el derecho de Dios de hacer esas diferencias, afirma con franqueza: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (Ro. 9:20-21).

Aunque semejante poder podría parecer espantoso, debe recordarse que Dios es bueno. Él puede hacer cualquier cosa en conformidad con su infinita habilidad, pero solo hará aquellas cosas que son congruentes con sí mismo. Esa es la razón de por qué no puede mentir, ni tolerar el pecado ni salvar a pecadores no arrepentidos.

LA EXPRESIÓN DEL PODER DE DIOS

El poder de Dios se expresa a sí mismo en un número infinito de maneras. Veamos algunas de ellas:

En la creación

David alabó a nuestro Dios creador, diciendo: “Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios, abismo grande. Oh Jehová, al hombre y al animal conservas” (Sal. 36:6). Nadie ayudó a Dios a crear el mundo, puesto que Él dijo: “Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo” (Is. 44:24). Fue un acto de su voluntad

que la creación tuviese lugar, porque Él “llama las cosas que no son, como si fuesen” (Ro. 4:17). La contemplación de su creación debería hacernos apreciar su gran poder. Pero el poder de Dios es mayor que cualquier cosa que Él jamás haya hecho.

Dios sostiene todo lo que crea, lo mantiene y lo preserva. Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3). El vocablo griego que se traduce como “sustenta” significa “sostener” o “mantener”. Se usa en el tiempo presente, sugiriendo una acción continua. En este momento Dios lo sostiene todo en el universo. Eso es mucho más que una ley de la naturaleza. Es la actividad misma de Dios.

¿Puede imaginarse lo que ocurriría si Dios renunciara a su poder sustentador? Dejaríamos de existir. Nuestras vidas dependen de la constancia de las leyes físicas que Él ha establecido.

Si Dios cesase de mantener la ley de la gravedad, no seríamos capaces de permanecer en la Tierra y moriríamos irremisiblemente. O considere el Sol: tiene una temperatura en su superficie de 12.000 grados Fahrenheit. Si estuviese más cerca de la Tierra, nos quemaríamos. Si estuviese más lejos, nos congelaríamos.

Además, el globo terráqueo está inclinado exactamente en un ángulo de 23 grados, lo que nos permite tener cuatro estaciones. Si no estuviese inclinado, los vapores del océano se moverían amontonando, a la postre, enormes masas de hielo. Si nuestra atmósfera de pronto se hiciese menos densa, los meteoros que ahora se queman sin causar daño cuando chocan con nuestra atmósfera, constantemente estarían bombardeando la superficie terrestre.

Si la Luna no permaneciese a una distancia específica de la Tierra, las mareas de los océanos inundarían completamente los continentes dos veces al día. Si el fondo de los océanos se hundiese unos pocos centímetros afectaría completamente el equilibrio entre el dióxido de carbono y el oxígeno en la

atmósfera de la Tierra, y no podría existir ni vida animal ni vegetal.

Las cosas no ocurren en el universo por accidente. Dios lo sostiene todo. Él es principio de cohesión. Él no es un relojero remoto que hizo el universo, lo puso en movimiento y no se preocupó de su creación desde entonces. La razón de que el universo es un cosmos y no un caos, es decir, un sistema ordenado y confiable en lugar de un conjunto desordenado y errático, se debe al poder sostenedor de Dios. Los científicos que piensan que están descubriendo grandes verdades no hacen otra cosa que descubrir las leyes de sostén que Dios usa para controlar el universo. Ningún científico ni matemático ni astrónomo puede descubrir nada aparte del poder sustentador de Dios porque Él vigila y sostiene los movimientos y desarrollos de todo el universo. Su gobierno de todo el cosmos manifiesta su inescrutable sabiduría y su ilimitado poder. Y Él lo sostiene todo “con la palabra de su poder”.

Con frecuencia se formula esta pregunta: Si Dios nunca se cansa mientras mantiene y preserva el universo, ¿por qué descansó en el séptimo día de la Creación? La respuesta es que Dios no descansó literalmente. Si hubiese descansado, todo lo que hizo en el primer día se hubiese arruinado. Dios no se cansa, y Él estaba tan activo el séptimo día como lo estuvo los otros seis, sosteniendo todo lo que había hecho.

En la salvación.

Federico Brotherton Meyer escribió:

Entramos en el estudio de un artista y encontramos allí pinturas sin terminar que cubren un lienzo grande, que sugieren grandes diseños, pero inconclusas, ya sea porque el genio no era competente para completar la obra o porque una parálisis le imposibilitó la mano hasta la muerte. Pero cuando entramos en el gran taller de Dios no encontramos

nada que sugiera apuro o insuficiencia de poder para terminar, y estamos seguros de que el trabajo que su gracia comenzó, el brazo de su fortaleza lo completará. (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses], Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1952, p. 21)

Ese era el argumento de Pablo cuando dijo: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). La salvación es una obra poderosa de Dios. Cuando Dios comienza esa gran obra en una persona, inevitablemente la lleva a una conclusión. Dios siempre termina lo que comienza.

Judas concluyó su epístola con esa misma nota:

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”.

vv. 24-25

La salvación no es como mi experiencia jugando rugby. Recuerdo ir a la ducha después de un partido y escuchar al entrenador decir: “Oye, tú eres el culpable de que hayamos perdido. No solo perdiste el balón a dos metros de la meta, sino que también dejaste que el contrario lo recogiese y anotase un gol. ¡Fue tu culpa! ¡La próxima vez no pierdas el balón!”

En el cielo no habrá crítica. El Señor no dirá a ningún creyente: “¿Te das cuenta de que por tu culpa 200 personas no llegaron aquí?” La salvación significa que el Señor llevará a todos los pecadores arrepentidos desde la justificación hasta la glorificación (Ro. 8:30). Él jamás fracasará en llevar a todos los elegidos a la gloria porque es el Dios todopoderoso.

La redención es un despliegue aún mayor del poder de Dios por encima de la Creación. Evidentemente no hubo opo-

sición a la Creación, pero en la Redención se doblegó al diablo, se venció a la muerte y se le hizo frente al pecado. Dios, entonces, escogió: “Y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Co. 1:27). Dios envió a personas comunes al mundo a proclamar las buenas nuevas de salvación. Y en un corto tiempo ellos “trastornaron el mundo entero” (Hch. 17:6).

En la resurrección

El poder de Dios también se manifestó en su habilidad para resucitar a los muertos. Jesús dijo a sus discípulos: “Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (Mt. 26:32).

El pueblo judío en su totalidad rechazó las afirmaciones mesiánicas de Cristo. Lo acusaron de ser un insurrecto implicado en actividades revolucionarias dirigidas a derrocar al gobierno romano. Los dirigentes religiosos lo llevaron delante de Pilato, el gobernador, afirmando que era una amenaza no solo para el judaísmo sino también para el sistema político romano.

Sus acusaciones políticas contra Cristo eran falsas: Él no se había levantado contra Roma. Sus acusaciones religiosas, sin embargo, eran verdad: Cristo sí afirmó ser el Mesías (Mr. 14:61–62). Él sabía que su absoluta confesión de deidad le costaría la vida, pero nunca confundió su mensaje, incluso frente al peligro inminente y a la muerte misma. Cristo confesó abiertamente su señorío, su identidad mesiánica y su autoridad soberana. ¿Por qué? Porque había rendido su vida a Aquel que es capaz de resucitar a los muertos. Y, en realidad, Él “resucitó de los muertos por la gloria del Padre” (Ro. 6:4).

Cristo fue capaz de enfrentarse a la cruz no solo debido al poder del Padre, sino también por su propio poder. En sí mismo, Él tenía el poder de vencer la muerte. Jesús dijo: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volver-

la a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:17–18). Por medio de su muerte, Él destruyó al diablo, que tenía “el poder de la muerte” (He. 2:14). Él se enfrentó a la muerte como a un enemigo y la venció de manera aplastante.

Dios tiene tanto poder que al final de los tiempos levantará de los muertos a todos los seres humanos que hayan vivido, tanto a los justos como a los injustos. Jesús dijo: “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn. 5:28–29). Además, el libro de Apocalipsis se refiere al juicio del gran Trono Blanco, donde todos los inicuos comparecerán delante de Dios (Ap. 20:11–15).

LA GRANDEZA DEL PODER DE DIOS

Pablo escribió: “Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Ef. 1:18–19). Las grandes verdades de la posición del creyente en Cristo son profundas y difíciles de absorber por la mente humana, pero no imposible de hacerlo.

Muchas personas comprenden mal el significado del vocablo *corazón* en las Escrituras porque la cultura occidental con frecuencia usa ese término para referirse a las emociones. Muchas de las canciones de amor se refieren al corazón. Pero dicho vocablo, tal como se usa en las Escrituras, se refiere al proceso del pensamiento, es decir, la mente, la voluntad y el entendimiento (vea Pr. 23:7). La mente es el instrumento de la percepción espiritual y del entendimiento.

¿Qué debemos entender por el poder de Dios? Que es la fuente de *nuestro* poder espiritual. En Efesios 1:19, Pablo usó cuatro vocablos diferentes para describir el poder que Dios nos da. El primero es *dynamis*, de donde se deriva el vocablo castellano *dínamo*. Se traduce como “poder” y se refiere a un poder esencial. El segundo es *energeia*, de donde se deriva el vocablo castellano *energía*. Se traduce como “operación” y se refiere al poder operativo. El tercer vocablo es *kratos*. Podría traducirse como “fuerza” o “dominio” y se refiere al poder fundamental o al colmo del poder. El cuarto vocablo es *ischys* y se traduce como “fuerza”, y se refiere a poder otorgado. Dios nos ha dotado de un poder increíble. Muchas veces podría encontrarse diciendo que no tiene suficiente poder o fortaleza para manejar una determinada situación, pero eso no es realmente verdad. El gran poder de Dios está disponible y es suficiente para todas sus necesidades (Fil. 4:13, 19).

LA APLICACIÓN DEL PODER DE DIOS

¿Cómo se aplica el poder de Dios a nuestra vida como creyentes? He aquí unas pocas maneras.

Para la adoración

Debemos adorar a Dios debido a su poder. Dios dijo a su pueblo: “Mas a Jehová, que os sacó de tierra de Egipto con grande poder y brazo extendido, a este temeréis, y a este adoraréis, y a este haréis sacrificio” (2 R. 17:36). Esa verdad es tan aplicable a su pueblo hoy como lo fue a los israelitas de antaño. Debemos meditar más respecto de su poder. Hacerlo nos ayudará a centrarnos menos en nuestros problemas.

Para confianza

El poder de Dios es una fuente de confianza. Siempre que se sienta falta de fuerzas piense en las palabras de Pablo: “Todo

lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13). En la fortaleza del poder de Dios podemos llevar a cabo todo lo que Él nos manda (1 Ts. 5:24). Podemos vivir confiadamente cada día, sabiendo que: “Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).

Para esperanza

El poder de Dios en la resurrección es la base de nuestra esperanza. El testimonio de Pablo era este:

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”.

FILIPENSES 1:21-24

Pablo no sabía todos los detalles del plan específico de Dios para su vida, pero tenía confianza en dicho plan, ya fuese para vida o para muerte. Su preferencia era el gozo de estar en la presencia de Cristo en el cielo, pero evidentemente pensaba que Dios le permitiría vivir porque sabía que los filipenses lo necesitaban.

Puesto que Cristo era la entera vida de Pablo, el morir solo podía ser una ganancia, porque ese acto lo llevaría a la presencia del Señor. Su confianza en la habilidad del Señor de resucitar a los muertos lo ayudaba a no sentirse intimidado delante de la muerte. Podía dedicarse plenamente al Señor, sin abandonar su responsabilidad espiritual de conservar su propia vida. La esperanza de la resurrección debe ayudarnos a tener prioridades que también son eternas, no temporales.

El poder de Dios en la resurrección no era un misterio para

los creyentes del Antiguo Testamento. Job dijo: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí” (Job 19:25–27). El saber que el Señor es todopoderoso lo ayudó a resistir grandes sufrimientos.

Daniel también conoció el poder de Dios respecto de la resurrección, porque un ángel le dijo: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:2). La resurrección para vida eterna es la resurrección de los justos (Hch. 24:15). Todos los verdaderos creyentes disfrutarán de esa vida. La resurrección para desgracia y condenación eterna tendrá lugar al final del milenio, cuando Dios resucite de los muertos los cuerpos de los injustos (vea Ap. 20:11–15).

Isaías, quien vivió más de un siglo antes que Daniel, predijo que los muertos vivirían otra vez:

“Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos”.

26:19

El Señor, a través de Oseas, un contemporáneo de Isaías, dijo:

“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista”.

13:14

David escribió:

“Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne

también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”.

SALMO 16:9–10

Pensar en el poder de Dios en la resurrección también debería llenar nuestros corazones de gozo:

“Sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros” (2 Co. 4:14).

Para consuelo

Cuando descubre que algo lo está agobiando, piense que no hay nada demasiado grande que Dios no pueda manejar. Dios mismo le dice: “He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?” (Jer. 32:27). Nada es imposible para Él porque su poder es infinito. Arturo W. Pink escribió:

¡Bien que deben los santos confiar en ese Dios! Él es digno de implícita confianza. Nada es demasiado difícil para Él. Si Dios fuese limitado en poder y tuviese un límite de su fuerza podríamos llegar a desesperarnos. Pero al saber que Él está vestido de omnipotencia, ninguna oración es demasiado difícil para que Él no la pueda contestar, ninguna necesidad es demasiado grande que Él no la pueda suplir, ninguna pasión es demasiado fuerte para que Él no la pueda reprimir; ninguna tentación es demasiado poderosa para que Él no nos pueda librar, ninguna miseria es tan profunda que él no nos pueda aliviar. (*The Attributes of God* [Los atributos de Dios], Grand Rapids, Mich.: Baker, 1975, p. 51)

Stephen Charnock añade este pensamiento de confianza:

Así como la omnipotencia es un océano que no se puede sondear, así los consuelos de esta son manantiales que no se pueden agotar. Cuán consolador es saber que tiene un Dios

que puede hacer según su beneplácito. ¡No hay nada tan difícil que Él no pueda realizar, nada tan fuerte que no pueda vencer! No necesita temer a los hombres puesto que tiene a Aquel que los puede detener; ni temer a los demonios, ya que tiene al que los encadena. Su poder no se agotó en la Creación. No se debilita en la preservación de todas las cosas. ¿Por quién el Señor despliega su brazo eterno y el trueno incomprensible de su poder sino por aquellos que le pertenecen? (Citado en la revista *Masterpiece* [Obra maestra], septiembre/octubre 1987, p. 10)

¡Dios puede manejar cualquier problema que tenga!

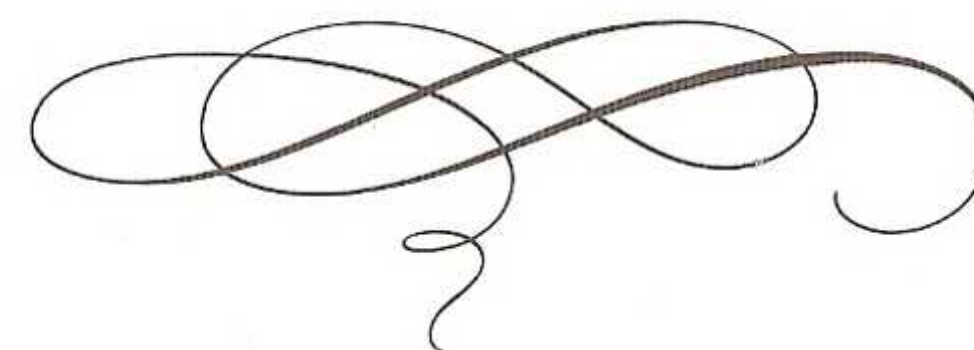
Para victoria

El poder de Dios es la base de nuestra victoria espiritual. Pablo nos dice: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza” (Ef. 6:10). Para experimentar victoria, tiene que ser como el centinela que vigila. Cuando el enemigo viene, no debe pelear solo contra él. Sino que debe avisar al comandante, y Él encabezará la batalla. Dios puede producir la victoria espiritual “porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). Satanás es un enemigo poderoso, pero no puede igualarse al poder de Dios.

¿Cuál debe ser nuestra respuesta al sorprendente, majestuoso y glorioso poder de Dios? Humildad. Es fácil ser orgulloso si sus pensamientos se centran en uno en lugar de estarlo en Dios. Es por eso que necesitamos prestar atención a la amonestación: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 P. 5:6). Necesitamos humillarnos delante de nuestro Dios todopoderoso porque sin su capacitación no podemos hacer absolutamente nada (Dt. 8:18; Jn. 15:5; 2 Co. 3:5).

7

LA IRA DE NUESTRO DIOS



El 8 de julio de 1974, Jonatán Edwards predicó el sermón más famoso de la historia estadounidense. Ese sermón, “Pecadores en las manos de un Dios airado”, presenta la verdadera condición de la humanidad caída y la necesidad de la salvación. He aquí un extracto del mismo:

La iniquidad de ustedes los asemeja a un pesado plomo y tiende a llevarlos hacia abajo con gran peso y presión hacia el infierno. Y si Dios los soltase, inmediatamente se hundirían y rápidamente descenderían y se zambullirían en el golfo del abismo y su saludable anatomía, y todos sus cuidados y prudencia, y su mejor artilugio, y toda la justicia de ellos, no tendría más influencia para sostenerlos y mantenerlos fuera del infierno que el que tendría una tela de araña para detener la caída de una roca...

Hoy las negras nubes de la ira de Dios cuelgan directamente sobre sus cabezas, llenas de terrible tormenta y con gran trueno. Y si no fuera por la comedida mano del Señor, inmediatamente se romperían sobre ustedes. El beneplácito soberano

no Dios, por ahora, detiene su rudo viento, de otra manera aparecería con furia, y la destrucción vendría como un torbellino, y sería como la paja del verano. (Phillipsburg, N. J.: *Presbyterian and Reformed Publishing*, 1992, pp. 20-21)

La mayoría de las personas tiene aversión de ver a Dios como un Dios de ira. Pero esa es una de las formas en que la Biblia lo caracteriza. Nahum el profeta dice que el Señor es “Dios celoso y vengador”. “Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos. Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable. Jehová marcha en la tempestad y el torbellino, y las nubes son el polvo de sus pies. ¿Quién permanecerá delante de su ira?, ¿y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas” (Nah. 1:2-3, 6).

Isaías dice: “He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores” (13:9). El mismo Señor dijo: “Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra; se encenderán, y no se apagarán” (Jer. 7:20).

En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista declaró: “Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mt. 3:12). Pablo dice respecto de los perdidos: “Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Ro. 2:5). En el libro de Apocalipsis leemos de Cristo: “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro;

y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso” (Ap. 19:15).

Las Escrituras dibujan un cuadro absolutamente terrible y horroroso de la ira de Dios. Sin embargo, la Iglesia de hoy ha suavizado el tema del juicio y tranquilamente ha omitido o alterado la doctrina del infierno. Quizá piense que solo hablo de iglesias liberales que niegan totalmente la inspiración de la Biblia y la realidad del infierno. Es triste decirlo, pero no hablo solo de iglesias liberales. Una creciente tendencia entre evangélicos es la creencia en la aniquilación, la doctrina teológica que sostiene que los inicuos cesarán de existir después de esta vida (p. ej., Eduardo Guillermo Fudge, “The Fire that Consumes” [“El fuego que consume”], Houston: *Providential Press*, 1982, respaldado por F. F. Bruce, Clark Pinnock y Juan Wenham; vea también “Juan Stott respecto del infierno”, *World Christian* [Mundo cristiano], mayo de 1989, pp. 31-37). Esa doctrina es contraria a la enseñanza bíblica del tormento eterno y consciente en el infierno (p. ej., Mt. 25:46; Mr. 9:44, 46, 48; Lc. 12:47-48; Jn. 5:25-29; He. 10:29; Ap. 20:10-15). Esta es, como se admite, una cuestión emocional. Uno de los dirigentes evangélicos en cuestión confiesa: “Encuentro el concepto [del castigo eterno] intolerable y no comprendo cómo pueden las personas vivir con este” (Stott, p. 32).

Esta es una cuestión seria porque la gente no puede comprender completamente el amor de Dios sin también comprender la extensión de su ira. Dios es perfecto en su amor e igualmente perfecto en su ira. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento reflejan ese equilibrio. Las Escrituras dicen de Dios: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Sal. 45:7; He. 1:9). R. A. Torrey escribió:

Posturas superficiales del pecado y de la santidad de Dios, y de la gloria de Jesucristo y sus demandas sobre nosotros, yacen en el fondo de débiles teorías de la condenación de los impenitentes. Cuando vemos el pecado en toda su enormidad y carácter abominable, la santidad de Dios en toda su perfección y la gloria de Jesucristo en toda su infinitud, nada que no sea una doctrina que establezca que quienes persisten en escoger el pecado, quienes aman las tinieblas en lugar de la luz y quienes persisten en el rechazo del Hijo de Dios experimentarán angustia eterna, satisfarán las demandas de su propia intuición moral... Mientras más cerca de Dios los hombres caminan y mientras más devotos se conviertan a su servicio más se inclinarán a creer esta doctrina. (*What the Bible Teaches* [Lo que la Biblia enseña] Nueva York: Revell, 1898, pp. 311-313)

LA PUREZA DE LA IRA DE DIOS

La ira de Dios no es como la ira humana, que aparece con mayor frecuencia cuando nos enfadamos, nos ofendemos y nuestro orgullo se atraviesa en el camino. Esa es una reflexión del corazón perverso del hombre. Incluso cuando nos enojamos respecto de cosas correctas, nuestra propia pecaminosidad generalmente corrompe nuestra ira. Es por eso que no debemos imponer nuestro concepto de ira a Dios. La ira de Dios es pura y sin mancha de pecado.

La ira de Dios también es pura porque está relacionada con su justicia. ¿Recuerda lo que pasó con Acán? Dios dijo a los israelitas que no sustrajeran nada de Jericó, pero Acán desobedeció y escondió algunas cosas robadas debajo de su tienda. Josué, al descubrir que Acán era culpable, le dijo: “Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras” (Jos. 7:19).

¿Por qué dijo Josué eso? ¿Acaso iba a sacar a Acán del problema si confesaba? No. Estaba diciendo: “Antes de que

recibas tu merecido juicio de Dios, confiesa tu pecado y admite que eres culpable. Confiesa que la reacción de Dios hacia tu pecado es justa”. ¿Cuál fue el juicio de Dios? A Acán y a su familia, que de alguna manera debió haber participado en el acto, los condenaron a muerte.

Dios nunca se equivoca en el ejercicio de su ira. Él no coge arrebatos de ira momentánea. Cuando está airado, es la correcta expresión de su santidad y su justicia.

LA REVELACIÓN DE LA IRA DE DIOS

Pablo escribió: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18). Una traducción literal sería que la ira de Dios “se revela constantemente”. Dios está siempre revelando su ira. Ha estado visible a través de la historia de la humanidad.

Para comenzar, Dios reveló su ira en el huerto del edén. Cuando Adán y Eva pecaron se los echó del paraíso, la Tierra fue maldita y la muerte se convirtió en una terrible realidad. Esa fue una enfática lección para el mundo: que Dios odia el pecado.

También vemos la manifestación de la ira de Dios en el Diluvio, acerca del cual dijo: “Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho” (Gn. 6:7). Dios demostró su ira también en situaciones tales como la destrucción de Sodoma y Gomorra, la maldición de la ley sobre todo transgresor, y la institución del sistema levítico. Quizá la demostración más grande de la ira de Dios fueron los sufrimientos y la crucifixión de Cristo. Él odia tanto el pecado que derramó su furia en su propio Hijo amado cuando llevó nuestras iniquidades.

Quizás esté pensando: *Al parecer, sin embargo, hay muchas personas que pecan y no les pasa nada. ¿Acaso se*

revela la ira de Dios en contra de ellos? A la postre, se revelará. Jonatán Edwards ilustra esa verdad así:

La ira de Dios es como mucha cantidad de agua embalsada por un dique. Con el tiempo aumenta más y más, hasta que finalmente se le da un desahogo. Y mientras más dure la retención del líquido más rápido y poderoso es el torrente, una vez que se lo libera.

Es verdad, ese juicio contra sus obras malvadas todavía el Señor no lo ha ejecutado. Las inundaciones de la venganza de Dios por ahora se detuvieron. Entretanto tu culpa va en aumento y cada día atesora más ira. Las aguas suben constantemente y se vuelven más y más poderosas. Y no hay nada sino el simple beneplácito de Dios lo que las retiene, ya que no están dispuestas a que las detengan y se esfuerzan para seguir adelante. Si Dios solo retirase su mano de la compuerta, de inmediato se abriría de par en par y las fieras aguas de la terrible ira de Dios se apresurarían con furia inconcebible, y vendrían sobre ti con poder omnipotente. (*Sinners in the Hands of an Angry God* [Pecadores en manos de un Dios airado], pp. 21-21)

Dios puede escoger detener su ira por un tiempo, pero a la postre la descargará con gran furia. Pablo explicó que los pecadores acumulan ira que un día chocará violentamente contra ellos (Ro. 2:5).

David usó otra analogía para describir cómo Dios contiene su ira: “Si no se arrepiente, él afilará su espada; armado tiene ya su arco, y lo ha preparado. Asimismo ha preparado armas de muerte, y ha labrado saetas ardientes” (Sal. 7:12-13). Mientras más Dios entiese el arco, más profundamente se hundirá la flecha cuando Él la suelte.

Si parece que los pecados de los seres humanos pasan desapercibidos, puede ser que Dios esté almacenando las aguas de su ira y afilando su espada. Él arregla todas las cuentas a su tiempo y de una manera perfecta.

Se cuenta una historia de una comunidad de agricultores en la que la mayoría de ellos eran hombres piadosos que se reunían para adorar al Señor los domingos en vez de trabajar en sus campos. La excepción era un agricultor que era ateo. Se consideraba a sí mismo un librepensador y con frecuencia ridiculizaba a sus vecinos diciendo: “Las manos que trabajan son mejores que las manos que oran”. Parte de su tierra colindaba con la iglesia, y se había propuesto conducir su tractor por allí durante los cultos de adoración. Cuando un año su finca produjo más que nadie en el condado, entregó una larga carta al editor del periódico local, vanagloriándose de lo que un hombre puede hacer por sí solo sin Dios. El editor publicó la carta de aquel labrador, y añadió este contundente comentario: “Dios no arregla todas sus cuentas en octubre”.

LA NATURALEZA PERSONAL DE LA IRA DE DIOS

Dios revela su ira desde el cielo a través de su implicación personal. Él no es una fuerza cósmica que hizo leyes morales y físicas y después dejó que siguiesen su rumbo. Su ira no es un juicio automático ejecutado por una computadora celestial anónima. La Biblia muestra que dentro de su corazón hay una intensa reacción personal contra el pecado.

Algunos de los vocablos hebreos que se usan en el Antiguo Testamento ponen de manifiesto la realidad de la santa reacción de Dios contra el pecado. El vocablo *charak*, por ejemplo, significa “volverse caliente, arder de furia”. La ira de Dios se encendió contra Israel por involucrarse en ritos paganos inmorales (Nm. 25:3). Dios mandó a Moisés a ejecutar a todos los dirigentes implicados para que “el ardor de su ira” se apartase del pueblo.

Otro vocablo que se utiliza en el Antiguo Testamento es *charon*, y se refiere a una ira feroz ardiente. La ira de Dios ardió contra los israelitas porque ellos rápidamente se apar-

taron de sus mandamientos y adoraron al becerro de oro (Éx. 32:12).

También encontramos el término *gastsaph*, que significa “ser amargo”. Debido a su intenso amor por Israel, Dios usó a naciones gentiles para castigarla. Al mismo tiempo, sin embargo, estaba airado porque esas naciones querían aniquilar a Israel. Porque tenían una motivación errónea contra el pueblo de Dios, ellas mismas se convirtieron en objetos de su ira (Zac. 1:15).

Chemah se refiere a un veneno y frecuentemente se asocia con el celo. Dios dice a Israel: “Y yo te juzgaré por las leyes de las adúlteras, y de las que derraman sangre; y traeré sobre ti sangre de ira y de celos” (Ez. 16:38). Debido a que la nación se había prostituido con las naciones paganas vecinas, la ira de Dios permanecería sobre ella hasta que aprendiera a no violar el amor de su Esposo divino, es decir, Dios.

El vocablo *za'am* también nos habla de la reacción santa de Dios contra el pecado: Describe a alguien que está furioso. David escribió: “Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11). La traducción de la RV 60 es enfática: “Dios está airado contra el impío todos los días”.

En el Nuevo Testamento, Pablo escribió: “Pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, al judío primeramente y también el griego” (Ro. 2:8-9).

La raíz del vocablo griego que se traduce como “ira” significa “ira apurada”, o “respirar violentamente”. Se lo ha usado desde los tiempos de Homero para referirse a la ira que inflama por dentro a una persona. Se utiliza en la Biblia para descubrir el deseo de Faraón de matar a Moisés, la furia de la multitud enardecida que quería despear a Jesús y el alboroto

en Éfeso. Asimismo, la ira de Dios rompe como un fuego consumidor en contra de quienes se oponen al señorío de Cristo.

La palabra griega que se traduce como “indignación” sugiere un estado de furia febril. En ese instante, la misericordia y la gracia han terminado. La tolerancia de Dios irrumpe en un despliegue de ira desbordante, furiosa y final.

La traducción de “tribulación” sugiere poner presión en algo o en alguien. Específicamente se refiere a una aflicción que resulta en sufrimiento, tales como los sufrimientos de Cristo y la devastadora persecución que sufrió la iglesia primitiva.

El término que se traduce como “angustia” literalmente significa “estrecho” y tiene que ver con la estrechez o confinamiento de un lugar. Ese confinamiento produce malestar indescriptible, y se refiere a la clase de angustia que el malvado experimentará en el infierno. El Nuevo Testamento describe el infierno como un castigo eterno, un fuego eterno, un horno de fuego, un lago de fuego, fuego y azufre, un fuego que nunca se apaga, y un lugar de sufrimiento (observe las referencias al principio de este capítulo).

EL OBJETO DE LA IRA DE DIOS

Pablo dice: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18). Su ira es contra el pecado. No es una furia incontrolada ni irracional como la de un delincuente que podría tomar venganza contra la persona más cercana, sino que discrimina y cuidadosamente apunta a la “impiedad y a la injusticia”.

La “impiedad” es el resultado de lo que ocurre cuando la relación de una persona con Dios se rompe. La ira de Dios es en contra de quienes no están correctamente relacionados con Él. La impiedad de los inconversos se evidencia por su irreverencia contra Dios, su falta de devoción, de adoración y de honor, que conduce a la idolatría.

La injusticia también afecta la relación entre las personas. Si no está correctamente relacionado con Dios y, por lo tanto, deja de reverenciarlo, su relación con todos los que están a su alrededor tampoco será correcta. El pecado, en primer lugar, ataca la majestad de Dios y su ley, y luego ataca a otros. Las personas se tratan entre sí injustamente porque esa es la manera como tratan a Dios. Al no estar correctamente relacionada con Dios, la relación y la transacción de una persona se corrompen. La impiedad conduce a la injusticia. La falta de honrar las leyes de Dios conduce a maltratar a los semejantes.

Sabemos que Dios odia el pecado. Es lo único que mantendrá a cualquier persona fuera de su presencia y de tener una relación correcta con otros.

LA RAZÓN DE LA IRA DE DIOS

Hay muchas razones de la manifestación de la ira de Dios, pero centrémonos solo en una, que es el pecado de rechazar la revelación de Dios de sí mismo en la Creación. Pablo escribió que a pesar de que todo ser viviente es consciente de la existencia de Dios, su actitud es negativa: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:21).

Si se atreve a dudar de que todo el mundo comienza con una conciencia de Dios, preste atención al sorprendente testimonio de Elena Keller.

Cuando Elena era una niña, una enfermedad la privó de la posibilidad de ver, oír y hablar. Mediante el incansable esfuerzo de su tutora, Ana Sullivan, Elena aprendió a comunicarse a través del tacto y después también a hablar. Cuando la señorita Sullivan por primera vez intentó hablar con Elena sobre Dios, esta respondió que ya sabía acerca de Él, solo que no conocía su nombre (Elena Keller, *The Story of my life* [La his-

toria de mi vida], Nueva York: Grosst & Dunlap, 1905, pp. 368–374).

La Creación ha provisto a todo hombre y mujer con la suficiente luz para percibir el poder sustentador de Dios y su deidad. Pero todos, a la postre, rechazamos esa revelación. De hecho, las cosas que Dios dio a las personas para guiarlas hacia Él se convirtieron en las mismas cosas que usaron para crucificar a Cristo. Donald Grey Barnhouse lo explicó de esta manera:

Dios le dará a un hombre inteligencia para derretir el hierro y hacer la cabeza de un martillo y clavos. Dios hará crecer un árbol y le dará fortaleza a un hombre para talarlo e inteligencia para hacer el mango del martillo de dicho árbol. Y cuando un hombre tiene el martillo y los clavos, Dios pondrá su mano y hará que el hombre clave clavos a través de la madera y ponga al Señor en la cruz en la suprema demostración de que los hombres no tiene excusa. (*Romans* [Romanos, tomo 1], Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1953, p. 245)

En lugar de responder a Dios, las personas se oponen a Él.

Concretamente, ¿qué acusación se le hace a la humanidad por el crimen de rechazar a Dios? Este: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (v. 21). El peor crimen jamás cometido en el universo es el de dejar de otorgarle a Dios la gloria y el mérito por ser quien es. Pero esa es la esencia de hombres y mujeres caídos. Cuando las personas rehúsan reconocer los atributos divinos de Dios y que solo Él es digno de exaltación, honor, adoración y alabanza, han cometido la más terrible afrenta.

El *Catecismo abreviado de Westminster* lo expresa eloquentemente: “El fin principal de la humanidad es glorificar a Dios y disfrutar de Él por la eternidad” (vea Sal. 148; 1 Co.

10:31). Pero glorificarlo es precisamente lo que los pecadores, tanto hombres como mujeres, por naturaleza no harán.

HUIR DE LA IRA DE DIOS

El apóstol Pablo escribió: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Es así como describe a toda la raza humana, fuera de la regeneración. Las personas rehúsan honrar a Dios y darle gracias por todo lo que ha provisto. En cambio, se inclinan a dar el mérito a su propio poder e ingenio (Dt. 8:10–18). Precisamente eso fue lo que ocurrió con el rey de Babilonia.

Nabucodonosor fue uno de los más grandes monarcas en la historia del mundo, pero como rey de un poderoso imperio se volvió orgulloso y se constituyó a sí mismo como Dios. Hizo construir una escultura de 30 metros de su persona en oro, y obligó al pueblo a postrarse y adorarla (Dn. 3:5). Así era la fuerza del ego de Nabucodonosor.

Sin embargo, el rey posteriormente dio testimonio de que Dios quebrantó su orgullo, lo humilló y volvió su corazón hacia él en fe. Todo eso comenzó cuando el rey tuvo un sueño. Con sus propias palabras dice lo que ocurrió:

“Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron”.

DANIEL 4:4–5

El vocablo arameo que se traduce como “tranquilo” significa que el rey estaba libre de aprensión y temor. En ese tiempo su reino no tenía problemas internos importantes y tampoco de oposición externa. Estaba prosperando. “Floreciente” significa que su vida estaba literalmente “creciendo verde”.

El sueño, sin embargo, le produjo pánico, obligándolo a

salir de su aparente tranquilidad. El temor le hizo pedir ayuda y llamó a los sabios del reino para que le interpretasen el sueño. Pero no fueron capaces de hacerlo.

Por fin Daniel, un piadoso judío del cautiverio que se alzó a la prominencia en la administración de Nabucodonosor, apareció delante del rey. Y le habló respetuosamente: “Señor mío, el sueño sea para tus enemigos y su interpretación para los que mal te quieren” (v. 19). ¿Cuál era el significado del sueño? Que a Nabucodonosor lo humillarían durante siete años. Se volvería loco y actuaría como un animal. Pero no moriría. Después de siete años recobraría su trono, pero solo después de saber que todo reino pertenece a Dios, el Soberano de todo. Todo aquel que gobierna lo hace solo porque Dios lo ha ordenado (Ro. 13:1).

Después de interpretar el sueño, Daniel dijo: “Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad” (v. 27). Daniel llamaba a Nabucodonosor a arrepentirse de sus pecados, a entrar en una relación correcta con Dios, y a comenzar a vivir una vida de misericordia.

Pero el rey rehusó hacerlo, y un año después todo ocurrió como Daniel lo había predicho. Nabucodonosor explicó lo que aprendió cuando los siete años se cumplieron:

“Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”

Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia”.

vv. 34–35, 37

¡Qué transformación! Nabucodonosor finalmente comprendió y aceptó el mensaje de Dios. En lugar de rechazarlo, lo glorificó. Como este rey, todos los perdidos necesitan comprender que Dios está extremadamente airado con ellos. Tienen que aceptar la realidad de que confrontan un juicio inevitable delante de un Dios santo quien tiene que reaccionar frente al pecado de ellos.

¿Y usted? ¿Será como Daniel y advertirá a los perdidos a huir de la ira de Dios? Como Jonatán Edwards, que sea este su mensaje:

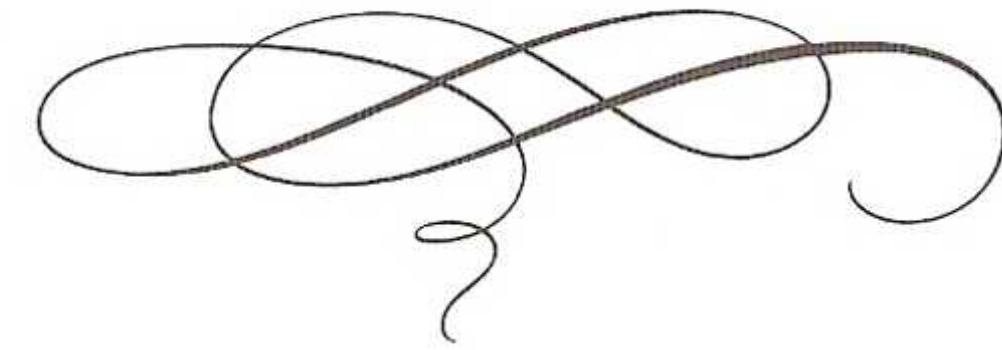
Que todo aquel que aún está fuera de Cristo y colgando sobre el abismo del infierno, ya sean hombres y mujeres de la tercera edad, o edad mediana, o jóvenes o niños, escuchad ahora la voz audible de la palabra de Dios y su providencia... Despierta y huye de la ira venidera. (*Sinners in the Hands of an Angry God* [Pecadores en las manos de un Dios airado], p. 32)

Visite:

www.doctrinabiblica.com
(déjanos un Comentario)

8

LA BONDAD DE NUESTRO DIOS



Cuando los peregrinos llegaron a Plymouth, Massachusetts, en el año 1620, el primer invierno fue muy crudo y mató a cerca de la mitad de la colonia. Pero aquellos que sobrevivieron a aquella estación tan rigurosa el Señor los bendijo con un verano de abundancia. Tuvieron pescados, venados, pavos, maíz, cebada, guisantes y mucho más. Entonces, como Dios había sido tan bueno con ellos, los peregrinos decidieron tener un tiempo de oración y celebración que se conoce como acción de gracias. Aparte de la comida tradicional, el menú incluía ganso, pato, venado, almejas, anguila, puerros, maíz con judías verdes, berro, ciruelas silvestres y pan de maíz.

Los colonos de Plymouth no son los únicos que han reconocido las bondades de Dios. A través de la historia bíblica encontramos a muchos individuos dispuestos a confesar que Dios es bueno. Cuando el rey Ezequías oró por su pueblo, dijo: “Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, a Jehová el Dios de

sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario” (2 Cr. 30:18–19). Durante la era post-exílica, cuando los cimientos del templo se colocaron, los sacerdotes y los levitas ofrecieron alabanzas y acción de gracias al Señor diciendo: “Y cantaban, alabando y dando gracias a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Jehová” (Esd. 3:11). Esdras viajó con éxito de Babilonia a Jerusalén “porque el día primero del primer mes fue el principio de la partida de Babilonia, y al primero del mes quinto llegó a Jerusalén, estando con él la buena mano de Dios” (7:9). “Jehová es bueno”, declaró Nahum el profeta (Nah. 1:7). En el Nuevo Testamento, Jesucristo se describió como “el buen pastor” (Jn. 10:14).

¿A qué se refiere exactamente la bondad de Dios? Carlos Hodge escribió:

La bondad, en el sentido bíblico del vocablo, incluye la benevolencia, el amor, la misericordia y la gracia. Por benevolencia quiere decirse la disposición a promover la felicidad. Todas las criaturas sensibles son objeto de esta. El amor incluye la complacencia, el deseo y el deleite, y su objeto es seres racionales. La misericordia es la benignidad ejercida hacia los miserables e incluye conmiseración, compasión, paciencia y ternura... Gracia es amor ejercido hacia los indignos... Todos esos elementos de la bondad... existen en Dios sin medida y sin fin. En Él estos son infinitos, eternos y inmutables. (*Systematic Theology* [Teología sistemática], Grand Rapids, Mich.: Baker, 1989, pp. 156–157)

Es triste el hecho de que la mayoría de las personas no reconoce la bondad de Dios. Se preguntan por qué Él permite que ocurran cosas malas, pero no entienden que su bondad impide que caigamos muertos cuando cometemos algún peca-

do. Debido a la caída, Dios tiene todo el derecho de hacer desaparecer la raza humana. Solo debido a su bondad es que podemos seguir respirando. Ese es un claro ejemplo en el que la misericordia triunfa sobre el juicio (Stg. 2:13).

En la Epístola a los Romanos, Pablo pregunta: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Ro. 2:4). “Menospreciar” sugiere una enorme subestimación del valor o del significado de algo. Es la falta de estimar el verdadero valor. ¿Qué es lo que las personas subestiman? “Las riquezas de su benignidad”. Eso se refiere a todos los beneficios de Dios, es decir, su bondad hacia la humanidad.

Toda persona sobre la faz de la Tierra ha experimentado personalmente la bondad de Dios de muchas maneras. Después de todo, es de suma importancia saber que Dios actúa “para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). Dios nos provee de alimentos para comer, de calor para nuestros cuerpos, de agua para mitigar la sed. Nos da un cielo azul, plantas verdes, hermosas montañas. Nos da a personas a quienes amar y que nos aman. Pero con mucha frecuencia damos por hecho esas bendiciones y no somos agradecidos.

Es una tendencia humana pecaminosa tomar con ligereza “la benignidad y la paciencia” de Dios (Ro. 2:4). El vocablo “benignidad” se refiere a una tregua, a un cese de hostilidades, o a detener un juicio. La “paciencia” describe a alguien que tiene el poder de vengarse pero no lo hace. Dios detiene su juicio por un tiempo largo porque Él es “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo por la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx. 34:6; vea Neh. 9:17; Sal. 103:8; Jl. 2:13; Jon. 4:2). Ese es un tema común en la Biblia.

Si como cristiano alguna vez ha pensado que Dios es injus-

to, ha puesto de manifiesto cuán fácil es abusar de la bondad de Dios. Su bondad está diseñada para producir arrepentimiento, es decir, hacernos tener sed de Él y hacernos agradecidos de que nos permite vivir a pesar de nuestro pecado. Pedro escribió: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:9–10). Nuestro buen Dios es paciente, pero no para siempre. El día de rendir cuentas se acerca.

¿Qué clase de reacción ha producido en su vida la bondad de Dios? ¿Está congruentemente agradecido por lo que ha provisto para usted? ¿O se ha olvidado del Proveedor y se ha vuelto indiferente para con Él?

Quizás el orgullo lo haya guiado, como ocurrió con los israelitas, a creer que los logros y las bendiciones de que disfruta provienen de su propia mano y no de la de Dios (vea Dt. 8:10–18). Humildemente tenemos que reconocer que “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17). La manera como David lo hizo es un buen modelo a seguir:

“Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre.

Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios.

Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias, el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias, el que sacia de bien tu boca. De modo que te rejuvenezcas como el águila”.

SALMO 103:1–5

LA EXPRESIÓN SUPREMA DE LA BONDAD DE DIOS

La muerte de Cristo en la cruz revela la bondad de Dios como ningún otro acontecimiento en la historia. En realidad, es la expresión suprema de su bondad. Demos una mirada atenta a la bondad de Dios a la luz de su amor. Podría ver algunas cosas que jamás ha visto.

El Rey sobre todas las cosas soportó la burla

El Evangelio de Juan dice que Pilato, el gobernador romano de Judea, maltrató a Jesús: “Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó” (Jn. 19:1). En vez de soltar a Jesús, a quien repetidas veces había declarado inocente, Pilato trató de saciar la sed de sangre de la multitud e hizo azotar a Jesús. Un azote romano tenía una empuñadura de madera corta que llevaba atada una serie de correas tejidas con trozos de plomo, bronce y huesos afilados como el filo de una navaja. Con frecuencia los azotes producían la muerte, y generalmente ocurría antes de la crucifixión para apresurar la muerte de la víctima en la cruz. Era una tortura que sobrepasa cualquier descripción.

Los judíos castigaban con cuarenta azotes, menos uno. No sabemos cuántos daban los romanos. Pero sí sabemos que a Cristo lo golpearon de forma tan terrible que no podía llevar su cruz durante el trayecto al lugar de la crucifixión.

Después de los azotes pero antes de la crucifixión, esto ocurrió: “Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía; y desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata, y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos!” (Mt. 27:27–29). Los historiadores nos informan que los soldados romanos generalmente hacían eso como un juego cruel para

divertirse con aquellos que consideraban enfermos mentales. Entonces los soldados, “escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle” (vv. 30–31). Al quitarle la ropa, estaban abriendo nuevas heridas. Y el vestirlo nuevamente le producía un dolor insoportable, porque la ropa que se usaba en aquel tiempo estaba hecha de un material grueso.

El Señor sufre la crucifixión

Los soldados romanos, entonces, condujeron a Jesús para que lo crucificasen. La procesión estaba formada así: Cuatro soldados romanos rodeaban al prisionero, uno en cada esquina, llevándolo por la ciudad, con otros soldados por delante y por detrás. Los soldados hacían desfilar al prisionero por las calles principales. El día de la crucifixión de Cristo, las calles estaban repletas de peregrinos que habían acudido a adorar y a celebrar la Pascua. Había un cartel que explicaba el porqué de la ejecución del prisionero, que colgaba del cuello de este o que lo llevaba alguien que caminaba al frente de la procesión. De esa manera las personas sabrían cuál era el castigo del crimen cometido.

Cuando la procesión salía de la ciudad, era evidente que las fuerzas de Cristo se agotaban. De modo que los soldados reclutaron a un hombre de la multitud, Simón Cirenaico, para llevar la cruz de Cristo hasta el lugar de la ejecución. Simón fue un beneficiario directo de la más grande exhibición de la bondad de Dios porque, a la postre, llegó a ser creyente. En Marcos 15:21, el evangelista lo pone de manifiesto al nombrar a los de los hijos de Simón, mencionados evidentemente porque la Iglesia en general los conocía.

Cuando la procesión llegó al Gólgota, los soldados “le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo” (Mt. 27:34). La palabra griega

que se traduce como “hiel” es un término general que se refiere a algo amargo. El Evangelio de Marcos especifica que la mirra estaba mezclada con vino. La mirra es una resina amarga que se ponía en el vino con el fin de calmar a una persona. En el siglo I se pensaba que tenía propiedades narcóticas.

Los soldados no pretendían drogar a la víctima como un acto de misericordia. No les importaba si esta sufría o no. La droga simplemente facilitaba su tarea porque sería difícil clavar las extremidades de alguien si esa persona no estuviese hasta cierto punto drogada. Pero Cristo rehusó beber la mezcla de droga. No quería que ninguno de sus sentidos estuviese insensible, se comprometió a sufrir todo el dolor de la cruz.

Entonces los soldados crucificaron a Cristo. Según William Barclay, la crucifixión “se originó en Persia... A la tierra se la consideraba el lugar sagrado del dios Ormuzd, y al delincuente se lo elevaba de esta para que no la contaminase, pues era la propiedad de dicho dios. De Persia la crucifixión pasó a Cartago, en el norte de África. Fue a través de Cartago que los romanos aprendieron esa práctica” (*The Gospel of Matthew* [El Evangelio de Mateo], vol. 2, Filadelfia: Westminster, 1958, p. 402).

Si bien los evangelistas no dieron detalles de lo que ocurrió, es provechoso tener alguna comprensión de lo que Cristo padeció en la cruz. Los soldados, en primer lugar, pusieron la cruz en el suelo y después colocaron al Señor sobre ella. Extendieron sus pies, estiraron los dedos y atravesaron los arcos de ambos pies con largos clavos.

Después de extender las manos, permitiendo que sus rodillas se doblasen un poco, atravesaron sus muñecas con grandes clavos, no las palmas de las manos, justamente debajo de la base de cada mano. Una vez que los soldados clavaron a Cristo en la cruz, la alzaron y la dejaron caer en un agujero. Cuando tocó el fondo, seguramente el golpe le causó un gran dolor. Ya estaba crucificado.

En su libro *The Life of Christ* [La vida de Cristo], el erudito Federico Farrar escribió:

Una muerte mediante crucifixión parecía incluir todo lo que el dolor y la muerte tienen de terrible y espantosa, es decir, vértigo, calambre, sed, hambre, insomnio, fiebre traumática, tétano, vergüenza pública, tormento prolongado, terror anticipado, dolor de las heridas no curadas, todo eso incrementado hasta el punto de lo insoportable, pero todo se detenía justo en el momento que le daría a la víctima el alivio de la inconciencia.

La posición poco natural producía dolor de cada movimiento. Las venas laceradas y los tendones triturados latían con incesante angustia. Las heridas, inflamadas por la intemperie, gradualmente se gangrenaban. Las arterias, especialmente las de la cabeza y el estómago, se inflamaban y se oprimían con el exceso de sangre. Y mientras tenía lugar toda gama de miserias que aumentaban gradualmente, se añadía a ello los intolerables dolores de una sed abrasadora e insoportable. Y todas esas complicaciones físicas causaban una emoción y una ansiedad internas ante la perspectiva de la muerte misma. La muerte, el terrible enemigo desconocido, delante de cuya presencia el hombre generalmente más se atemoriza, lleva el aspecto de una liberación deliciosa y exquisita. (Portland: Fountain, 1976, p. 641)

Las autoridades no buscaban una muerte rápida y sin dolor para preservar una pequeña medida de dignidad para el delincuente. Por el contrario, procuraban una tortura agónica para humillarlo hasta el límite. Semejante sufrimiento fue el que padeció nuestro Señor Jesucristo como producto de su bondad.

Sin embargo los sufrimientos de Cristo en la cruz no fueron suficientes para saciar los deseos de sus enemigos. También tenían que atormentarlo. Mateo lo describe aquí:

“Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.

De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él”.

MATEO 27:39-44

Cerca de la media tarde Cristo exclamó a viva voz diciendo: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” (v. 46). He ahí algo que sobrepasa completamente la comprensión humana: Dios se separó de Dios. Dios el Padre volvió sus espaldas a Dios el Hijo.

¿Exactamente qué clase de separación fue esa? El Hijo no se separó de su propia naturaleza divina, no dejó de ser Dios. Ni se separó de la Trinidad en esencia ni en sustancia. Más bien se separó en función del compañerismo íntimo y de la comunión con el Padre.

Finalmente Cristo declaró: “¡Consumado es!” e “inclinó la cabeza y entregó el espíritu” (Jn. 19:30). Los sufrimientos que voluntariamente padeció por causa de la humanidad habían terminado.

¿Por qué lo hizo?

¿Por qué permitió Dios que su Hijo muriese en la cruz? Pablo lo explica así: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). En su condenación a la muerte, Cristo ocupó nuestro lugar. Isaías escribió de Cristo: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y

por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:5-6).

El Padre “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Pablo escribió: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gá. 3:13).

La muerte de Cristo es una demostración de cómo es Dios. Pablo dice: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Uno de los himnos más hermosos y conmovedores respecto de la cruz es “Cabeza ensangrentada”, que se le atribuye a Bernardo de Claraval, en el siglo XII. Lea las palabras en oración y reverencia, porque hablan de un Dios que nos amó profundamente:

*Cabeza ensangrentada,
herida por mi bien,
de espinas coronada
por ti mis ojos ven;
de todos despreciada,
mi eterno bien será;
por todas las edades
mi ser te adorará.*

*Pues oprimida tu alma
fue por el pecador;
la transgresión fue mía
mas tuyo fue el dolor;
hoy vengo contristado,
merezco tu dolor,
concédeme tu gracia;
¡oh!, dame tu favor.*

*Te doy loor eterno,
bendito Salvador.
Por tu dolor y muerte,
por tu divino amor;
oh Salvador deseo
tu gracia conocer;
junto a tu cruz espero,
te entrego a ti mi ser.*

LA CONFIANZA DEL CREYENTE

¿Quién nos separará del amor de Cristo?, preguntó Pablo. “¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Ro. 8:35). Esa es una referencia al amor de Cristo por nosotros, no de nuestro amor por Cristo. Esa era la manera en que Pablo enfatizaba la bondad de Dios en la vida del creyente. Pablo quiso decir: “¿Qué puede hacer que Cristo deje de amarnos?” La clara respuesta es: NADA.

Pablo prosiguió a especificar varias aflicciones que podrían causar que un creyente cuestionase la bondad de Dios. “Tribulación” habla de la presión de las dificultades externas. Eso incluye sufrir falsas acusaciones, rechazo o daño físico. Pablo conocía todo lo relacionado con esas experiencias, porque dijo:

“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez”.

2 CORINTIOS 11:24-27

Esas pruebas nunca rompieron el nexo del amor de Cristo por Pablo, y ninguna adversidad jamás lo separará del amor de Cristo. Pablo habla de “angustia” (Ro. 8:35). Como ya se ha mencionado, el vocablo griego sugiere una presión interna y literalmente significa “espacio estrecho”. Describe a alguien que se encuentra en un espacio estrecho o que está atrapado donde no hay salida. Específicamente se puede referir a una tentación. Cuando experimenta angustia o tentación, ¿significa eso que Dios ya no lo ama? ¡No! Dios promete que cuando siente esas presiones, Él lo capacitará para aguantarlas, y en el momento correcto proveerá una salida (1 Co. 10:13).

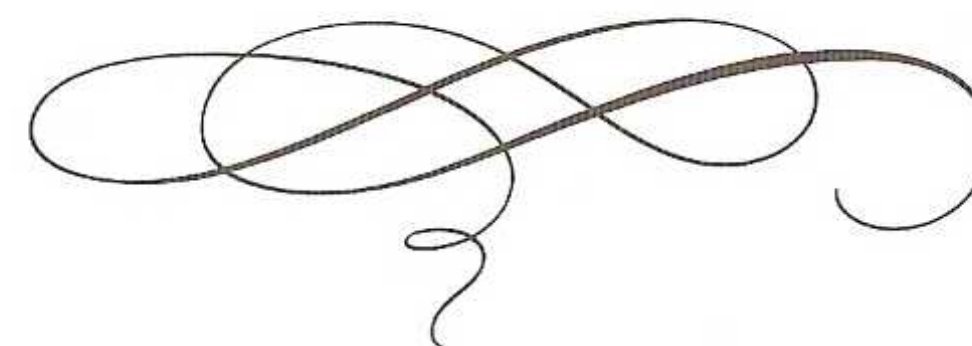
¿Y las otras aflicciones? ¿Y si sufre en manos de aquellos que rechazan a Cristo? ¿Y si carece de alimentos, incluso hasta el punto de morir de hambre? ¿Y si le falta vestido o techo? ¿Son esas adversidades evidencias de que Dios no es bueno, de que ya no lo ama? ¡Absolutamente no! Recuerde, es imposible que alguien o alguna cosa lo separe del amor de Dios.

Pablo oró para que nosotros, como creyentes, seamos capaces de comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios (Ef. 3:18–19). ¿Cuál es la anchura de su amor? Tan ancho como para reconciliar a judíos y gentiles y hacer de ellos uno en Cristo (2:13–14). ¿Cuán largo es su amor? Lo suficiente como para extenderse desde la eternidad pasada (1:4). ¿Cuán profundo es su amor? Lo suficientemente profundo como para alcanzarnos cuando estábamos muertos en delitos y pecados (2:1–5). ¿Qué tan alto es su amor? Lo suficientemente alto como para levantarnos y sentarnos en el cielo con Él (2:6).

Su anchura puede alcanzar a cualquier. Su largura abarca de la eternidad a la eternidad. Su profundidad alcanza hasta lo más profundo del pecado. Su altura nos lleva hasta la presencia de Dios y nos sienta en su trono. Ese es el amor y la bondad que debemos conocer y sobre el que debemos edificar nuestra vida.

9

NUESTRO SOBERANO DIOS



*L*ady Jean Kenmure estaba íntimamente familiarizada con el pesar y la adversidad. En el año 1600 nació en una distinguida familia escocesa, y posteriormente contrajo matrimonio con sir Juan Gordon, quien llegó a ser lord Kenmure. Indudablemente muchos envidiaron su prestigio social, pero la vida de esa humilde y devota creyente grandes dificultades la marcaron. Después de ocho años de matrimonio, ya había perdido a tres hijos pequeños. En el mismo año en que murió su tercera hija, su esposo se encontraba en medio de la muerte, y también él falleció. Uno o dos meses después, felizmente, dio a luz a un niño, pero cuatro años más tarde el niño enfermó y también murió. Cerca de un año después contrajo matrimonio otra vez, pero su felicidad duró poco, porque su segundo esposo murió poco después.

Durante el extenso período de tristeza de lady Kenmure, Samuel Rultherford, su pastor, le escribió cartas pastorales

para consolarla. Observe cómo la guió a pensar en la bondad de Dios:

Conténtate con vadear a través de las aguas entre ti y la gloria de Él, asida fuertemente de su mano, porque Él conoce todos tus baches... Cuando te hayas alzado hasta allí y hayas levantado tus ojos para ver la ciudad de oro... dirás entonces “veinticuatro horas de vida en este lugar equivalen a setenta horas de tristeza en la tierra”.

El objetivo de Dios en todos los tratos con sus hijos es llevarlos a un mayor desprecio y enfrentamiento mortal con el mundo. Poner un precio más alto en Cristo y pensar de Él como alguien que no puede compararse con oro y como alguien por quien es digno de pelear. Y por ninguna otra causa... El Señor aleja de ti los juguetes infantiles y los deleites terrenales que da a otros pues quiere tenerte totalmente para Él.

Suscríbete a la voluntad del Todopoderoso... Permite que la cruz de tu Señor Jesús tenga tu entrega incondicional y sumiso amén...

Confieso que me parece extraño que tu Señor hubiese hecho eso que parece derribar el fondo de tus comodidades mundanas. Pero no vemos el suelo de la soberanía del Todopoderoso. Él va por nuestra mano derecha y por nuestra izquierda, y no lo vemos. Solo vemos pedazos de los estabones rotos de las cadenas de su providencia. (*The Letters of Samuel Rutherford* [Las cartas de Samuel Rutherford], editadas por S. Maxwell Coder y Wilbur M. Smith, Chicago: Moody, 1951, pp. 63, 66, 390-391)

En resumen, el pastor Rutherford dirigía a lady Kenmure a centrarse en la soberanía de Dios. Que Dios es soberano significa que hace según su beneplácito y solo según su beneplácito. Ninguna persona ni ninguna circunstancia pueden derrotar su designio ni obstaculizar su propósito.

Las Escrituras están repletas de evidencias de que Dios actúa según su soberano beneplácito. Job dijo al Señor: “Yo

conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job. 42:2). El salmista dijo: “Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal. 135:6). Dios se presenta a sí mismo como aquel: “Que anunció lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:10).

Dios es soberano. Veamos cómo ese atributo afecta la vida de un creyente. En primer lugar, Dios ejerce soberanamente su opción como Creador de todo para seleccionar a ciertos individuos para recibir su misericordia divina.

Hay tres sentidos teológicos en los cuales Él escoge o elige. El primero es la *elección teocrática*. Se refiere a la elección de Dios de una nación para que sea su pueblo. Moisés dijo a los israelitas: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo duro de cerviz eres tú” (Dt. 7:6; 9:6). Dios libremente los escogió como producto de su amor y su gracia, y no a causa de ningún mérito de ellos.

El segundo sentido es la *elección vocacional*. Algunas veces Dios escoge a ciertos individuos para realizar tareas específicas. Dios escogió a Moisés para sacar al pueblo de Egipto y eligió a los levitas para servir a la nación como la tribu sacerdotal. En el Nuevo Testamento Cristo escogió a doce de sus seguidores para ser apóstoles.

El tercer sentido es la *elección para salvación*. Dios selecciona a ciertas personas para salvación. Pedro escribió a los creyentes a los que se los perseguía: “Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer

y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas” (1 P. 1:1-2). Además, Pablo explica que Dios “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4).

Dios formó el cuerpo de Cristo por medio de su elección soberana e independiente. Su elección estuvo completamente aparte de cualquier consideración humana y puramente sobre la faz de su propia voluntad. Nos escogió “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (v. 5) y “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (v. 11). Dios soberana y libremente nos eligió para nuestra inclusión en la Iglesia.

¿Cuándo nos escogió Dios para salvación? “Antes de la fundación del mundo” (v. 4). Eso significa que nos eligió antes de la creación del universo, es decir, en la eternidad pasada. Viene el día en el que Cristo proclamará: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mt. 25:34).

¿Por qué nos escogió Dios? Porque nos ama. Pablo escribió: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Ef. 2:4-5). La obra soberana y salvadora de Dios es fundamental para su promesa de hacer todas las cosas para nuestro bien (Ro. 8:28). Esa es la más gloriosa verdad que alguien pueda imaginar. Nada podría ser más glorioso y tranquilizador. Asimismo, nada podría traer más esperanza, gozo, confianza, firmeza, felicidad y libertad para el creyente que saber que Dios soberanamente obrará todas las cosas para el bien de su vida.

El vocablo griego que se traduce como “bien” se refiere a algo moral o inherentemente bueno, no a algo que solo tiene

una agradable apariencia externa. Al decir que todas las cosas obran para el bien, Pablo tenía dos cosas en mente: Nuestras circunstancias actuales y nuestra glorificación futura. No importa lo que ocurra en nuestra vida, Dios soberanamente obrará para que se produzca algo inmediata y finalmente beneficioso para nosotros. Eso es verdad respecto de todo lo que experimentamos en la vida, tanto lo bueno como lo malo.

LAS COSAS BUENAS OBRAN PARA NUESTRO BIEN

¿Qué clase de cosas buenas obran para nuestro beneficio espiritual? Para comenzar, los atributos de Dios. El poder de Dios, por ejemplo, nos da fuerzas en medio de los problemas. Dios fortaleció a Daniel cuando estaba en el foso de los leones, a Jonás cuando se encontraba en el vientre de la ballena y a los tres jóvenes hebreos cuando los echaron en el horno de fuego. Cuando Dios libró a David de las manos asesinas del rey Saúl, David declaró: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio” (Sal. 18:1-2). En Cristo somos “fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad” (Col. 1:11).

El poder de Dios también nos fortalece cuando estamos débiles. Pablo observó que la fortaleza de Dios se puso de manifiesto cuando él se sentía débil: “Bástate mi gracia: porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Co. 12:9). Dios verdaderamente “...da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán” (Is. 40:29-31). Cuando nos faltan las fuerzas, Dios nos infunde las suyas.

Las promesas de Dios, además de sus atributos, obran

para nuestro bien. Un ejemplo de ello es su promesa al perdonar nuestros pecados. David escribió: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Sal. 103:12). “He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Is. 38:17). Miqueas, hablando del perdón de Dios hacia su pueblo, escribió: “Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:19). Dios mismo dice: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (Is. 43:25).

¿Qué más obra para nuestro bien? La Palabra de Dios: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17).

El término griego que se traduce como “enseñar” se refiere al conjunto de verdades doctrinales que deben gobernar nuestros pensamientos y acciones. “Redargüir” sugiere poner a la luz la conducta pecaminosa y las enseñanzas erróneas. “Corregir” significa “enderezar” o “levantar”. Las Escrituras pueden restaurarnos a una correcta posición espiritual. “Instruir en justicia” se refiere a la habilidad de las Escrituras a llevarnos a la madurez. Dios usa su Palabra para nuestro bien porque esta proporciona todo lo que necesitamos para vivir una vida piadosa.

LAS COSAS MALAS OBRAN PARA NUESTRO BIEN

Aunque es importante saber que las cosas buenas obran para nuestro bien, el enfoque principal de Pablo en Romanos 8 es que las cosas malas también obran para nuestro bien. Obsérvese cuidadosamente, sin embargo, que: No debemos redefinir lo malo y pretender que es bueno. Dios odia eso. En

Isaías 5:20, dice: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”

Las cosas malas siempre son inherentemente malas. El pecado es pecado, la maldad es maldad y ninguno de los dos jamás cambiará. Pero podemos tener confianza en que Dios soberanamente controla cualquier cosa mala para que a la postre obre para nuestro bien.

El sufrimiento

El sufrimiento es un resultado de la maldición. Si el pecado no hubiese entrado en el mundo, no habría sufrimiento ni dolor ni tristeza ni muerte. Aunque el sufrimiento en sí no es maligno, sí es el resultado de un mundo malvado.

Uno de los primeros ejemplos bíblicos que encontramos de cómo Dios obra tales males para bien es el sufrimiento de José. Sus hermanos lo echaron en un pozo y luego lo vendieron a unos mercaderes que iban para Egipto (Gn. 37:20-28). Posteriormente lo encarcelaron injustamente. Pero Dios lo capacitó para que interpretara un sueño de Faraón y lo previniese de una hambruna que vendría. Como resultado, Faraón hizo a José primer ministro de Egipto. Porque Dios puso a José en ese puesto, fue capaz de proveer alimento para su familia, así como también para todo el pueblo de Egipto. Aun cuando sus hermanos lo habían vendido como esclavo, José pudo decirles después: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (50:20). Él comprendió que las injusticias que había sufrido eran parte del plan soberano de Dios para su vida.

¿Y nosotros? En realidad Dios utiliza nuestros sufrimientos para bien. Es absolutamente cierto. Uno de los beneficios del sufrimiento es que nos enseña a odiar el pecado. Cuando Cristo fue a la tumba de Lázaro se conmovió: “Jesús entonces,

al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió” (Jn. 11:33). Él agonizó con las lágrimas, el dolor y la tristeza que producen el pecado y la muerte. Cuando experimentamos los sufrimientos, aprendemos a odiar el pecado que los produce.

Los sufrimientos también obran para nuestro bien porque ponen de manifiesto el pecado en nuestra vida. Cuando todo va bien, es fácil sentirse piadoso. Pero tan pronto las cosas se desploman y los problemas surgen, nace una mayor tentación de que uno se enfade con Dios. Fácilmente podemos perder la paciencia y comenzar a dudar de su bondad. Es entonces cuando una persona descubre si realmente está confiando en Dios o no, porque el sufrimiento expondrá cualquier mal en el corazón.

Los sufrimientos no solo exponen el pecado, sino también los echan fuera. Es como un fuego que quema nuestra escoria y revela el oro puro y la calidad de la plata. Job dijo de Dios: “Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro” Job 23:10.

¿De qué otra manera el sufrimiento obra para nuestro bien? Revela que en realidad somos sus hijos. Después de todo: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (He. 12:6–8). Su disciplina es una evidencia de que somos sus hijos.

El sufrimiento también nos impulsa a Dios. En la prosperidad el corazón fácilmente está dividido. Es por eso que Dios advirtió a los israelitas a no olvidarse de Él cuando los introdujo en la Tierra Prometida (Dt. 6:10–13). El sufrimiento nos obliga a dejar de centrarnos en el mundo. Cuando todo en nuestra vida es cómodo, nos inclinamos a preocuparnos de nuestra casa, el coche, el trabajo, el negocio, el armario. Pero

imagínese que un ser querido contrae una enfermedad mortal. Eso cambiaría nuestros valores y nos impulsaría hacia a Dios, algo que sería una buena respuesta a una situación trágica. El “aguijón en la carne” de Pablo hizo que se refugiase en el Señor (2 Co. 12:7–10).

Cualesquiera que sean nuestras aflicciones, podemos estar seguros de que Dios soberanamente los está usando para nuestro bien. Con esa verdad como lema, Margaret Clarkson escribió un libro para quienes viven sus vidas en dolor perpetuo. Lo tituló *Grace Grows Best in Winter* [La gracia crece mejor en el invierno], una cita de la carta de Samuel Rutherford, el pastor que procuró consolar a la dama sufriente descrita al principio de este capítulo. El subtítulo de Clarkson es *Help for Those Who Must Suffer* [Ayuda para quienes tienen que sufrir], y una de las muchas útiles observaciones es esta:

La soberanía de Dios es la roca inexpugnable a la que el corazón humano sufriente se debe aferrar. Las circunstancias que rodean nuestra vida no son accidentales: podrían ser la obra del mal, pero ese mal se sostiene firmemente dentro de la poderosa mano de nuestro Dios Soberano... Todo mal está sujeto a Él, y el mal no puede tocar a sus hijos a menos que Él lo permita. Dios es Señor de la historia humana y de la historia personal de cada miembro de su familia redimida... Él no nos explica sus acciones como tampoco se las explicó a Job, pero nos ha dado lo que aquel personaje de la antigüedad nunca tuvo, es decir, la revelación escrita de su soberanía y su amor y la manifestación de sí mismo en el Salvador. Si esos santos pudieron triunfar tan gloriosamente sin era revelación ¿a nosotros que la tenemos, nos derrotarán? (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1972, pp. 40–41)

La tentación

La tentación también obra para nuestro bien. La razón principal es que nos hace depender de Dios. Cuando un animal ve a un cazador, corre a un sitio seguro. Asimismo, cuando el maligno lanza sus dardos encendidos, debemos huir al trono de la gracia de Dios, para que Él nos proteja. La lucha en contra de la tentación nos hace ver cuán débiles en realidad somos y nos hace comprender que no tenemos razón para sentirnos orgullosos de nosotros mismos. Eso nos obliga a seguir el ejemplo de Pablo y apoyamos en la fortaleza de Cristo (2 Co. 12:9-10; Fil. 4:11-13).

Nuestro Señor Jesús conocía la naturaleza de la tentación, porque la Biblia dice de Él: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:15-16). Debido a que Cristo mismo experimentó grandes tentaciones, Él comprende aquello por lo que atravesamos y es, por lo tanto, capaz de ayudarnos en nuestras luchas. Asimismo, nuestra lucha con la tentación nos ayuda para ayudar a otros en sus luchas (vea Gá. 6:1).

La tentación también obra para nuestro bien porque nos hace desear el cielo. Quizás a veces nos identificamos con la frustración de Pablo: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:19, 24). En esos momentos deseamos el cielo, diciendo como Pablo: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21). Pablo tenía una perspectiva equilibrada, sin embargo, porque seguidamente dijo: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesari-

rio por causa de vosotros” (vv. 23-24). El estar implicados en un ministerio que nos necesita será motivo suficiente para seguir adelante a pesar de cualquier prueba y tentación que experimentamos.

El pecado

Dios promete que *todas* las cosas a la postre obrarán para nuestro bien, y eso incluye la peor de todas: El pecado. Su promesa no disminuye la fealdad del pecado ni la belleza de la santidad. El pecado es intrínsecamente malvado y merecedor del infierno eterno. Pero en su infinita sabiduría Dios lo gobierna para nuestro bien. ¿Cómo?

Cuando vemos el pecado y sus efectos en otras personas, experimentamos una santa indignación en su contra. Eso nos conduce a ser más fuertes en nuestra oposición al mal. Y también nos volvemos más agradecidos de que el Señor nos haya librado del pecado.

Cuando tomamos conciencia del pecado en nuestra propia experiencia, el Espíritu Santo nos empuja a examinar nuestro corazón a la luz de la Palabra de Dios. Debemos pedirle a Dios que escudriñe nuestras almas para encontrar algún pecado latente, tal como desearíamos que el médico descubriese un cáncer oculto en nuestro cuerpo. Un remedio apropiado no puede recetarse antes de conocerse la enfermedad. Es por eso que Job clamó a Dios: “¿Cuántas iniquidades y pecados tengo yo? Hazme entender mi transgresión y mi pecado” (Job 13:23). Es mejor que encontremos nuestros pecados y no que nuestros pecados nos encuentren a nosotros. Debemos tener este hábito toda la vida: cuando nos percatamos de un pecado personal, hay extirparlo inmediatamente.

La amenaza del pecado también nos obliga a estar espiritualmente alertas. Nuestro corazón es como un castillo que corre el peligro de cada hora que pasa la carne y el diablo lo

asalten. Debido a que esto es así, debemos ser como soldados que siempre están vigilantes en espera de un ataque enemigo.

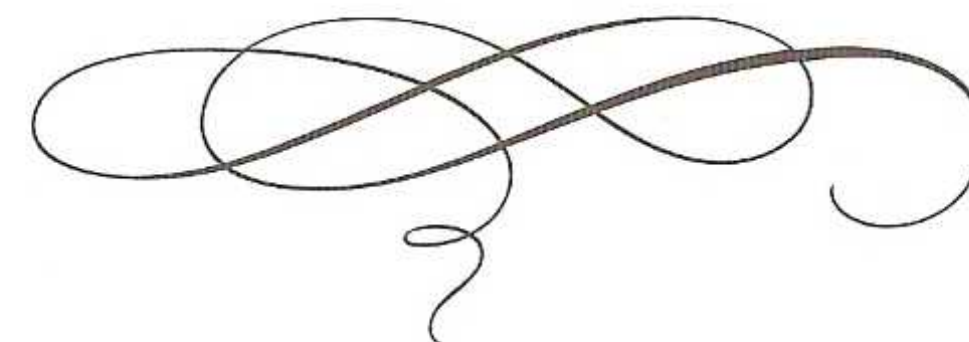
Aunque Dios soberanamente hace que nuestro pecado obre para bien, nunca debemos contemplar esa maravillosa promesa como una licencia para pecar. En su libro *All things for Good* [Todo para bien], Tomás Watson advierte:

Si los hijos de Dios juegan con el pecado porque Dios puede usarlo para bien, aunque Dios no los maldiga, Él puede mandarlos al infierno en esta vida. Él puede ponerlos en agonías amargas tales y en aflicciones del alma, como llenarlos de pleno horror, y llevarlos cerca de la desesperación. Que esto sea una espada ardiente para alejarlos del árbol prohibido. (Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust, 1986, p. 51)

Pablo lo expresa así: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:1-2, 6).

¿Por qué promete Dios hacer que todo obre para bien? Porque Él quiere conformarnos a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). Hacernos como Cristo es el destino que Él soberanamente ha designado para nosotros antes de la fundación del mundo. Puesto que nada puede frustrar su soberano propósito, podemos decir: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6).

NUESTRO PADRE DIOS



Como se ha mencionado en un capítulo anterior, Elena Keller es una de las mujeres más destacadas de la historia. Luego de recibir los consejos del Dr. Alejandro Graham Bell, sus padres emplearon a un maestro del Instituto Perkins para invidentes, en Boston. Para la tarea de instruir a Elena, que tenía entonces seis años, eligieron a Ana Sullivan, una huérfana de diecinueve años. Ese fue el comienzo de una estrecha amistad que duraría toda la vida.

Mediante un alfabeto manual, Ana deletreaba en las manos de Elena leyendo y escribiendo en braille con fluidez. A los diez años, Elena aprendió diferentes sonidos mediante la colocación de sus dedos en la laringe de su maestra y a “escuchar” las vibraciones. Después fue a la Universidad Radcliffe, donde Ana “deletreaba” las conferencias en las manos de Elena. Luego de graduarse *cum laude*, Elena decidió dedicar su vida para ayudar a los ciegos y sordos. Como parte de ese esfuerzo escribió muchos libros y artículos y viajó alrededor del mundo dando conferencias. Y puesto que las

conferencias no eran comprensibles para algunos, Ana frecuentemente se las traducía.

Su amistad de cerca de cincuenta años terminó cuando Ana murió, en 1936. Entonces Elena escribió estas entrañables palabras dedicadas a su amiga de toda la vida:

Mi maestra está tan cerca de mí que casi no me puedo concebir sin ella... Siento que su ser es inseparable del mío propio, y que las pisadas de mi vida son las suyas. Todo lo mejor de mí le pertenece, no hay un talento o una aspiración o una alegría en mí que su toque de amor no haya despertado. (*The Story of my Life* [La historia de mi vida], Nueva York: Doubleday, 1954, p. 47)

Es obvio que Ana conocía a Elena mejor que nadie. En el ámbito espiritual, Cristo conoce a Dios mejor que nadie. Mejor que los teólogos que han escrito acerca de Él a través de los siglos. Incluso mejor que los profetas y los apóstoles, quienes recibieron revelación divina. Cristo conoce a Dios tan bien porque Él estaba en su presencia desde antes de la eternidad. El apóstol Juan lo escribió así: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1). Cristo estaba cara a cara con Dios. Si alguien conoce algo de Dios, ese es Cristo.

Es razonable, por lo tanto, que si en verdad queremos saber cómo es Dios, debemos escuchar lo que Cristo tiene que decir acerca de Él. Para comenzar, Él habló de la *santidad* de Dios, dirigiéndose a Él como “Padre santo” (Jn. 17:11) y “Padre justo” (v. 25). Habló de la *justicia* de Dios, relatando una parábola relativa a darle el debido castigo a los labradores malvados que mataron al hijo del dueño de la viña en un intento por apoderarse de su herencia (Mt. 21:33–46). Habló del *poder* de Dios, señalando que “todas las cosas son posibles para Dios” (Mr. 10:27). Habló de la *soberanía* de Dios cuando dijo: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en

el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10). Habló de la *omnisciencia* de Dios al decir: “Para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt. 6:4). Habló de la *bondad* y del *amor* de Dios al presentarlo como un Padre bondadoso que provee todo lo que sus amados hijos necesitan (7:9–11).

Esas son verdades maravillosas, pero hay un tema que sobrepasa todos esos. Más que cualquier otro concepto de Dios, Cristo conocía a Dios como su Padre.

LA RELACIÓN DEL PADRE CON EL HIJO

¿Qué enseñó Cristo respecto de la paternidad de Dios? Escuche lo que dijo:

“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis.

Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

JUAN 5:17, 19–24

¿Por qué hizo Cristo esa declaración relativa a Dios y a sí mismo? Acababa de sanar a un hombre paralítico durante treinta y ocho años. Pero porque lo sanó un sábado, día de reposo, los dirigentes religiosos lo criticaron por hacer una

obra. Su respuesta a esa increíble estrechez de miras mostraba su derecho de sanar el sábado. Entremezclado con este estaba su teología sobre la paternidad de Dios. Analicemos la cuestión para ver exactamente de qué hablaba Jesús.

El Padre es uno con su Hijo

Al decir: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (v. 17), Jesús estaba diciendo: “Soy uno con Dios. Él obra el sábado, y yo obro el sábado. Somos iguales”. León Morris lo explica así:

Aquí su defensa descansa sobre su relación íntima con el Padre... La expresión “mi Padre” es significativa. No era la manera común en la que los judíos se referían a Dios. Generalmente ellos hablaban de “nuestro Padre”, y aunque podían usar “mi Padre” en una oración, lo calificaban añadiendo “en el cielo” o alguna otra expresión para remover la sugerencia de familiaridad. Jesús no hizo tal cosa, ni aquí ni en ningún otro lugar. Habitualmente pensaba de Dios en la relación más íntima posible consigo mismo. (*The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan], Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1971, pp. 308–308)

Quienes criticaban a Cristo claramente comprendieron lo que estaba sugiriendo. Este era el porqué: “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (v. 18).

Cristo, al ser omnisciente, intuyó sus pensamientos asesinos, pero aun así prosiguió enfatizando su unidad con el Padre: “Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (v. 19). Cristo estaba diciendo: “El Padre y yo somos uno. Oramos juntos”.

La unidad entre el Padre y el Hijo se pone de manifiesto también en la oración sumo sacerdotal de Cristo a favor de todos los creyentes: “Mas no ruego solamente por estos [los discípulos], sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (Jn. 17:20–22). Había una santa intimidad y comunión entre el Padre y el Hijo.

El Padre ama a su Hijo

¿Qué más enseñó Cristo relativo a Dios? Su amor: “Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis” (Jn. 5:20). Cristo estaba bien compenetrado del amor del Padre, porque en su oración sumo sacerdotal dijo: “Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos” (17:23, 26). El amor del Padre por el Hijo es la raíz de nuestro amor unos a otros como creyentes.

El Padre bendice a su Hijo

El Padre no solo ama al Hijo, sino que también “muestra todas las cosas que Él hace” (Jn. 5:20). La unión entre el Padre y el Hijo resulta en una comunicación tan perfecta como completa en todos los aspectos. Cristo, por ejemplo, sabía todos los detalles del plan de Dios de la Redención, pero Él “sufrió la cruz” de todas maneras “por el gozo puesto delante de Él” (He. 12:2).

¿Qué era ese gozo? Una vez más, la oración sumo sacerdotal de Jesús arroja luz sobre la naturaleza de esa redención divina. Era el gozo de la glorificación, que Jesús explica así: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:4–5). Jesús glorificó al Padre al exhibir completamente los atributos del Padre y al hacer plenamente la voluntad del Padre. Asimismo, glorificamos a Dios cuando permitimos que sus atributos brillen a través de nuestra vida y obedecemos su voluntad en todas las cosas que hacemos.

El Padre da autoridad a su Hijo

¿Qué clase de autoridad tiene Cristo?: “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn. 5:21–22, 25–26). El Padre dio al Hijo la autoridad y el poder para gobernar, reinar y juzgar. El Hijo, junto con el Padre, resucitará a los muertos en la gran resurrección en el día postrero.

El Padre honra al Hijo

La autoridad que el Hijo disfruta es igual a la del Padre. La meta, dijo Cristo, es: “Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (5:23–24). Todos los que creen en Dios como Él se ha revelado a sí

mismo también creerán en Jesús. Es imposible que alguien crea lo que el Padre dice y se aleje del Hijo. Tal es el honor que se derramó sobre el Señor Jesucristo.

PERTENECER A LA FAMILIA DE DIOS

Dios es Padre no solo del Hijo, sino también de todos los creyentes. Jaime I. Packer escribió:

Podrías resumir toda la enseñanza del Nuevo Testamento es una sola frase si hablas de este como una revelación de la paternidad del santo Creador. De la misma manera, puedes resumir toda la religión del Nuevo Testamento si la describes como el conocimiento de Dios como nuestro Padre santo. Si deseas juzgar el grado de corrección con el que una persona comprende al cristianismo, descubre qué concepto tiene de la idea de ser hijo de Dios, y de tener a Dios como su Padre.

Si ese no es el pensamiento que impulsa y controla su adoración, sus oraciones y toda su perspectiva de la vida, eso significa que no entiende al cristianismo en lo absoluto. Porque todo lo que Cristo enseñó, todo lo que hace al Nuevo Testamento nuevo, y mejor que el Antiguo, todo lo que es distintivamente cristiano en contraposición de lo que es meramente judío, se resume en el conocimiento de la paternidad de Dios. “Padre” es el nombre cristiano para Dios. (*Knowing God* [Conociendo a Dios], Dowers Grove, Ill.: InterVarsity, 1973, p. 182)

En Romanos 8:14–17 Pablo escribió de nuestra adopción en la familia de Dios como sus hijos: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y cohe-

rederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”.

Abba es un vocablo arameo que significa “papito” o “papá”. Es un término personal que refleja confianza, dependencia, intimidad y amor. En otro tiempo éramos pecadores que vivíamos en temor. Ahora somos hijos bajo cuidado de nuestro Padre celestial. En otro tiempo éramos extranjeros. Ahora somos amigos íntimos. Nuestra adopción significa que podemos entrar en la majestuosa presencia de Dios y decirle “Papito”.

Es el papel del Espíritu Santo, el tercer miembro de la Trinidad, darnos un sentido profundo de intimidad con el Padre. Él nos impulsa a entrar en la presencia de Dios para tener comunión íntima, no en temor, sino con un sentido de libertad y confianza.

Eso hace fácil compartir con Dios las más profundas preocupaciones de nuestro corazón. Podemos decirle: “Necesito hablar contigo de este problema”.

El autor de la carta a los hebreos habló de nuestra intimidad con Dios de esta manera:

“Porque el que santifica [Cristo] y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré”.

2:11-12

¡Jesús nos llama hermanos y hermanas y se ve a sí mismo a nuestro lado, cantando alabanzas a Dios!

UNA PARÁBOLA ACERCA DE DIOS

En el Evangelio según Lucas hay una historia relatada por Jesús que se conoce comúnmente como “La parábola del hijo pródigo” (15:11-32). Ese título es algo engañoso porque el

centro de la parábola es el padre misericordioso, no el hijo rebelde. Ilustra la paternidad de Dios de manera práctica y nos ayuda a ver cómo verdaderamente es Dios.

El hijo descarriado

La parábola concierne a un hombre que tenía dos hijos. Aunque el padre aún vivía, el hijo menor exigió su parte de la herencia de la hacienda del padre (debió de ser la tercera parte, puesto que era el hijo menor, ya que el hijo mayor, como primogénito, recibía la doble porción de la herencia [vea Dt. 21:17, de *La Biblia de estudio MacArthur*, p. 1.545]). Tal petición era obviamente una demostración de una gran falta de respeto. De hecho, según las costumbres de Medio Oriente, era el equivalente a desear la muerte.

Poco después de recibir la herencia, el hijo menor decidió marcharse a una provincia lejana, donde malgastó su herencia “viviendo perdidamente” (v. 13). La frase habla de derroche, exceso y extravagancia sin control. Aunque no sabemos exactamente lo que hizo con la herencia, sí sabemos que por llevar una vida sin control consumió toda su fortuna.

El hijo menor entonces se enfrentó a un doble desastre. Después de haberlo gastado todo, una gran hambruna tuvo lugar en la Tierra y le comenzó a faltar todo lo necesario. Ya que la comida era escasa y muy cara, nadie la regalaba. Posteriormente trabajó para un ciudadano de aquel lugar, y su nuevo patrón lo envió a los campos a apacentar cerdos, animales a los que se consideraba inmundos, según las leyes ceremoniales judías.

Al parecer, ni el patrón ni nadie le daba algo de comer antes de ir a trabajar. Quizás el patrón valoraba más a los cerdos que la vida humana, pensando que los animales podían al menos comerse o venderse en el mercado. ¡El hijo hambriento estaba tan agobiado que deseaba comer la comida de los cerdos!

El Padre misericordioso

Cuando la desilusión se afianzó, el hijo menor por fin volvió en sí y dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!” (v. 17). “Jornaleros” sugiere que no se trataba de esclavos ni de siervos a los que se contrataba sino de trabajadores de un día. Estaba diciendo: “Aun las personas a las que mi padre pone a trabajar por un día tienen suficiente alimento”.

Desde sus sombrías circunstancias nacieron los comienzos del arrepentimiento. Aceptó la responsabilidad de su condición diciendo: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (vv. 18–19). Esa no era una astuta estratagema para conseguir comida gratis, sino una confesión humilde salida del corazón. Estaba genuinamente triste, no porque le faltaba dinero o comida, sino por lo que había hecho. Al decir que había “pecado contra el cielo” estaba reconociendo que había pecado contra Dios.

Humillado y arrepentido, el hijo menor “se levantó y se fue a su padre” (v. 20). Obsérvese que Jesús no dijo que fue a su aldea, su finca o su casa, sino a su “padre”. Estaba enfatizando la relación entre el padre y el hijo.

Cuando el hijo menor todavía estaba lejos “lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (vv. 20–21). Pero antes de que pudiese decir “hazme como a uno de tus jornaleros” el padre convocó una celebración. Así es también nuestro Padre celestial. Está tan ansioso de que vengamos a Él que nos abraza con amor y nos besa antes de que podamos pronunciar todas nuestras palabras de confesión.

La reacción no se hizo esperar: “Pero el padre dijo a sus

siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse” (vv. 22–24). Con el espíritu de perdón, el padre proporcionó a su hijo lo mejor de todo lo que tenía. Asimismo, Dios es un Padre que ama profundamente a todos los pecadores arrepentidos. Los abraza, se goza con ellos y les da lo mejor.

LA RELACIÓN DEL PADRE CON LOS CREYENTES

En Juan 5, Jesús habla de la relación íntima del Padre con el Hijo, y la parábola del padre amoroso en Lucas 15 se refiere de la relación íntima del Padre con los creyentes. Las mismas lecciones que Cristo enseñó acerca del Padre en Juan 5 se ilustran en esa parábola. La cuestión es esta: El amor de Dios por nosotros no es menos que su amor por el Hijo. Veamos cómo sucede eso.

El Padre es uno con sus hijos

En la parábola, el hijo menor estaba preparado para decirle a su padre: “Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Pero cuando llegó, su padre ordenó una celebración por “este hijo mío” (v. 24). El Padre, de igual manera, reclama como suyo al pecador que se arrepiente y viene a Él en busca de perdón.

Cristo enfatizó nuestra unidad con el Padre cuando dijo: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Jn. 14:2). Obsérvese que hay solo una casa con muchas moradas. Es la casa del Padre. El cielo no está formado por manzanas de calles alineadas con muchas mansiones. Nuestra residencia no se hallará porque vayamos seis manzanas a la derecha y luego bajemos hacia la izquierda. Todos nosotros,

como creyentes, viviremos en la casa del Padre porque somos uno con Él y miembros de la misma familia.

El Padre ama a sus hijos

El padre vio a su hijo menor “cuando aún estaba lejos” (Lc. 15:20). Desde que el hijo menor se marchó, evidentemente el padre había estado velando por su regreso. Al ver a su hijo en la distancia, el padre “fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (v. 20). Obsérvese que el padre no esperó que su hijo pronunciase un discurso. No se dijo a sí mismo: “Quisiera saber lo que va a decir cuando llegue aquí” Vemos que esa iniciativa también se ilustra en la parábola de la oveja perdida:

“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso”.

LUCAS 15:4-5

Todo pastor busca una oveja perdida, no solo por una cuestión de responsabilidad, sino como un acto de amor. Como un pastor que busca un cordero perdido, el padre sintió piedad y compasión en lo más profundo de su ser. Corrió a encontrarse con su hijo y rodeó su cuello con un apasionado abrazo, besándolo repetidas veces y fervientemente.

Nuestro Padre celestial nos ama de la misma manera. A algunos creyentes, contritos y arrepentidos por algún pecado que han cometido, les cuesta creer que Dios los ama y los perdona. Pero esa duda y temor no tienen apoyo bíblico, porque nuestro Padre no solo nos acepta, sino que también corre para abrazarnos con amor.

En el ahora famoso *Footprints* [Huellas], se cuenta la historia de un creyente que murió y fue al cielo. El Padre lo abra-

zó con amor y le dijo: “Hijo, he estado esperando por ti”. Juntos miraron hacia atrás cómo el hombre había vivido su vida. Al hacerlo, observó que a veces había dos huellas en su vida, y a veces cuatro. De modo que dijo: “Padre, comprendo las cuatro huellas porque eso es cuando caminaste conmigo. Pero ¿por qué a veces solo había dos huellas? El Padre sonrió y contestó: “Esas fueron las veces que te cargué”.

Así es Dios. El ama a sus hijos. Él caminará con ellos. Y si tiene que hacerlo, los cargará.

El Padre bendice a sus hijos

Alguien preguntó a Abraham Lincoln cómo iba a tratar a los rebeldes sureños una vez que los derrotase y los devolviese a la unión de los Estados Unidos. Se dice que el presidente contestó: “Los trataré como si nunca hubiesen hecho nada malo”.

En la parábola fue así como el padre respondió a su hijo menor, porque dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies” (Lc. 15:22). ¿Por qué el mejor vestido? Porque para las personas de aquellos tiempos, esa era una señal de pertenencia a la familia.

Podría usted pensar que el hijo no merecía tal bendición. Pero esa no es la cuestión. Pertenece a la voluntad del padre que esa sea la cuestión. Si Dios nos diese lo que merecemos, nos consumiríamos. Esa es la maravilla del amor de Dios, ¿verdad que sí? A pesar de lo que hemos hecho, Él nos trata como a hijos e hijas que nunca han hecho nada malo.

El Padre da autoridad a sus hijos

El padre ordenó que se le pusiera un anillo en su mano (v. 22). Era un sello que simbolizaba la autoridad de la familia. Cuando algo relativo a la familia se hacía en forma oficial, se

lo sellaba, y el sello de la familia se lo esculpía en el anillo. Si tenía ese anillo, podía legalmente hablar por toda la familia.

¿Nos ha dado el Padre autoridad como sus hijos? Sí. Cristo dejó eso bien claro cuando dijo a sus discípulos: “Me seréis testigos” (Hch. 1:8). Pablo lo dijo de esta manera: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Co. 5:20). Tenemos la autoridad de actuar en lugar de Dios y decirle a otros acerca de Él. ¡Un día tendremos autoridad para juzgar al mundo y a los ángeles! (1 Co. 6:2-3).

El Padre honra a sus hijos

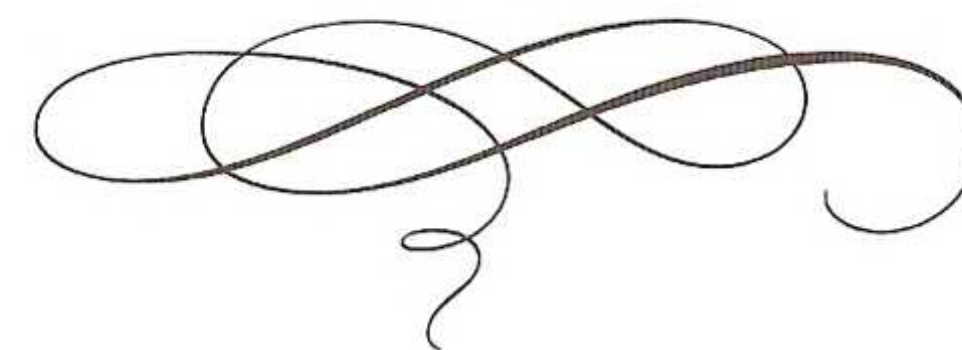
El padre ordenó a sus siervos a poner calzado en los pies de su hijo. Los esclavos andaban descalzos, pero no los hombres libres. Quería que a su hijo lo trataran con respeto. El padre también ordenó una celebración que incluía una fiesta, música y danzas. Quería que todos se unieran para honrar al hijo que, en un sentido, había estado muerto pero que ahora había revivido.

Nuestro Padre quiere que disfrutemos íntima comunión con Él. Aunque ocasionalmente pudiéramos apartarnos, Él siempre está listo para recibirnos y para darnos más de lo que jamás podríamos desear o merecer. El apóstol Juan dijo: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1).

¿Cómo es Dios? Él es nuestro Padre amante. ¿Así lo cree usted?

11

LA GLORIA DE NUESTRO DIOS



David Brainerd anhelaba la salvación de los aborígenes americanos que se esparcían a lo largo de los caminos coloniales y por el Lejano Oeste. Desde 1742 a 1747 trabajó entre las tribus en Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania. Inicialmente vio en su tarea muy poco que lo animase y consideró seriamente abandonar su trabajo entre ellos completamente.

Pero con el tiempo la situación cambió, y un gran número de aborígenes americanos conoció a Cristo. La endeble salud de Brainerd, sin embargo, finalmente lo obligó a abandonar sus esfuerzos misioneros y murió a los veintinueve años.

Pasó los últimos días de su vida en la casa de su celebre amigo Jonatán Edwards. Antes de morir, Brainerd consintió en dejarle su diario a Edwards para su publicación. Este libro afectó en forma singular las vidas de otros porque revela la devoción de Brainerd, su seriedad, sinceridad y espíritu de abnegación. Misioneros tales como Enrique Martin, Guiller-

mo Carey y Jim Elliot destacaron la gran inspiración que recibieron de la lectura del diario de Brainerd.

Estas son algunas de las anotaciones que Brainerd hizo:

Este día vi claramente que nunca debo estar contento, sí, que el mismo Dios no pueda hacerme feliz, a menos que pueda tener la capacidad de ‘agradarlo y glorificarlo para siempre’. Quitá eso y admíteme en todos los refugios agradables que puedan concebirse por hombres o ángeles, y yo todavía estaría miserable para siempre...

¡Oh, amar y alabar más a Dios, agradecerle por siempre! Eso anhela mi alma y ahora mismo mientras escribo mi alma lo anhela. ¡Oh, a que Dios lo glorifiquen en toda la tierra...

Estaba todavía en un ámbito dulce y cómodo. Y estaba otra vez derretido con el deseo de que a Dios lo glorifiquen, y con anhelos de amarlo y vivir para Él... Y oh, ¡deseé estar con Dios, contemplar su gloria y postrarme delante de su presencia! (*The Life and Dairy of David Brainerd* [La vida y el diario de David Brainerd], editado por Jonatán Edwards, Grand Rapids, Mich.: Baker, 1989, pp. 357–367)

Está claro que el deseo de Brainerd era magnificar la Gloria de Dios delante del mundo. También anticipaba su partida de este mundo porque anhelaba ver la gloria de Dios en el cielo. ¿A qué se refiere concretamente la frase la gloria de Dios? Es la suma de lo que Él es, es decir, la suma de sus atributos y su naturaleza divina. A través de la historia, Dios ha procurado mostrar su gloria a todo hombre y mujer. Veamos cómo ocurre eso.

LA GLORIA DE DIOS EN EL HUERTO

La gloria de Dios estaba presente en el mismo comienzo del huerto del edén. Allí se manifestó a sí mismo a Adán y a Eva, quienes vivían en su presencia y disfrutaban de la comunión con Él. Es probable que Dios les revelase su gloria a ellos de

una manera visible. Vemos a través de las Escrituras que cuando Dios deseaba revelarse a ciertas personas, lo hacía a través de una luz brillante llamada *shekinah*. Ese es un vocablo hebreo que significa “habitar” o “residir con alguien”. Dios les revelaba su gloria para que pudiesen reconocerlo como el Dios glorioso que es y para que le diesen el respeto que merece.

Desafortunadamente, esa manifestación de la gloria de Dios era solo temporal. Cuando Adán y Eva pecaron: “Oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto” (Gn. 3:8). La caída rompió la comunión con Él, y ellos ya no se deleitaban en su presencia.

Además, Dios expulsó a Adán y a Eva del huerto porque ellos ya no eran aptos para estar donde estaba su gloria. Incluso, Dios puso a un ángel con una espada en la entrada del huerto para mantenerlos fuera. La única manera que podían volver a la comunión con Dios era mediante el juicio. A la postre, hay solo una manera en que la humanidad caída puede disfrutar de la comunión con Dios, y esa es a través de Jesucristo, porque Él padeció el juicio de Dios en nuestro lugar.

LA GLORIA DE DIOS EN EL MONTE SINAI

Dios también reveló su gloria a Moisés. Aunque lo comisionó para guiar a Israel a la Tierra Prometida, esa idea lo atemorizó (Éx. 33:12–13).

El Señor le respondió así: “Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”. (v. 14). El vocablo hebreo que se traduce como “descanso” no se refiere al cese de la actividad, sino a la protección y a la bendición. El Señor prometió que estaría con Moisés y que supliría para las necesidades y la seguridad de su pueblo.

¡Muéstrame tu gloria!

Aunque la respuesta del Señor, sin dudas, animó a Moisés, aun así este quería alguna clase de prueba visible para verificar que el Señor en realidad estaría con él. Por lo tanto, hizo esta petición: “Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria” (v. 18). ¡Moisés pedía poder ver a Dios!

El Señor le contestó: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (v. 19). Esa fue una maravillosa respuesta para la petición de Moisés, porque era la promesa de Dios poner todos sus atributos abiertamente delante de Moisés. Entonces el Señor explicó cómo haría eso:

“Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro”.

vv. 19-23

El Señor iba a cubrir a Moisés con su mano mientras su gloria pasaba. De esa manera Moisés no vería su rostro, que es la esencia de su ser. Las Escrituras dicen que nadie jamás ha visto el rostro del Señor (Jn. 1:18; 6:46; 1 Jn. 4:12). Si alguien lo hiciera, se consumiría. Cuando el Señor quitó su mano, Moisés vería la espalda del Señor. ¿Qué representa su espalda? El resplandor o la refulgencia de la gloria del Señor. Por supuesto, Dios no tiene realmente un rostro, manos o espalda. Como se ha indicado con anterioridad, la Biblia describe al Señor con términos humanos para acomodar nuestro

entendimiento finito. Quizás el resplandor de Dios es como la brillantez del Sol. Nadie ha visto jamás al Sol en sí. Vemos las llamas gaseosas que saltan de la superficie solar. Si pudiésemos acercarnos lo suficiente para ver el Sol, nos consumiríamos. Puesto que es tan devastador y brillante ¿a qué sería Dios semejante? La gloria de toda la creación no es sino un leve reflejo de la plena gloria del Creador.

El rostro brillante

El Señor entonces instruyó a Moisés diciendo:

“Prepárate, pues, para mañana, y sube de mañana al monte de Sinaí, y preséntate ante mí sobre la cumbre del monte. Y no suba hombre contigo, ni parezca alguno en todo el monte; ni ovejas ni bueyes pascan delante del monte”.

ÉXODO 34:2-3

Cuando Moisés llegó a la cumbre del monte, “Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová” (v. 5).

En cumplimiento de su anterior promesa, el Señor pasó por delante de Moisés y esto fue lo que ocurrió: “Pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (vv. 6-7). Esta es la manera en que Dios describe su propia gloria desde diferentes ángulos.

Después de oír esas majestuosas palabras, Moisés “apresurándose, bajó la cabeza hacia el suelo y adoró” (v. 8). Durante cuarenta días Dios reveló su ley a Moisés. Cuando

finalmente descendió del monte Sinaí, “no sabía que la piel de su rostro resplandecería, después que hubo hablado con Dios” (v. 29). Su rostro reflejaba la gloria de Dios. Cuando Aarón y el resto de Israel vieron su rostro brillar, tuvieron temor de acercársele. Moisés, sin embargo, los llamó, los hizo acercar y les habló. Entonces “puso un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido” (2 Co. 3:13). La gloria no duró.

Eso me recuerda cierta ocasión en la que fui con mis padres a un parque de atracciones cuando era un muchacho. En el parque había una tienda que vendía objetos que brillaban en la oscuridad. Pensaba que eso era lo más grande que había visto en el mundo. Puesto que mis padres dijeron que podían comprarme uno, entré. Las luces estaban apagadas, y todo brillaba. Era fantástico. Escogí entonces algo que de verdad me gustaba, algo que brillaba con diferentes colores.

Cuando regresé a casa, esperé hasta que oscureciera para sacar el objeto de su caja. Después de quitarle la envoltura, puse la figura sobre mi cómoda, pero no había brillo. Pensé “¡nos han robado!” Mi padre, que había observado todo, me dijo: “¿Sabes por qué tu figura no brilla? Porque no tiene luz propia”. Papá acercó entonces la figura a la luz más o menos durante un minuto y entonces me la devolvió. ¡En ese momento brilló! Pero después de aproximadamente una hora, ya no brillaba más.

De igual manera, Moisés no tenía ningún brillo o luz propia. Por lo tanto, Dios decidió hacerlo bajar del monte con un pequeño resplandor de su propia gloria.

LA GLORIA DE DIOS EN EL TABERNÁCULO

Dios también reveló su gloria en el tabernáculo (Éx. 40:34). El tabernáculo incluía el lugar santísimo, que contenía el arca del pacto. Sobre el arca del pacto estaba el propiciatorio,

donde el sumo sacerdote rociaba la sangre una vez al año como una expiación por los pecados del pueblo.

Era sobre el propiciatorio donde habitaba la *shekinah* de Dios, porque Dios dijo a Moisés: “Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel” (25:22).

Otro recordatorio de la gloria de Dios para el pueblo era el campamento de Israel durante los cuarenta años de peregrinación. Todas las veces que el pueblo se detenía para acampar, los sacerdotes debían ocupar el lugar más cercano al tabernáculo. Justo después de los sacerdotes estaban las familias de los levitas, mientras que el resto de las doce tribus ocupaba el círculo externo. El tabernáculo estaba situado en el mismo centro de las tribus.

¿Por qué semejante arreglo? Era para ayudar al pueblo a centrarse en la gloria de Dios en medio de ellos. La gloria se levantaría hacia el cielo cuando Él quería que ellos se pusiesen en marcha, y descendería cuando quería que ellos acampasen.

LA GLORIA DE DIOS EN EL TEMPLO

Después que Salomón terminó el templo, que era una estructura permanente para reemplazar el tabernáculo, “la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová” (1 R. 8:10–11). El templo era un edificio grandioso, sin paralelo en el mundo. Desde allí Dios le decía al pueblo una vez más: “Contemplan mi gloria. Céntrense en ella. Reconozcan quién soy, y ofrézcanme la reverencia y la adoración correcta”.

Aunque al templo lo edificaron para glorificar a Dios, el pueblo no lo honró como debieron haberlo hecho. Eso es especialmente evidente en los días de Ezequiel. En una sor-

prendente visión, ese profeta describe la idolatría pagana que tenía lugar en el templo y que él presenció (Ez. 8:2-17). La nación se había deteriorado rápidamente desde los días de Salomón.

Debido al pecado del pueblo y a su negativa a arrepentirse, Dios apartó su gloria del templo. Al principio su gloria se alejó brevemente hasta la entrada del templo, pero luego regresó a su lugar acostumbrado en el propiciatorio (Ez. 9:3). Se alejó una vez más al umbral de la puerta, pero esta vez no regresó (10:4). Del umbral se trasladó al patio (v. 18). Transportada en las alas de ángeles, la gloria de Dios entonces se trasladó a la puerta del lado oriental del templo. Finalmente: “La gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad, y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad” (11:23). Era evidente para todos ver que Dios estaba abandonando su ciudad a causa de su pecado. Escrita sobre Israel estaba la palabra *ichabod*, que significa “la gloria se ha marchado”.

LA GLORIA DE DIOS EN JESUCRISTO

El Evangelio de Juan comienza así: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (1:1, 14).

Pero cuando Jesucristo vino al mundo, su gloria se vio velada. Él estaba entre los hombres, pero la mayoría no sabía quién era. Isaías profetizó: “Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Is. 53:2). Cristo dijo a sus discípulos, sin embargo: “En su segunda venida: El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt. 16:27). Es decir, habrá un completo despliegue

de sus atributos divinos. Su deslumbrante gloria revelada iluminará todo el universo.

Sin duda, la promesa de Cristo para el futuro consoló a los discípulos. Aun así, Él sabía que necesitaban ánimo aquí y ahora también. Por lo tanto dijo: “De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (v. 28). La palabra griega que se traduce como “reino” aquí sugiere el esplendor regio y la majestad real. Tres de los discípulos estaban a punto de tener una demostración privada de la gloria de Cristo.

Seis días después Jesús llevó a Pedro, a Jacobo y a Juan a un monte alto: “Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (17:2). Su apariencia cambió totalmente. La gloria de Dios irradió de adentro hacia afuera, la luz dentro de Él se manifestó tan brillante como el Sol.

Años después Pedro dio este testimonio: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 P. 1:16). Juan se refería a la misma cosa cuando dijo: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). ¿Qué vieron esos discípulos? ¡La abrasadora gloria de Dios!

Ahora la gloria de Dios se despliega en Cristo en la Iglesia: “A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:21). El Cristo residente es “la esperanza de gloria” para todo creyente (Col. 1:27). “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro,

para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Co. 4:6-7).

Nuestro propósito en la vida no es vivir para nosotros mismos, sino radiar la gloria de Dios. “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). Ese es un versículo por el cual vivir. Debemos tener un deseo ardiente de hacer todo lo que podamos para ver que Dios recibe la gloria que merece.

¿Cómo revelará Dios su gloria en el futuro? Como ya se ha observado, habrá una manifestación sin paralelo de su gloria en la Segunda Venida. Nuestro Señor Jesucristo vendrá en las nubes del cielo “con poder y gran gloria” (Mt. 24:30). Su gloria abrasadora cegará al mundo y los incrédulos dirán a los montes y a las peñas: “Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero” (Ap. 6:16). Cristo destruirá a sus enemigos y recibirá el cetro del trono de David y reinará con poder y gloria como Rey de reyes y Señor de señores. “y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:11). El rey David habló de la gloria de Cristo así:

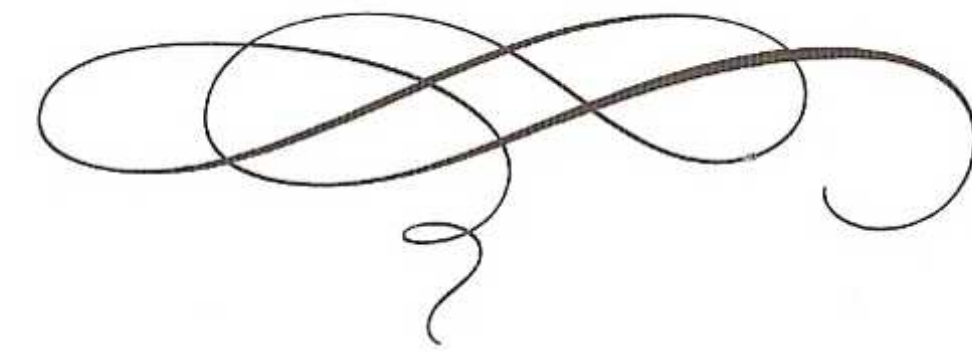
“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria”.

SALMO 24:7-10

El estado final del cielo también se llenará de su gloria, porque “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:23). El brillo de Dios ilumi-

na la ciudad. El apóstol Juan, al ver un anticipo de su gloria, proclamó: “Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar” (Ap. 7:2). ¿Está usted dispuesto a reproducir ese “amén” al vivir su vida para la gloria de Dios?

LA ADORACIÓN DE NUESTRO DIOS



Joaquín Neander, un himnólogo alemán, enriqueció a la Iglesia con esta triunfante expresión de adoración:

*“Alma, bendice al Señor, Rey potente de gloria,
de sus mercedes está viva en ti la memoria
¡Oh, despertad, arpa y salterio entonad
himnos de honor y victoria!
Alma, bendice al Señor que los orbes gobierna
y te conduce paciente con mano paterna.
Te perdonó, de todo mal te libró,
porque su gracia es eterna.
Alma, bendice al Señor, de tu vida la fuente
que te creó, y en salud te sostiene clemente.
Tu defensor en todo trance y dolor,
su diestra es omnipotente.
Alma bendice al Señor por su amor infinito;
con todo el pueblo de Dios su alabanza repito
Dios, mi salud, de todo bien plenitud
¡seas por siempre bendito!”*

Exclusivo para:

www.tronodegracia.com

www.dcristo.net

www.dcristo.org

Alabanza y adoración son aspectos integrales de la adoración. El vocablo común en el Nuevo Testamento para adoración, *proskynés*, se usa en un sentido de admiración y homenaje. La adoración cristiana es dar honor y gloria a Dios. Veamos lo que dice la Biblia a cómo hacerlo.

LA ADORACIÓN DE LA DEIDAD

Cristo señaló que Dios el Padre debe ser el objeto de nuestra adoración cuando dijo a la mujer samaritana: “Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn. 4:23). A Dios el Hijo también hay que adorarlo. Desde el comienzo de la Iglesia, a Cristo se lo confesó como Señor en el bautismo (Ro. 6:3–4), como Señor en la Iglesia (Ef. 3:10–12) y como Señor en anticipación del día cuando toda rodilla se doblará delante de Él (Fil. 2:9–11), y a quien acude en oración a Él en tiempos de necesidad (He. 4:14–16). Cuando Tomás vio al Cristo resucitado, lo adoró: “Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!” (Jn. 20:28).

Tal vez pregunte: “¿Y al Espíritu Santo? ¿Debemos adorarlo también?” Aunque no hay nada en las Escrituras que directamente nos diga que adoremos al Espíritu Santo, Él es, como hemos visto, coigual con las otras dos personas de la Trinidad y es, por lo tanto, digno de nuestra adoración. Toda adoración se vigoriza en el poder del Espíritu. Es el Espíritu quien nos permite entrar en la presencia del Padre y decirle: “¡Abba! ¡Padre!” (Gá. 4:6; vea Ro. 8:15). Se lo denomina tanto “el Espíritu de Dios” (Mt. 3:16; Ef. 4:30) como “el Espíritu de Cristo” (Ro. 8:9; 1 P. 1:11). Podemos adorar al Espíritu junto con el Padre y el Hijo, pero tenemos que comprender que el misterio singular del Espíritu en la edad de la Iglesia debe motivarnos a adorar al Hijo. El Hijo, a su vez, nos llama a adorar al Padre, aunque los tres son dignos de

adoración. Esa es la verdadera adoración trinitaria: Acudir al Padre *a través* del Hijo *en* el Espíritu Santo.

Estoy preocupado por las personas que apenas adoran a Dios, que al parecer solo adoran al Hijo o que desmedida e incesantemente se centran en el Espíritu Santo. A Dios es preciso adorarlo en su plenitud trinitaria.

ADORACIÓN: LA META DE SALVACIÓN

La adoración es la clave para comprender la cuestión total de la salvación. Eso se debe a que la meta de la salvación es producir verdaderos adoradores. Ellos son lo que “adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn. 4:23). Cuando Pablo evangelizó a los perdidos, aun sus seguidores dijeron de él: “Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley” (Hch. 18:13). El corazón y el alma del evangelismo es llamar a los perdidos a adorar a Dios. El no vivir una vida de adoración es una afrenta a su santa naturaleza y un acto de rebelión en su mundo.

El evangelismo es el registro de una crónica de adoración. Cuando los sabios del oriente vieron al recién nacido Cristo “postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mt. 2:11). Después que los discípulos vieron a Cristo caminar sobre las aguas y calmar una tempestad, lo adoraron diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mt. 14:33). Un ciego a quien Cristo sanó dijo: “Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ese oye” (Jn. 9:31). Aquel hombre destacaba que solo hay dos clases de personas: Aquellos a quienes Dios oye y a quienes no oye. El contraste es entre pecadores y adoradores. Ser cristiano es ser un adorador.

En los evangelios los que llegaron a conocer a Cristo le rindieron alguna clase de adoración, dándole honor, homenaje,

respeto, reverencia, adoración y alabanza al mismo Dios. Nosotros no debemos hacer menos. El autor de Epístola a los Hebreos escribió: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:28–29, vea Dt. 4:24). La adoración agradable es el resultado de la salvación. Pero la adoración alcanza su plenitud cuando el creyente espontáneamente se ofrece a Dios, lo adora con respeto y con temor piadoso.

DIOS DEBE SER EL CENTRO DE NUESTROS PENSAMIENTOS

¿Cómo podemos cultivar un corazón para la adoración? Haciendo a Dios el centro de nuestros pensamientos. Adorar es un desbordamiento de una mente renovada por la verdad de Dios. Debemos centrar toda nuestra atención a Él.

Centrar nuestros pensamientos en Dios comienza con lo que me gusta llamar *descubrimiento*. Es decir, cuando descubrimos una gran verdad respecto de Dios, comenzamos a meditar sobre esa verdad hasta que cautiva toda nuestra capacidad pensante. Esa a su vez nos conducirá a la adoración.

A veces no será una cuestión de descubrir algo nuevo. Quizá sabemos una verdad pero la olvidamos. O tal vez todavía la recordamos, pero ahora la vemos más claramente o desde una perspectiva diferente.

Si la adoración se basa en la meditación, y la meditación en descubrir, ¿sobre qué se basa el descubrir? En el tiempo invertido con Dios en oración y en la Palabra. Es triste que muchos consideren la oración primordialmente como una manera de conseguir cosas. Hemos perdido de vista el aspecto que acompaña la oración, es decir, estar quietos y ser conscientes de la maravillosa presencia de Dios y tener comunión con Él allí.

Como creyentes, estamos arraigados y fundados en Cristo,

pero cuán profundamente crecen nuestras raíces y cuán maravilloso aparece nuestro fruto dependerá en gran medida de nuestro proceso de descubrir y meditar en la maravillosa verdad de Dios. Donde no hay descubrimiento, no habrá meditación. Donde no hay meditación, no habrá adoración.

Cuando tratamos de centrarnos en la adoración, encontraremos un gran obstáculo, el ego. En lugar de permitir tiempo para la oración, la meditación y la adoración somos propensos a cumplir nuestros propios deseos. Nos inclinamos a pensar sobre a nuestros propios proyectos, actividades y necesidades, pero no acerca de Dios. Incluso si lo hemos aprendido de otra persona, debemos meditar en verdades espirituales y apropiarnos de ellas. Al hacer eso, el Señor llenará nuestros corazones con alabanza.

LA FRAGANCIA DE LA ADORACIÓN

En el Antiguo Testamento encontramos que Dios dio muchas instrucciones respecto de cómo la adoración debía ejecutarse. Algunas de esas instrucciones tienen gran valor simbólico y son herramientas vitales para nosotros hoy. Una de esas ayudas audiovisuales descrita por el Señor en el libro de Éxodo es esta:

“Dijo además Jehová a Moisés: Toma especias aromáticas, estacte y uña aromática y gálbano aromático e incienso puro; de todo en igual peso, y harás de ello el incienso, un perfume según el arte del perfumador, bien mezclado, puro y santo. Y molerás parte de él en polvo fino, y lo pondrás delante del testimonio en el tabernáculo de reunión, donde yo me mostraré a ti. Os será cosa santísima. Como este incienso que harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para Jehová. Cualquiera que hiciere otro como este para olerlo, será cortado de entre su pueblo”.

30:34–38

Ese perfume probablemente era la fragancia más agradable que podía imaginarse, pero Dios dijo que le costaría al pueblo sus vidas si lo hacían para sí mismos. La causa era que la fragancia era santa, y se la diseñaba solo para Dios. Cuando ese incienso se alzaba para Dios, era algo único para Él. Eso describe la adoración como un acto santo que se levanta del corazón de una persona hasta Dios en el cielo.

En el Nuevo Testamento leemos otra ofrenda fragante ofrecida a Dios en oración. Esta vez se la presentaba a Dios en la Tierra, es decir, al Señor Jesucristo, el Dios encarnado:

“Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume”.

JUAN 12:1-3

María condescendió para usar lo que era su gloria, o sea, su cabello (vea 1 Co. 11:15) para enjugar los polvorientos y sucios pies de Jesús. Y ella no usó agua, usó un perfume muy costoso. Esa es la esencia de la adoración: Es humilde y generoso de corazón.

La hermana de María, Marta, tenía una perspectiva diferente. María tenía por costumbre sentarse a los pies de Cristo, aprendiendo de Él todo lo que pudiese, mientras que Marta se consumía al máximo en el servicio. Cristo con anterioridad había dicho que lo que María escogió hacer era mejor que todo el servicio de Marta (Lc. 10:38-42).

Judas también tenía un punto de vista diferente. Cuando vio lo que María hizo con el perfume de gran precio dijo: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?” (Jn. 12:5). Juan explica que Judas

dijo eso “no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (v. 6). Cristo respondió: “Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis” (vv. 7-8). Dar a los que verdaderamente tienen necesidad es importante. Pero dar lo que podemos a Dios cuando tenemos la oportunidad de hacerlo es infinitamente más importante que lo que damos a personas, a cualquier persona.

La obra de María fue un acto de verdadera adoración. Cuando la fragancia brotó de su perfume, y llenó la habitación, era símbolo poderoso de un corazón adorador. Eso es lo que Dios busca.

Procuramos ser muy pragmáticos, ¿verdad? Pertenecemos a una generación de Martas, siempre ocupados. Tenemos la Iglesia bien sintonizada para un sistema, con todos sus programas y actividades. Y ponemos mucho cuidado en no perder nuestra sustancia. Aun lo que damos a Dios lo hacemos con mucho cuidado, en vez de volcar el sueldo de todo un año y humillarnos humildemente para enjugar sus pies con nuestro cabello.

Creo que comparar la adoración con el servicio o con el ministerio podría ayudar a distinguir lo que la verdadera adoración realmente es. Para comenzar, no es lo mismo que ministerio. El ministerio *desciende* a nosotros del Padre, a través del Hijo, en el poder del Espíritu Santo, unos a otros en la forma de dones espirituales. La adoración *asciende* de nosotros, por el poder del Espíritu, a través del Hijo, al Padre. El ministerio *desciende* de Dios a nosotros, mientras que la adoración *asciende* de nosotros a Dios. Ambos deben tener un equilibrio perfecto. Desdichadamente nos inclinamos, como Marta, hacia el ministerio y no nos orientamos lo suficiente hacia la adoración. Tenemos que aprender de María cómo sentarnos a los pies de Jesús para adorarlo.

Un sabio pastor escribió hace mucho tiempo:

Vamos hombrecito, deja a un lado tu negocio por un poco de tiempo, refúgiate por un poco de tiempo de tus tumultuosos pensamientos. Descarga tus cuidados y deja que tus pesadas distracciones esperen. Toma tiempo libre para Dios. Descansa un poco en Él. Entra en la recámara de tu mente. Sácalo todo excepto Dios y todo lo que te ayude a buscarlo a Él. Cierra la puerta y búscalo. Dile a Dios ahora de todo corazón: “Busco tu rostro, oh Señor, tu rostro busco”. (Citado por Ricardo W. Southern en *Saint Anselm and His Biographer* [San Anselmo y su biógrafo], Cambridge: Cambridge University, 1963, p. 49)

UNA OFRENDA DEFECTUOSA

Tal vez sienta deseos a adorar a Dios nuevamente. Espero que sea así, pero recuerde esta advertencia: Es muy fácil adorar a Dios con una actitud incorrecta. Ese es el pecado en que cayeron los israelitas. Debido a que los sacerdotes eran los cabecillas en este pecado, el Señor los reprendió diciendo:

“El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable”.

MALACUÍAS 1:6-7

Los sacerdotes trataban su adoración con desprecio. Se había convertido una rutina para ellos. De hecho, una evidencia es que sacrificaban lo ciego, lo enfermo y animales cojos en el altar del Señor. Debido a que esos animales probablemente morirían de cualquier manera, no constituía pérdida

alguna para el sacerdote ofrecerlos al Señor. En vez de ofrecerle los mejores animales, le ofrecían lo peor. Ese era un terrible pecado, porque la ley mosaica dejaba claro que solo los animales sin tacha debían ofrecerse (Lv. 22:22-25).

El Señor continuó su reprensión, diciendo:

“Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto?, dice Jehová de los ejércitos. ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y ofrenda limpia, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice Jehová de los ejércitos”.

MALACUÍAS 1:8, 10-11

El Señor estaba diciendo: “Si así es como me tratáis, ¿cómo pensáis que los trataré a ustedes?” Hay cosas que Dios rotundamente no acepta, y una de ellas es la adoración ofrecida de manera materialista, a la manera propia y sin entusiasmo.

Los israelitas llegaron a considerar el sistema de sacrificios con desdén. Para ellos, todo el ejercicio de la adoración era simplemente una carga terrible. Probablemente decían algo así: “¡Qué agobio! Tenemos que ir al templo otra vez para adorar. Terminemos con este asunto deshaciéndonos de los animales ciegos y cojos, ¡de todos modos no los necesitamos!” Pero como señala Carlos Lee Feinberg:

¿Cómo podía Dios aceptar tal fingimiento e insulto que no lo satisfacía? Y no era debido a la pobreza, la dificultad se debía a la avaricia. La maldición se pronunciaba sobre el engañador, que pensaba que podía prometer. En esos casos lo mejor se le prometía a Dios, un sacrificio adecuado, y

luego cumplir el voto con un animal inadecuado. Tales ofrendas eran un insulto a la majestad de Dios, porque Él es el gran Rey. (*The Minor Prophets* [Los profetas menores], Chicago Moody Press, 1951, p. 254)

El pueblo solo estaban cubriendo el trámite de ofrecer un sacrificio en lugar de acudir delante del Señor con un corazón humilde y el deseo de honrarlo. Mostraba un desprecio adicional, hablándole a Dios con falta de respeto, como lo evidencia la siguiente reprensión:

“Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?”

MALAUQUÍAS 3:13-14

Habían decidido que no ganaban suficiente dinero sirviendo al Señor, ¡No había suficiente ganancia en esa actividad!

¿Qué podemos aprender de ese ejemplo erróneo? La importancia de adorar a Dios con la actitud correcta. Para recorrer ese camino, necesitamos pensar en preguntas como estas: *¿Ocupa Dios el centro de mi vida? ¿Domina Él mis pensamientos? ¿Le estoy perpetuamente agradecido por todo lo que ha hecho por mí? ¿Me he distraído de vivir una vida centrada en Dios debido al orgullo, la avaricia, el egoísmo o el materialismo?*

No es el sacrificio en sí lo que Dios busca, sino la actitud de acción de gracias detrás de este. Es por ello que Dios dice:

*“Porque mía es toda bestia del bosque,
y los millares de animales en los collados.
Conozco a todas las aves de los montes,
y todo lo que se mueve en los campos me pertenece.*

*Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti;
porque mío es el mundo y su plenitud.
¿He de comer yo carne de toros,
o de beber sangre de machos cabríos?
Sacrifica a Dios alabanza,
y paga tus votos al Altísimo;
e invócame en el día de la angustia;
te libraré, y tú me honrarás.
Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios,
no sea que os despedace, y no haya quien os libre.
El que sacrifica alabanza me honrará;
y al que ordenare su camino
le mostraré la salvación de Dios”.*

SALMO 50:10-15, 22-23

EL ACERCAMIENTO A DIOS

¿Cómo podemos prepararnos para adorar a Dios de una manera correcta? El autor de la carta a los hebreos nos lo dice:

“Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura”.

10:22

La frase “acerquémonos” es un llamado a la adoración. La adoración aceptable no ocurre espontáneamente. La preparación es esencial. Para quienes prestan atención a ese llamado, hay cuatro controles que considerar:

El control de la sinceridad

Debemos acercarnos “con el corazón sincero”. Nuestro corazón debe estar dedicado a glorificar a Dios. Es una hipocresía estar adorando a Dios cuando en realidad estamos apáticos o

preocupados con nosotros mismos. Dios quiere que lo adoremos con todo nuestro corazón.

El control de la fidelidad

Debemos acercarnos “en plena certidumbre de fe”. Los hebreos estaban aferrados a las formas de adoración del Antiguo Testamento, pero el Nuevo Pacto deja claro que ya no debía haber más ceremonias ni sacrificios. Cada persona debe estar dispuesta a decir: “Vengo a Dios en plena confianza de que ya no estoy bajo un sistema de ceremonia. Vengo plenamente por la fe en Jesucristo”. Debemos estar plenamente seguros de que Dios acepta nuestra adoración debido a nuestra fe en Cristo.

El control de la humildad

Debemos acercarnos a Dios habiendo “purificado nuestros corazones de mala conciencia”. Es decir, debemos ir a Dios con el conocimiento de que somos indignos de estar en su presencia. La única razón para poder acudir a Él es debido a la sangre que Cristo derramó en la cruz para limpiarnos de nuestros pecados.

El control de la pureza

Antes de acercarnos a Dios debemos tener “lavados los cuerpos con agua pura”. Eso se refiere a una purificación diaria. Antes de poder adorar, tenemos que resolver el problema de cualquier pecado conocido en nuestra vida a través de la confesión (1 Jn. 1:9). Aunque nuestros corazones se limpiaron en la cruz, nuestros pies todavía recogen el polvo del mundo de día en día.

Todas las veces que adoramos, debemos prepararnos mediante la formulación de preguntas como estas: *¿Soy sincero? ¿Está mi corazón centrado en Dios y está íntegro? ¿Estoy*

viéndole de nuevo en la Palabra a través del descubrimiento y la meditación de modo que estar preparado para acercarme a Él? ¿Estoy completamente seguro de que mi fe sencilla en Cristo me conduce delante del trono de Dios? ¿Me acerco humildemente, entendiendo que solo puedo acercarme debido a lo que Cristo ha hecho por mí? ¿Hay algún pecado en mi vida que no haya resuelto?

Quizás haya estado asistiendo a la iglesia durante años, pero jamás se ha acercado a Dios verdaderamente, ni ha sentido en forma cercana su presencia, incluso en sus propios devocionales y en sus oraciones privadas.

Ahora sabe, o tal vez se lo he recordado, que Dios lo ha redimido para que pueda adorarlo. Ese es el propósito para el cual lo ha creado. También debe saber que en la contemplación del carácter de Dios, como ocurre a través de este libro, se ha puesto en una posición para que la Palabra de Dios produzca el espíritu de la verdadera adoración en su corazón. Continúe viviendo a la luz de los atributos de Dios tal como lo revela su Palabra, y pida que pueda conocer más y más a través de la experiencia de lo que es adorarlo en espíritu y en verdad. Esa es una oración que nuestro gran Dios se deleitará en contestar.

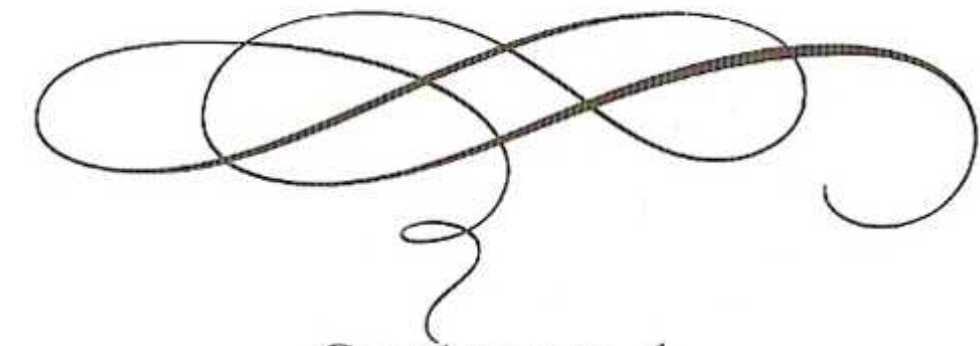
Exclusivo para:

www.tronodegracia.com

www.dcristo.net

www.doctrinabiblica.com

GUÍA DE ESTUDIO



CAPÍTULO 1 NUESTRO TRINO DIOS

Resumen del capítulo

Dios existe en tres personas distintas, pero cualquier intento de probar su existencia de manera absoluta no consigue su objetivo. Su existencia debe aceptarse por fe.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Su tarea es demostrar la existencia de Dios. ¿Qué métodos puede usar para reunir su evidencia? ¿Cuál considera que sería su fuente más confiable?
2. Piense en alguna ilustración terrenal de la Trinidad, diferente del huevo y el agua. ¿De qué manera dicha ilustración fracasa en su intento de caracterizar la Trinidad?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Qué tres razones dio Freud para apoyar su teoría de que el hombre necesita inventar a Dios? Explique cada una.
2. Compare el concepto de religión de Freud con otras ideas relativas a Dios que usted haya visto u oído.
3. ¿Por qué el método científico no consigue ser capaz de probar la existencia de Dios?
4. En definitiva, ¿cómo reconoce un cristiano la existencia de Dios?
5. Explique cómo Dios puede ser al mismo tiempo un ser personal y un ser espiritual.
6. ¿Qué implicación tiene respecto de la salvación el hecho de que hay un solo Dios?
7. ¿En qué importante suceso en el Nuevo Testamento vemos evidencia obvia de la obra de la Trinidad?

8. Según, Jaime I. Packer, ¿qué puede ocurrirle a nuestro entendimiento de la Trinidad cuando intentamos explicarla?

CONCÉNTRASE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios porque se ha revelado a toda la humanidad por medio de su Palabra y en la creación. Agradézcale que se le ha revelado a usted y le ha dado fe para creer en Él. Exprésele su gratitud por ser el único y confiable Dios.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Lea Deuteronomio 6:4–5 y Marcos 12:29–30. ¿Cómo puede saber si ese mandato de Dios, central tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, es verdaderamente la prioridad de su vida? Si no es su prioridad, ¿Qué es? En Deuteronomio 6:6–9 Dios proporcionó algunas maneras específicas para que los israelitas hicieran de ese mandamiento su prioridad. ¿De qué maneras específicas puede hacer de esos versículos una realidad en su vida?

CAPÍTULO 2 NUESTRO FIEL E INMUTABLE DIOS

Resumen del capítulo

La fidelidad de Dios para sus hijos se demuestra por su promesa a Abraham. Podemos confiar en su fidelidad porque está basada en su carácter inmutable.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Suponga que recibe una carta de un amigo cercano y confiable. En esta te pide que deje su hogar, su familia y sus amigos y que solo con su familia más cercana se traslade a un sitio diferente del país. La carta no le dice por qué ni qué va a encontrar cuando llegue allí. ¿Iría? ¿Por qué lo haría o por qué no?
2. Todos hacemos planes para varias cosas en nuestro trabajo o en nuestro hogar o para nuestro propio deleite. ¿Con cuánta frecuencia sus planes terminan cambiando? ¿Qué clase de cosas alteran sus planes?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Qué sabía Abraham del viaje que Dios lo mandó a realizar? ¿Por qué fue?
2. ¿Por qué daría Abraham a su hijo voluntariamente como una ofrenda a Dios aunque sabía que la promesa del Señor a él tenía que cumplirse en Isaac?
3. ¿Por qué escogió Dios a Abraham para que fuese el progenitor de la nación de Israel?

4. ¿Por qué hizo Dios su pacto con Abraham totalmente dependiente de Él como Abraham guardador de este?
5. Explique cómo puede ser Abraham el padre espiritual de todos los que creen en Dios. Si los creyentes son verdaderos hijos de Abraham, ¿qué tan seguros pueden estar? ¿Por qué?
6. ¿Por qué Dios garantizó su promesa a Abraham con un juramento? (He. 6:13–18).
7. Explique cómo Cristo nos ha asegurado por ser el ancla de nuestra alma y por haber penetrado dentro del velo (He. 6:19–20).
8. Mencione un par de pasajes bíblicos que parezcan sugerir cambios en Dios, y explique su significado.
9. ¿Qué significa para los creyentes el carácter inmutable de Dios? Explíquelo.

CONCÉNTRASE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios por haberlo escogido para salvación. Dé gracias porque su salvación no depende de nada de lo que haya hecho o de lo que pueda hacer. Finalmente, dé gracias por la constante intercesión de Cristo por usted.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Lea de nuevo Génesis 22:1–14. Sitúese en el lugar de Abraham. ¿Cómo habría respondido cuando Dios le dijo por primera vez a Abraham lo que quería que hiciera? Ahora piense en algo que haya sentido que Dios recientemente ha querido que haga, como mostrar amor a una persona a la que le resulta difícil tratar, o que cambie sus hábitos de gastar y que sea mejor mayordomo de lo que Él le ha dado. Sobre la base del ejemplo de Abraham, ¿cuáles son los beneficios de ser obediente a Dios? Teniendo eso en mente ¿Qué va a hacer y cuándo?

CAPÍTULO 3 NUESTRO SANTO DIOS

Resumen del capítulo

Dios es santo, y su santidad es el criterio que debe desear todo aquel que afirma ser cristiano.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Cuando contrasta su pecaminosidad con la santidad de Dios, ¿qué clase de pensamientos vienen a su mente?
2. Si es padre, ha establecido ciertas normas de conducta y responsabilidades específicas que sus hijos deben realizar. ¿Cómo se siente cuando sus hijos son desobedientes? ¿Cómo afecta eso su amor hacia ellos?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Qué significa ser santo? ¿Cómo puede alguien ser santo?
2. Explique por qué Dios, aunque odia el pecado, voluntariamente redime a los pecadores que se arrepienten.
3. ¿De qué maneras se expresa la santidad de Dios para que todos la vean? ¿Cuál es la expresión más grande de su santidad?
4. Después de la muerte del rey Uzías, ¿cómo respondió el pueblo al llamado de Isaías a arrepentirse de sus pecados?
5. ¿Qué seguridad le dio Dios a Isaías ante la pérdida de Uzías?
6. Describe al serafín. ¿Qué sugieren ciertas características de su apariencia relativas a la santidad de Dios?
7. ¿Qué le pasó a Isaías como resultado de estar en la presencia de Dios? ¿De qué se pierden los creyentes cuando no entienden la santidad de Dios?
8. ¿Por qué es importante para los creyentes vivir vidas santas?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Siga la dirección de David al pedirle a Dios que le revele el pecado en su corazón (Sal. 139:23–24). Luego pídale que cree en usted un corazón limpio, es decir un corazón que solo desee obedecerlo y amarlo.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Lea Romanos 7:7–25. Confeccione una lista de las declaraciones que Pablo hace con las que se pueda identificar. Como cristiano, el conflicto de deleitarse en la voluntad de Dios pero dejar de ejecutarla perfectamente debe estar presente en su vida. Aunque sabe que los cristianos pecan, debe resistir la tentación de racionalizar lo que hace mal. El pecado solo le trae culpa, miseria y desesperación a la persona que rehúsa encontrarle una solución. Siga la dirección del salmista, que dijo: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Sal. 119:11).

CAPÍTULO 4 NUESTRO OMNISCIENTE DIOS

Resumen del capítulo

Puesto que Dios lo sabe todo, conoce todos los detalles de nuestra vida. Él tiene perfecto conocimiento y sabiduría.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. ¿Cuántas cosas de usted mismo no conoce físicamente (p. ej., cuántos cabellos hay en su cabeza)? ¿Qué no sabe de usted respecto de lo espiritual?
2. ¿Cuáles son algunas de las maneras específicas que las personas

usan para esconder sus injusticias? ¿De cuáles de esas ha sido culpable?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. Explique cómo es el conocimiento de Dios ¿Hay algo de nosotros que Él no conozca?
2. ¿Por qué aquellas personas que esconden sus pecados pueden catalogarse como falsas pantallas religiosas o como sepulcros blanqueados?
3. ¿Qué clase de perspectiva debemos tener cuando parece como si el malvado prospera en su iniquidad?
4. ¿Por qué la sabiduría humana es deficiente para tratar con cualquier cosa de naturaleza espiritual?
5. Describa el efecto de la sabiduría multicolor de Dios en su plan de salvación.
6. ¿De qué maneras la omnisciencia de Cristo demostró ser beneficiosa para Pedro?
7. ¿Cómo puede la omnisciencia de Dios proporcionar consuelo a sus hijos?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Lea el Salmo 147:7–19 y haga de ella su oración de gratitud a Dios por lo que ha hecho por usted.

APLICACIÓN A LA VERDAD

Lea 1 Corintios 1:18–31. Piense cómo la gente de hoy considera la sabiduría de Dios. Ahora considere su propia vida ¿Hay alguna manera en que le suscribe a la sabiduría del mundo? ¿Qué dice Santiago 3:13–18 acerca de la sabiduría del mundo? ¿Qué dice ese pasaje en cuanto a la sabiduría de Dios? ¿Qué aspectos de su vida necesita someter a la autoridad de la sabiduría de Dios?

CAPÍTULO 5 NUESTRO OMNIPRESENTE DIOS

Resumen del capítulo

Dios está con sus hijos dondequiera que estén. Su adoración, por lo tanto, nunca se limita a tiempo o lugar.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. ¿Ha habido algún momento en su vida en el que se ha enfrentado a un gran peligro o ha pensado que su vida o su salud corrían de alguna manera peligro?
2. ¿Puede pensar en alguna ilustración moderna que pueda captar un aspecto de la omnipresencia de Dios? Piense en una sustancia que

llena una vasija, o en algo que no está limitado ni por el tiempo ni por el espacio.

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Cuáles son las diferentes representaciones de Dios en el mundo?
2. ¿Puede Dios contaminarse mediante su contacto con cosas impuras? ¿Por qué sí o por qué no?
3. Puesto que Dios es espíritu y no se lo puede limitar a un solo lugar, ¿cómo afecta eso nuestra adoración a Él?
4. ¿Qué estaba Jesús prediciendo cuando dijo: “Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn. 4:23)?
5. Explique cómo la presencia continua de Dios puede traer consuelo a los creyentes que están sufriendo.
6. ¿Cómo debería motivarnos, en lo atinente a nuestro pecado, la continua presencia de Dios?
7. ¿Cómo la historia de Habacuc provee un claro ejemplo del mandamiento de Pablo de no estar afanoso por nada?
8. ¿Qué principio aprendió Habacuc de su experiencia?

ENFÓQUESE EN LA ORACIÓN

Filipenses 4:4–6 dice: “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Coloque delante de Dios ahora mismo cualquier ansiedad que tenga en su corazón. Pídale que la remplace con la seguridad de que Él está con usted y de que nunca lo dejará ni lo abandonará.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Cada día de esta semana, en el momento de levantarse, comience la jornada reconociendo a Dios. Piense la noche anterior en algo específico por lo que desea darle gracias, o de uno de sus atributos para alabarlo. Considere hacer de esto una práctica cotidiana.

CAPÍTULO 6 NUESTRO OMNIPOTENTE DIOS

Resumen del capítulo

Dios es omnipotente, lo que significa que tiene la habilidad y el poder de hacer cualquier cosa. Su poder es la fuente de nuestro poder espiritual.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Nombre alguna persona o cosa que exhiba gran poder. ¿Quién o

cuál cree que es el más poderoso? Ahora trate de imaginarse algo aún más poderoso que eso. Pues todavía no ha llegado a acercarse ni un poco al poder asombroso de Dios.

2. Reflexione respecto de algunas de las pruebas que ha tenido que resistir en su vida. ¿Cómo las ha manejado? ¿De qué maneras supone que el poder de Dios actuaba para ayudarlo a soportarlas?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Qué permite la omnipotencia de Dios que Él haga? Explíquelo.
2. ¿De qué maneras se expresa el poder de Dios en la Creación? ¿Qué pasaría si Él renunciase a su poder sustentador?
3. ¿Cómo expresa Dios su poder en su salvación?
4. ¿Por qué pudo Jesús confesar abiertamente la verdad respecto de su señorío, su identidad mesiánica y su autoridad soberana?
5. ¿De qué cuatro maneras es el poder de Dios la fuente de nuestro poder espiritual?
6. ¿Qué sabían los creyentes del Antiguo Testamento sobre la habilidad de Dios de resucitar a los muertos?
7. ¿Cuál es la única respuesta adecuada al poder de Dios?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios por cómo ha exhibido su poder en la Creación, la salvación y la Resurrección. Alábelo especialmente por su salvación. Dé gracias porque a través de su poder Él completará la obra que comenzó en usted y lo hará llegar a la completa madurez.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Lea Filipenses 1:6. Sabemos que Dios completa lo que comienza porque tiene el poder para hacerlo. ¿Cómo se relaciona esa verdad con su salvación y con su consiguiente crecimiento en Él? ¿Y con su relación con otros creyentes, especialmente con su preocupación por su crecimiento espiritual? Aunque las cosas podrían no progresar como a usted le gustaría, ¿en qué tiene que confiar?

CAPÍTULO 7 LA IRA DE NUESTRO DIOS

Resumen del capítulo

Dios es un Dios de ira porque odia el pecado. Es vital que entendamos y apreciemos este atributo o no podremos comprender plenamente su amor.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. ¿Qué ocurre cuando se enoja por algo? ¿Qué hace? ¿Qué siente?

¿Qué piensa de su ira? ¿Con cuánta frecuencia atribuye su ira a su propia pecaminosidad?

2. ¿Cuáles son algunas de las maneras en las que la ira de Dios se manifiesta hoy? Por otro lado, nombre algunas cosas que están ocurriendo en el mundo y le sorprenda que Dios no ha juzgado aún.

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. Describa algo de lo que la Biblia dice acerca de la ira de Dios.
2. ¿Cuál es el gran beneficio de entender cuánto Dios odia el pecado?
3. Explique en qué se diferencia la ira de Dios de la ira del hombre.
4. ¿En qué sucesos ya Dios ha revelado su ira?
5. ¿Cómo describen ciertos vocablos hebreos y griegos la reacción santa de Dios hacia el pecado?
6. Según Romanos 1:18, ¿en contra de qué Dios descarga su ira? Explíquelo.
7. ¿Cuál es el peor crimen jamás cometido en el universo? ¿Cuál es el castigo?
8. ¿Qué creía Nabucodonosor de sí mismo? ¿Cómo cambió Dios su perspectiva?

ENFÓQUESE EN LA ORACIÓN

Ore por aquellos que saben que están sin esperanza y sin Dios en el mundo (Ef. 2:12). Pídale al Señor que le dé una gran sensibilidad para poder llegar a ellos y que lo ayude a saber qué decirles. Pídale que le dé valor para comunicarles la ira que viene sobre ellos (vea Ef. 6:19).

APLICANDO LA VERDAD

Prepara una lista de inconversos que Dios ha puesto especialmente en su corazón. Comience a preparar una estrategia para poder compartir el evangelio con ellos. Recuerde que, aunque debe comunicar las verdades del evangelio, las maneras de hacerlo serán diferentes con cada persona.

CAPÍTULO 8 LA BONDAD DE NUESTRO DIOS

Resumen del capítulo

Dios es bueno, extiende su amor, misericordia y gracia a todos los que el pecado atrapó en sus garras. La bondad de Dios produce arrepentimiento, haciéndonos desearlo y agradecerle todo lo que hace.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. ¿De qué maneras concretas siente usted la bendición de Dios? ¿Cuántas de esas bendiciones da automáticamente por sentadas? ¿Sin cuál de ellas podría vivir?

2. ¿Qué cosas pueden romper el nexo de amor entre las personas? Dé algunos ejemplos de momentos en los que ha experimentado personalmente o contemplado la ruptura de ese nexo.

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. Dé una definición de la bondad de Dios.
2. Explique cómo cada individuo experimenta personalmente la bondad de Dios.
3. ¿Por qué es Dios paciente en retener su juicio sobre la humanidad pecadora?
4. ¿Cuál es la expresión suprema de la bondad de Dios?
5. Describa lo que Cristo padeció en su trayecto a la crucifixión.
6. ¿Por qué Dios permitió que su Hijo muriese en la cruz?
7. ¿Cómo contestó Pablo a la pregunta "¿Qué puede hacer que Cristo deje de amarte?" Explíquelo.

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios ahora mismo por haber enviado a Cristo a morir en su lugar para pagar el castigo merecido por todos sus pecados. Dé gracias a Cristo por ser su mediador en el cielo, donde está sentado a la diestra de Dios, intercediendo por usted. Finalmente, dé gracias a Dios por garantizarle el resultado final de la salvación, es decir, su glorificación en el cielo.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Lea Isaías 53. ¿Qué versículo describe los tipos de sacrificios que Cristo hizo por nosotros? ¿Cuál de ellos muestra lo que su supremo sacrificio realizó por los pecadores? Con sus propias palabras, describa lo que eso revela respecto de la bondad de Dios por su pueblo.

CAPÍTULO 9 NUESTRO SOBERANO DIOS

Resumen del capítulo

Dios es soberano, Él hace según su beneplácito. Ninguna persona ni circunstancia puede derrotar su consejo ni frustrar sus propósitos.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Relate las circunstancias de su conversión a Jesucristo. ¿De qué maneras ve la soberanía de Dios obrar guiándolo a entregar su vida a Él?
2. ¿Qué acontecimientos o circunstancias en su vida que considera malos ha usado Dios para su bien? Describa los resultados beneficiosos en cada caso.

RESPONDA ESTAS PREGUNTAS

1. Defina lo que significa decir que Dios es soberano.
2. ¿Cuáles son los tres sentidos teológicos en los que Dios elige a las personas? Describa cada uno de ellos.
3. ¿Dónde y por qué Dios eligió a ciertas personas para salvación?
4. ¿Qué cosas buenas usa Dios para nuestro beneficio espiritual?
5. ¿Cómo usa Dios los sufrimientos en nuestra vida para que obren para nuestro bien?
6. ¿Cómo puede la tentación obrar para nuestro beneficio espiritual?
7. ¿Cómo puede Dios usar el pecado y toda su maldad para nuestro bien final?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios por su devoción constante e inmutable para obrar su vida para su beneficio final. Dé gracias por cada día en el que Él continuamente lo moldea para hacerlo más y más como Cristo. Pídale que lo ayude a ser más sensible a su dirección diaria.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Durante la próxima semana, confeccione una lista de sucesos, circunstancias o pruebas que encuentre sobre los que no tenga control. Observe su lista cada día para ver cómo ese acontecimiento puede estar moldeándolo ya sea física, mental o espiritualmente. Asegúrese de honrar a Dios.

CAPÍTULO 10

NUESTRO PADRE DIOS

Resumen del capítulo

Más que cualquier otro concepto de Dios, Jesús enfatizó el papel de Dios como su Padre. Y tal como Jesús tuvo una relación íntima con Dios como Padre, así ocurre también todos los que Él ha adoptado en su familia.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Describa su relación humana más íntima. ¿Qué caracteriza esa relación que no es verdad de ninguna manera con otra relación que tiene?
2. ¿De qué maneras ve a Dios como su Padre celestial? ¿Qué características de su relación con su padre terrenal encuentra en su relación con Dios? ¿Qué aspectos son exclusivos de su relación con Dios?

Responda a estas preguntas

1. ¿Quién conoce a Dios mejor que nadie? ¿Por qué?

2. Explique el caso claro que la Biblia presenta de que Dios y Cristo son uno.
3. ¿Cuál fue el gozo que motivó a Cristo a sufrir en la cruz? Sea específico.
4. ¿Cuál es la importancia de la adopción del creyente en la familia de Dios?
5. ¿Qué fue lo que finalmente convenció al hijo pródigo de la necesidad de regresar a la casa de su padre?
6. ¿Qué características de Dios ve representadas en el padre del hijo pródigo?
7. ¿En qué maneras el amor de Dios hacia nosotros no es menor que su amor por el Hijo?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Lea el Salmo 139:23-24 y pídale a Dios que le revele los pecados ocultos de su corazón. Al contestar esa oración no tenga temor de ir a Él y arrepentirse de cualquier cosa que le muestre. Pídale que lo ayude a fortalecer su decisión de luchar contra los pecados a los que es más propenso.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Repase la parábola del hijo pródigo ¿Qué puede aprender sobre el arrepentimiento de esa parábola? ¿Hay algo que le impide que se arrepienta de su pecado? ¿Cómo lo recibirá su Padre celestial cuando vaya a Él con un corazón arrepentido? Recuerde esta parábola cuando sienta la tentación de no hacer frente a su pecado porque teme la forma en la que Dios lo tratará.

CAPÍTULO 11

LA GLORIA DE NUESTRO DIOS

Resumen del capítulo

La gloria de Dios es simplemente la suma de todo lo que Él es, la suma de todos sus atributos y su naturaleza divina.

PARA COMENZAR (SELECCIONE UNA)

1. Como cristiano, ¿qué puede hacer para glorificar a Dios? ¿Cuántas de esas cosas está haciendo en forma congruente?
2. Describa a un testigo presencial. ¿Por qué es más propenso a creer en un testigo presencial?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. ¿Por qué fue solo temporal la manifestación de Dios a Adán y a Eva?
2. ¿Cómo contestó Dios la petición de Moisés de ver su gloria?

3. ¿Qué le pasó a Moisés después de ver la gloria de Dios? ¿Era esa una condición permanente? Explíquelo
4. ¿Por qué quería Dios que los israelitas mantuviesen el tabernáculo en el centro de su campamento?
5. Explique el vocablo ichabod y qué significó para la nación de Israel.
6. ¿Por qué las personas ven la gloria de Dios cuando Cristo estuvo en la Tierra? ¿Por qué dio Cristo a algunos de sus discípulos la oportunidad de ver su gloria?
7. ¿Dónde se manifiesta la gloria de Dios ahora? Explíquelo.
8. ¿Cómo revelará Dios su gloria en el futuro?

CÉNTRESE EN LA ORACIÓN

Dé gracias a Dios por la oportunidad que le ha dado de glorificarlo. Pídale a Dios que le muestre algunas maneras concretas de glorificarlo mediante sus actos. Dé gracias también por la gloria que experimentará cuando esté con Cristo en el cielo.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

Como un recordatorio constante de cuál es su responsabilidad delante de Dios, memorice el salmo 100, un breve salmo que nos exhorta a alabar a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros.

CAPÍTULO 12

LA ADORACIÓN DE NUESTRO DIOS

Resumen del capítulo

La adoración de Dios y su Hijo, Jesucristo, es central para la vida del cristiano. La meta de la salvación es producir verdaderos adoradores, y cumplimos esa responsabilidad cuando adoramos a Dios en espíritu y en verdad.

PARA COMENZAR (SELECCIONA UNA)

1. Cuando quiera llegar a conocer a alguien mejor, ¿qué necesita hacer? Más concretamente, ¿qué necesita la persona ver respecto de cómo lo considera a él o a ella? ¿Cómo se relaciona eso con Dios?
2. ¿Qué tipos de ministerios realiza en su iglesia? ¿Cuánto tiempo le dedica a ellos? ¿Cuánto tiempo invierte en actividades de placer, cosas que, si las analizara minuciosamente, no tienen ningún valor espiritual?

RESPONDA A ESTAS PREGUNTAS

1. Defina la adoración cristiana.
2. ¿Quién es el objeto de nuestra adoración? Explíquelo.
3. ¿Cuál es la razón principal por la que Dios redime a las personas?

4. ¿Cómo puede comenzar a centrar sus pensamientos en Dios? ¿Qué tiene que hacer para cultivar esa clase de pensamiento?
5. ¿Cómo es que la acción de María de enjugar los pies de Jesús con su cabello y con su perfume costoso simboliza adoración?
6. Contraste la adoración con el ministerio.
7. ¿Cómo fue que los sacerdotes de los tiempos de Malaquías deshonraron a Dios a través de sus prácticas religiosas?
8. ¿Qué debe hacer para prepararse para adorar a Dios?

CONCÉNTRESE EN LA ORACIÓN

La única manera en que verdaderamente podemos adorar a Dios es estar seguros de que nuestros motivos son correctos y que no hay pecados sin confesar en nuestra vida. Póstrese delante de Dios ahora mismo y pídale que le revele los verdaderos motivos de su corazón. Si tiene motivos incorrectos, o si hay algún pecado al que se ha estado aferrando, confíéselos todos a Dios ahora mismo. Pídale que lo ayude a arrepentirse sinceramente de todas esas cosas, que significa estar dispuesto a no volver jamás a cometerlas.

APLICACIÓN DE LA VERDAD

La meta de este libro ha sido acercarlo a Dios, para que su adoración pueda ser verdadera por todas las razones correctas. Escriba una copia de la lista de cuatro puntos de cosas por hacer al final de este capítulo. Repase esa lista hasta que la sinceridad, la fidelidad, la humildad y la pureza se conviertan en las motivaciones automáticas de su corazón.